

Nunca te fíes de una chica guapa  
que guarda un secreto inquietante.



# *Pequeñas Mentirosas*

**SARA SHEPARD**





Libro proporcionado por el equipo

**Le Libros**

**Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros**

**<http://LeLibros.org/>**

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Alison, Aria, Emily, Hanna y Spencer eran las mejores amigas hasta que Alison, la reina del instituto, desapareció sin dejar rastro. Tres años después, sus vidas vuelven a cruzarse cuando empiezan a recibir misteriosos mensajes firmados por «A». Unos mensajes que cuentan más de lo que a ellas les gustaría, cosas que sólo la desaparecida Alison sabía. Pero cuando el cuerpo de la reina del baile aparece, y las amenazas continúan, comienzan las preguntas: ¿Quién es «A»? ¿Cuánto sabe en realidad? Y ¿qué pueden hacer cuatro pequeñas mentirosas para protegerse de la verdad?

**L  LIBROS**

Sara Shepard

**Pequeñas mentirosas**  
**Pequeñas mentirosas 01**

Para JSW

Tres pueden guardar un secreto si dos están muertos.

—Benjamin Franklin.

## Cómo empezó todo

Imagínate que fue hace un par de años, durante el verano entre primero y segundo de secundaria. Estás morena porque has estado tomando el sol junto a una piscina rodeada de piedras, te has puesto el chándal Juicy nuevo (¿te acuerdas de cuando todo el mundo los llevaba?), y estás pensando en el chico que te gusta, el que asiste a esa otra escuela preparatoria cuyo nombre no mencionaremos y que dobla pantalones vaqueros en la tienda de Abercrombie que hay en el centro comercial. Estás tomando cereales de chocolate como a ti te gustan, empapados en leche desnatada, y ves la cara de una chica en uno de los lados de la caja de leche. «Desaparecida». Es guapa, probablemente más que tú, y tiene una expresión resuelta en los ojos. Piensas: *mmm, a lo mejor a ella también le gustan los cereales de chocolate*. Y seguro que también le parecería que el chico de Abercrombie estaba bueno. Te preguntas cómo es posible que desaparezca alguien que... bueno, que se parece tanto a ti. Pensabas que sólo desaparecían las chicas que participaban en los concursos de belleza.

Pues piénsalo dos veces.

Aria Montgomery restregó la cara contra el césped de su mejor amiga, Alison DiLaurentis.

—Delicioso —musitó.

—¿Estás oliendo la hierba? —exclamó a sus espaldas Emily Fields mientras cerraba la portezuela de la furgoneta Volvo de su madre con un brazo largo y pecoso.

—Huele bien. —Aria se apartó el cabello teñido con mechas rosas y aspiró el aire tibio de media tarde—. A verano.

Emily se despidió de su madre y se subió los pantalones abolsados que le colgaban de las delgadas caderas. Emily tomaba parte en competiciones de natación desde la liga infantil y, aunque tenía muy buen aspecto en bañador, nunca se ponía nada ajustado ni remotamente coqueto, como el resto de las chicas de la clase de primero, porque sus padres insistían en que desarrollara el carácter de dentro afuera. (Aunque Emily estaba bastante segura de que la obligación de esconder el top con el eslogan «Las irlandesas lo hacen mejor» en el fondo del cajón de la ropa interior no fortalecía el carácter exactamente).

—¡Chicas! —Alison atravesó el patio delantero haciendo piruetas. Se había recogido el pelo en una coleta desordenada y seguía llevando remangada la falda de hockey sobre hierba desde la fiesta de fin de curso que el equipo había celebrado aquella misma tarde. Alison era la única chica de primero que había

ingresado en el equipo juvenil y volvía a casa con las chicas mayores del instituto Rosewood Day, que escuchaban a Jay-Z a todo volumen en sus Cherokee y antes de dejarla la rociaban con perfume para que no oliese a los cigarrillos que todas habían estado fumando.

—¿Qué es lo que me estoy perdiendo? —preguntó Spencer Hastings, que se estaba colando a través de una abertura del seto en el jardín de Ali para unirse a las demás. Spencer vivía en la casa de al lado. Se echó sobre el hombro una larga y lustrosa coleta de cabello rubio oscuro y bebió un trago de una botella morada de plástico. Al contrario que Ali, Spencer no había pasado el corte del equipo juvenil en otoño y había tenido que jugar en el equipo de primero. Se había pasado todo el año jugando al hockey sobre hierba sin parar para perfeccionar su técnica y las chicas sabían que había estado practicando regates en el patio de atrás antes de que llegaran. Spencer odiaba que alguien la superase en algo. Sobre todo Alison.

—¡Esperadme!

Se volvieron para ver a Hanna Marin bajar del Mercedes de su madre. Se tropezó con el bolso y les hizo aspavientos frenéticos con sus rollizos brazos. Desde que sus padres se divorciaron el año anterior, Hanna había estado ganando peso sin parar y la ropa se le estaba quedando pequeña. Aunque la cara de asco de Ali no pudiera evitar resaltar tal evidencia, las demás fingían que no se daban cuenta de ello. Eso es lo que hacen las mejores amigas.

Alison, Aria, Spencer, Emily y Hanna eran amigas hacía un año, desde que sus padres las habían inscrito como voluntarias en la subasta benéfica de Rosewood Day, los sábados por la tarde; bueno, todas menos Spencer, que se había apuntado ella sola. Aunque Alison no conocía a las otras cuatro, ellas sí que la conocían. Era perfecta. Guapa, graciosa y lista. Y popular. Los chicos querían besarla y las chicas querían ser como ella, aunque fueran mayores. Así que la primera vez que se rio de uno de los chistes de Aria, le preguntó algo sobre la natación a Emily, le dijo a Hanna que llevaba una camisa preciosa o comentó que la caligrafía de Spencer era mucho mejor que la suya no pudieron evitar sentirse, bueno... deslumbradas. Antes de Ali se habían sentido como esos vaqueros plisados de cintura alta que se ponen las madres: incómodas y llamativas en el mal sentido de la palabra; pero Ali había hecho que se sintieran como los Stella McCartney más perfectos que nadie pudiera permitirse.

Ahora, después de más de un año, el último día de primero, no sólo eran las mejores amigas del mundo sino que eran «Las chicas de Rosewood Day». Habían pasado muchas cosas para que así fuera. Todas las fiestas de pijama que habían celebrado y todas las excursiones que habían hecho habían sido una nueva aventura. Hasta las clases eran memorables cuando estaban juntas. (La lectura por megafonía de una apasionada nota que el capitán del equipo juvenil había escrito a la profesora de matemáticas se había convertido en una leyenda en

Rosewood). Pero también había cosas que todas querían olvidar. Y había un secreto del que no podían ni hablar. Ali afirmaba que los secretos habían formado un vínculo de amistad eterna entre las cinco. Si eso era cierto, serían amigas toda la vida.

—Cómo me alegro de que se acabe el día —gimió Alison antes de empujar suavemente a Spencer a través de la abertura del seto—. Al granero.

—Cómo me alegro de que se acabe primero —replicó Aria mientras Emily, Hanna y ella las seguían hasta el granero reformado y convertido en casa de invitados en el que Melissa, la hermana mayor de Spencer, había vivido durante tercero y cuarto de instituto. Por suerte, acababa de graduarse y pensaba pasar el verano en Praga, de manera que aquella noche estaba a su entera disposición.

De repente oyeron una voz chillona.

—¡Alison! ¡Eh, Alison! ¡Eh, Spencer!

Alison se volvió hacia la calle.

—No la llevo —susurró.

—No la llevo —añadieron rápidamente Spencer, Emily y Aria.

Hanna frunció el ceño.

—Mierda.

Se trataba de un juego que Ali le había copiado a su hermano Jason, que iba a cuarto en Rosewood Day. Jason y sus amigos jugaban a eso en las fiestas entre escuelas preparatorias mientras daban un repaso a las chicas. El último que decía «No la llevo» tenía que entretener a la fea toda la noche mientras sus amigos ligaban con las guapas; lo que significaba, en esencia, que era tan patético y poco atractivo como ella. En la versión de Ali las chicas exclamaban «no la llevo» cuando andaba cerca alguien feo, insulso y desgraciado.

En esta ocasión «no la llevo» se refería a Mona Vanderwaal, una empollona que vivía en la misma calle y cuyo pasatiempo favorito era intentar hacerse amiga de Spencer y Alison, con sus dos amigas frikis, Chassey Bledsoe y Phi Templeton. Chassey era la que había pirateado el sistema informático del instituto y después le había explicado al director cómo hacer que fuera más seguro y Phi Templeton iba a todas partes con un yoyó; eso lo decía todo. Las tres las estaban mirando fijamente desde el medio de la tranquila calle suburbana. Mona estaba posada en un patinete Razor, Chassey iba en una bicicleta de montaña negra y Phi a pie... con el yoyó, por supuesto.

—¿Queréis venir a ver *Fear Factor*?

—Lo sentimos —sonrió afectadamente Alison—. Estamos un poco ocupadas. Chassey frunció el ceño.

—¿No queréis ver cómo se comen bichos?

—¡Qué asco! —murmuró Spencer, dirigiéndose a Aria, que fingió arrancarle piojos invisibles del cuero cabelludo a Hanna y comérselos como si fuera un mono.



—Sí, ojalá pudiéramos. —Alison ladeó la cabeza—. Pero hace mucho que hemos planeado esta fiesta de pijamas. Pero a lo mejor la próxima vez.

Mona miró la acera.

—Sí, de acuerdo.

—Hasta luego. —Alison se dio la vuelta, puso cara de fastidio y las demás la imitaron.

Salieron por la puerta trasera de la casa de Spencer. A la izquierda estaba el patio trasero adyacente de Ali, en el que sus padres estaban construyendo un merendero de veinte asientos para sus espléndidos picnics.

—Gracias a Dios que no están los obreros —comentó Ali, observando una excavadora amarilla.

Emily se puso rígida.

—¿Han vuelto a decirte cosas?

—Tranquila, Asesina —dijo Alison. Las demás se rieron entre dientes. A veces la llamaban «Asesina» como si fuera el pit bull personal de Ali. A Emily también le había hecho gracia al principio, pero últimamente no se reía con ellas.

El granero estaba justo enfrente. Era pequeño y confortable y tenía una amplia ventana que daba a la extensa y laberíntica granja de Spencer, que tenía hasta un molino propio. En Rosewood, Pensilvania, una pequeña zona residencial a unos treinta kilómetros de Filadelfia, donde la mayoría de los vecinos vivían en haciendas de veinticinco habitaciones con una piscina con mosaicos y un *jacuzzi*, como la casa de Spencer, en lugar de McMansiones prefabricadas. Rosewood olía a lilas y hierba cortada en verano y a nieve limpia y fogones de madera en invierno. Estaba lleno de pinos altos y frondosos, hectáreas de rústicas granjas familiares y preciosos zorros y conejitos. Había tiendas fabulosas, fincas coloniales y parques en los que se celebraban fiestas de cumpleaños, de graduación y de «porque sí». Y los chicos de Rosewood eran guapísimos, sonrosados y lozanos como si hubieran salido de las páginas de un catálogo de Abercrombie. Se trataba del Main Line de Filadelfia.<sup>[1]</sup> Estaba repleto de linajes antiguos y nobles, dinero aún más antiguo y escándalos prácticamente históricos.

Cuando llegaron al granero, las chicas oyeron risitas dentro. Alguien chilló:

—¡He dicho que pares!

—Ay, Dios mío —gimió Spencer—. ¿Qué está haciendo aquí?

Cuando Spencer miró por la cerradura vio a Melissa, su hermana mayor, arrogante y recatada y que destacaba en todo, forcejeando en el sofá con Ian Thomas, su novio, que estaba buenísimo. Spencer le dio una patada a la puerta con el tacón del zapato y la abrió por la fuerza. El granero olía a musgo y palomitas de maíz un poco quemadas. Melissa se dio la vuelta.

—¿Qué coj...? —masculló. Entonces reparó en las demás y sonrió—. Ah, hola, chicas.

Las chicas se volvieron hacia Spencer. Como ella se lamentaba a todas horas

de que su hermana era una víbora venenosa, siempre se quedaban desconcertadas cuando se mostraba afable y cariñosa.

Ian se levantó, se desperezó y sonrió a Spencer.

—Eh.

—Hola, Ian —contestó Spencer con un tono mucho más animado—. No sabía que estabas aquí.

—Sí que lo sabías —sonrió Ian con aire provocativo—. Nos estabas espiando.

Melissa se colocó la melena rubia y la cinta de seda negra mientras miraba fijamente a su hermana.

—Bueno, ¿qué pasa? —preguntó, un tanto acusadoramente.

—Es que... No tenía intención de entrometerme... —farfulló Spencer—, pero se suponía que podíamos quedarnos aquí esta noche.

Ian le dio un golpe juguetón en el brazo.

—Solo te estaba vacilando —se burló.

Spencer enrojeció. Ian tenía el cabello rubio y desordenado, los ojos castaños y somnolientos y unos abdominales para comérselos.

—Vaya —intervino Ali a grandes voces. Todos volvieron la cabeza hacia ella—. Melissa, Ian y tú hacéis una pareja estupenda. No te lo había dicho nunca pero siempre lo he pensado. ¿No crees, Spencer?

Spencer pestañeó.

—Ah —musitó.

Melissa miró fijamente a Ali un instante, perpleja, y se volvió de nuevo hacia Ian.

—¿Podemos hablar fuera?

Ian apuró la Coronita ante la atenta mirada de las chicas, que sólo bebían en absoluto secreto de las botellas de las licoreras de sus padres. Dejó la botella vacía y les dedicó una sonrisa de despedida mientras salía detrás de Melissa.

—*Adieu*, señoritas. —Les guiñó el ojo antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Alison se sacudió las manos.

—Otro problema resuelto por Ali D. ¿No vas a darme las gracias, Spencer?

Spencer no contestó. Estaba demasiado ocupada mirando por la ventana delantera del granero. Las luciérnagas habían empezado a iluminar el cielo amoratado.

Hanna se dirigió al cuenco de palomitas abandonado y cogió un buen puñado.

—Ian está buenísimo. Está más bueno que Sean. —Sean Ackard era uno de los chicos más guapos del curso y el objeto de las constantes fantasías de Hanna.

—¿Sabes lo que me han dicho? —le preguntó Ali al tiempo que se dejaba caer en el sofá—. Que a Sean le encantan las chicas con buen apetito.

A Hanna se le iluminó el rostro.

—¿De verdad?

—No —se burló Alison.

Hanna devolvió poco a poco el puñado de palomitas al cuenco.

—Bueno, chicas —prosiguió Ali—, se me ha ocurrido un plan perfecto.

—Espero que no sea correr en pelotas otra vez —se rio Emily entre dientes. Lo habían hecho hacía un mes, aunque hacía un frío que pelaba; Hanna se había negado a quitarse la camiseta interior y las bragas de entre semana, pero las demás habían corrido en cueros por un campo baldío de maíz cercano.

—Eso te gustó demasiado —murmuró Ali. La sonrisa se desvaneció de los labios de Emily—. Pero no; lo había dejado para el último día del curso. Me han enseñado a hipnotizar a la gente.

—¿Hipnotizar? —repitió Spencer.

—Me ha enseñado la hermana de Matt —contestó Ali, observando las fotografías enmarcadas de Melissa con Ian que había en la repisa de la chimenea. Matt, su novio de aquella semana, tenía el pelo del mismo color arena que Ian.

—¿Cómo se hace? —quiso saber Hanna.

—Lo siento, le juré que lo mantendría en secreto —dijo Ali, dándose la vuelta—. ¿Queréis comprobar si funciona?

Aria frunció el ceño y tomó asiento en el cojín morado del suelo.

—No sé...

—¿Por qué no? —Ali observó el cerdito de peluche que se asomaba desde el bolso de punto morado de Aria. Aria siempre llevaba cosas raras: animales de peluche, páginas que arrancaba al azar de novelas antiguas y postales de lugares que no había visitado nunca.

—¿La hipnosis no te hace decir cosas que no quieres decir? —preguntó.

—¿Es que hay algo que no puedas contarnos? —replicó Ali—. ¿Y por qué sigues llevando ese cerdito a todas partes? —Lo señaló.

Aria se encogió de hombros y sacó el cerdito de peluche del bolso.

—Mi padre me compró a Cerdunia en Alemania. Ella me da consejos sobre mi vida amorosa. —Metió la mano en el muñeco.

—¡Le estás metiendo la mano por el culo! —chilló Ali. Emily se rio entre dientes—. Además, ¿por qué llevas algo que te ha dado tu padre?

—No tiene gracia —espetó Aria, volviéndose bruscamente hacia Emily.

Las chicas guardaron silencio unos instantes y se miraron inexpresivas. Aquello pasaba con frecuencia últimamente: una de ellas (normalmente Ali) decía algo y otra se molestaba, pero todas eran demasiado tímidas para preguntarles qué demonios estaba ocurriendo.

Spencer rompió el silencio.

—Que te hipnoticen, ah, parece bastante sospechoso.

—Tú no sabes nada de eso —se apresuró a contestar Alison—. Venga, puedo hacéroslo a todas al mismo tiempo.

Spencer se tiró de la cinturilla de la falda. Emily resopló entre dientes. Aria y

Hanna intercambiaron una mirada. A Ali siempre se le ocurrían cosas nuevas (el verano pasado habían fumado dientes de león para ver si alucinaban y en otoño habían ido a nadar al pantano Pecks, aunque en una ocasión hubiesen descubierto un cadáver dentro), pero lo que pasaba era que muchas veces no querían hacer las cosas a las que Alison las obligaba. La querían a muerte, pero a veces también la odiaban por ser tan mandona y ejercer tanta influencia sobre ellas. A veces en presencia de Ali no se sentían exactamente reales. Se sentían como si fueran muñecas y ella orquestara sus movimientos. Deseaban ser lo bastante fuertes para decirle que no, aunque sólo fuera una vez.

—¡Por favoor! —suplicó Ali—. Emily, tú quieres hacerlo, ¿no?

—Eh... —A Emily le tembló la voz—. Bueno...

—Yo lo haré —intervino Hanna.

—Yo también —añadió apresuradamente Emily.

Spencer y Aria asintieron de mala gana. Satisfecha, Alison apagó todas las luces con un chasquido y encendió las velas votivas que había en la mesita de café y desprendían un dulce aroma de vainilla. A continuación se echó hacia atrás y murmuró:

—Vale, que todo el mundo se relaje —entonó, y las chicas formaron un círculo en la alfombra—. Os está bajando el pulso. Pensad en cosas tranquilas. Voy a contar hacia atrás desde cien y en cuanto os toque a todas estaréis en mi poder.

—Qué miedo —se rio temblorosamente Emily.

Alison empezó.

—Cien... noventa y nueve... noventa y ocho...

Veintidós...

Once...

Cinco...

Cuatro...

Tres...

Le tocó la frente a Aria con la parte más carnosa del dedo pulgar. Spencer descendió las piernas. Aria sintió un espasmo en el pie izquierdo.

—Dos... —Poco a poco tocó a Hanna y a Emily y acto seguido se dirigió hacia Spencer—. Uno.

Spencer abrió bruscamente los ojos antes de que Alison tuviera ocasión de tocarla. Se levantó de un brinco y fue corriendo a la ventana.

—¿Qué haces? —susurró Ali—. Estás estropeando el momento.

—Esto está demasiado oscuro. —Spencer alargó la mano y descorrió las cortinas.

—No. —Alison bajó los hombros—. Tiene que estar oscuro. Así es como funciona.

—Venga ya, eso es mentira. —La persiana se atascó; Spencer forcejeó para

desbloquearla.

—No. Es verdad.

Spencer puso los brazos en jarras.

—Yo quiero más luz, y a lo mejor las demás también.

Alison se volvió hacia las demás, que todavía tenían los ojos cerrados.

Spencer no dio su brazo a torcer.

—No siempre tiene que ser como tú quieres, ¿sabes, Ali?

Alison estalló en una carcajada.

—¡He dicho que las vuelvas a cerrar!

Spencer puso cara de fastidio.

—Por Dios, tómame una pastilla.

—¿Crees que yo soy la que tiene que tomarse una pastilla? —la interpeló Alison.

Spencer y Alison se miraron fijamente unos instantes. Se trataba de una de esas peleas absurdas que quizá intentaban aclarar quién había visto primero el nuevo vestido de polo Lacoste en Neiman Marcus o si las mechas color miel eran demasiado atrevidas, pero en realidad se trataba de algo completamente distinto. Algo mucho más importante.

Finalmente Spencer señaló la puerta.

—Márchate.

—De acuerdo. —Alison salió a grandes pasos.

—¡Bien! —Pero Spencer la siguió al cabo de unos segundos. El azulado aire vespertino era apacible y no había luces encendidas en la casa familiar. Además reinaba el silencio, hasta los grillos se habían quedado mudos, y Spencer oía su propia respiración—. ¡Espera un momento! —gritó al cabo de un instante, dando un portazo a sus espaldas—. ¡Alison!

Pero Alison había desaparecido.

Aria abrió los ojos cuando oyó que se cerraba la puerta.

—¿Ali? —exclamó—. ¿Chicas? —No hubo respuesta.

Miró alrededor. Hanna y Emily estaban sentadas como peleles en la alfombra y la puerta estaba abierta. Aria salió al porche. No había nadie. Fue de puntillas hasta el límite de la parcela de Ali. El bosque se desplegaba ante ella y todo estaba en silencio.

—¿Ali? —susurró. Nada—. ¿Spencer?

Dentro, Hanna y Emily se restregaron los ojos.

—Acabo de tener un sueño rarísimo —dijo Emily—. Bueno, supongo que era un sueño. Ha sido rapidísimo. Alison se caía en un foso muy profundo en el que había unas plantas gigantes.

—¡Yo he soñado lo mismo! —exclamó Hanna.

—¿Ah, sí? —preguntó Emily.

Hanna asintió.

—Bueno, más o menos. Había una planta gigante. Y me parece que también he visto a Alison. Puede que fuera su sombra... pero seguro que era ella.

—Vaya —musitó Emily. Se miraron con los ojos como platos.

—¿Chicas? —Aria atravesó de nuevo la puerta. Estaba muy pálida.

—¿Estás bien? —preguntó Emily.

—¿Dónde está Alison? —Aria frunció el ceño—. ¿Y Spencer?

En ese preciso momento Spencer irrumpió de nuevo en el granero. Las chicas dieron un respingo.

—¿Qué? —preguntó.

—¿Dónde está Ali? —dijo Hanna en voz baja.

—No lo sé —murmuró Spencer—. Creía que... no lo sé.

Las chicas guardaron silencio. Lo único que se oía eran las ramas de los árboles que se deslizaban por las ventanas. Parecía que alguien estaba arañando un plato con unas uñas largas.

—Me parece que quiero irme a casa —dijo Emily.

A la mañana siguiente aún no habían tenido noticias de Alison. Las chicas hablaron por teléfono, aunque en esta ocasión era una llamada a cuatro bandas en lugar de a cinco.

—¿Creéis que se ha enfadado con nosotras? —preguntó Hanna—. Estuvo rara toda la noche.

—Probablemente estará en casa de Katy —dijo Spencer. Katy era una de las amigas de hockey sobre hierba de Ali.

—O a lo mejor está con Tiffany, la del campamento —sugirió Aria.

—Seguro que se está divirtiendo en alguna parte —musitó Emily.

Una tras otra recibieron la llamada de la señora DiLaurentis, que les preguntó si sabían algo de Ali. Al principio todas la encubrieron. Era una regla no escrita: habían encubierto a Emily el fin de semana que había vuelto a casa después del toque de queda de las once de la noche; habían distorsionado los hechos cuando Spencer se había llevado prestada la trenca de Ralph Lauren de Melissa y la había dejado accidentalmente en el asiento de un vagón del SEPTA,<sup>[2]</sup> etcétera. Pero a medida que colgaban a la señora DiLaurentis un amargo presentimiento se intensificaba en su estómago. Algo andaba terriblemente mal.

Aquella misma tarde la señora DiLaurentis volvió a llamarlas, presa del pánico. Al caer la noche los DiLaurentis habían llamado a la policía y a la mañana siguiente había coches patrulla y furgonetas de los informativos acampadas en el jardín habitualmente prístino de los DiLaurentis. Era el sueño húmedo de los canales de noticias locales: una joven rica y hermosa perdida en

uno de los pueblos de clase alta más seguros de todo el país.

Hanna llamó a Emily después de haber visto el primer reportaje nocturno sobre Ali.

—¿Te ha entrevistado la policía?

—Sí —susurró Emily.

—A mí también. No les habrás contado... —se interrumpió— lo de Jenna, ¿verdad?

—¡No! —resopló Emily—. ¿Por qué? ¿Crees que saben algo?

—No... ¿Cómo iban a saberlo? —murmuró Hanna al cabo de un instante—. Somos las únicas que lo saben. Nosotras cuatro... y Alison.

La policía interrogó a las chicas, así como a prácticamente todos los habitantes de Rosewood, desde el profesor de educación física de Ali en segundo de primaria hasta el tipo que en una ocasión le había vendido una cajetilla de Marlboro en Wawa. Era el verano antes de segundo de secundaria y las chicas deberían estar flirteando con chicos mayores en fiestas en las piscinas, comiendo mazorcas de maíz en el patio trasero de sus amigas y pasando el día de compras en el centro comercial King James. En cambio, estaban llorando a solas en sus camas con doseles o contemplando inexpresivamente las paredes empapeladas con fotografías. Spencer limpiaba su habitación sin parar mientras repasaba el verdadero motivo de la discusión con Ali y pensaba en las cosas que sabía sobre ella y que las demás ignoraban. Hanna se pasaba horas en el suelo de su dormitorio, escondiendo bolsas vacías de Cheetos debajo del colchón. Emily estaba obsesionada con la carta que le había mandado a Ali antes de que esta desapareciera. ¿La habría recibido? Aria estaba sentada delante del escritorio con Cerdunia. Poco a poco las chicas empezaron a llamarse con menos frecuencia. Las atormentaban los mismos pensamientos, pero no les quedaba nada que decirse.

El verano dio paso al curso, que a su vez dio paso al verano siguiente. Ali todavía no había aparecido. La policía seguía buscándola, aunque de forma discreta. Se desvaneció el interés de los medios de comunicación, que se obsesionaron con un homicidio triple en Center City. Hasta los DiLaurentis se fueron de Rosewood casi dos años y medio después de la desaparición de Ali. En cuanto a Spencer, Aria, Emily y Hanna, también había cambiado algo en ellas. Ahora cuando atravesaban la vieja calle de Ali y echaban una ojeada a su casa no rompían a llorar de inmediato. Por el contrario, habían empezado a sentir otra cosa.

Alivio.

Claro, Alison era Alison. Era el hombro en el que llorabas y la única que habrías querido que llamase al chico que te gustaba para saber lo que sentía por ti, y tenía la última palabra sobre si los vaqueros nuevos te hacían el culo grande. Pero las chicas también la temían. Ali sabía más cosas que nadie sobre ellas,

incluyendo las cosas malas que querían enterrar... como se hace con los cadáveres. Era horrible pensar que Ali podía estar muerta, pero... en ese caso, por lo menos sus secretos estaban a salvo.

Y lo estuvieron. Durante tres años, al menos.



## Naranjas, melocotones y limas, ¡ay, Dios mío!

—Alguien ha comprado al fin la antigua casa de los DiLaurentis —comentó la madre de Emily Fields. Era sábado por la tarde y la señora Fields se había sentado a la mesa de la cocina con las gafas bifocales sobre la nariz para ocuparse tranquilamente de las facturas.

Emily sintió que la Coca-Cola de vainilla que estaba bebiendo le hacía burbujas en la nariz.

—Me parece que se ha instalado una chica de tu edad —prosiguió la señora Fields—. Pensaba llevarles esa cesta hoy. A lo mejor prefieres hacerlo tú. — Señaló la monstruosidad envuelta en celofán que había sobre la encimera.

—Dios mío, mamá, no —rezongó Emily. Desde que el año anterior dejara de enseñar en la escuela primaria, la madre de Emily se había convertido extraoficialmente en la presidenta del comité de bienvenida de Rosewood, Pensilvania. En una gran cesta de bienvenida hecha de mimbre metía un millón de artículos disparatados: fruta seca, esas cositas lisas de goma que se utilizan para abrir tarros, gallinas de cerámica (la madre de Emily estaba obsesionada con las gallinas), una guía de las posadas de Rosewood, lo que fuera. Era una madre de las afueras prototípica, a excepción del todoterreno. Creía que eran ostentosos y consumían mucha gasolina, de manera que conducía una furgoneta Volvo tremendamente práctica.

La señora Fields se levantó y le pasó la mano por el pelo, dañado por el cloro.

—¿Te importa mucho ir, cariño? A lo mejor debería mandar a Carolyn.

Emily miró a su hermana Carolyn, que era un año mayor que ella y estaba confortablemente apoltronada en una butaca reclinable del estudio viendo el programa del doctor Phil. Meneó la cabeza.

—No, está bien. Lo haré yo.

Claro, Emily se quejaba a veces y ponía cara de desesperación de vez en cuando. Pero lo cierto era que si su madre le pedía algo, Emily lo hacía. Sacaba casi todo sobresalientes, había ganado cuatro veces el campeonato del estado de mariposa y era una hija superobediente. Cumplir las reglas y obedecer le resultaba sencillo.

Además, en el fondo deseaba un motivo para volver a ver la casa de Alison. Aunque aparentemente el resto de Rosewood había empezado a sobreponerse a la desaparición de Ali, hacía tres años, dos meses y doce días, Emily aún no lo había conseguido. No podía ni hojear el anuario de primero sin que le entrasen ganas de hacerse un ovillo. A veces, los días de lluvia, releía los antiguos apuntes de Ali, que guardaba debajo de la cama en la caja de unas Adidas Superstar.

Hasta conservaba en una percha de madera en el armario los pantalones de pana Citizens que Ali le había prestado, aunque se le habían quedado pequeños. Hacía años que se sentía sola en Rosewood; deseaba encontrar a otra amiga como ella, pero le parecía improbable. Ali no había sido una amiga perfecta, pero, a pesar de todos sus defectos, era realmente difícil sustituirla.

Emily se incorporó y cogió las llaves del Volvo del gancho que había junto al teléfono.

—Volveré dentro de un ratito —exclamó mientras cerraba la puerta de la calle al salir.

Lo primero que vio cuando se detuvo ante la vieja casa victoriana de Alison, en lo alto de una frondosa calle, fue una enorme pila de basura en la acera y un gran rótulo que anunciaba: « ¡Gratis! ». Entrecerró los ojos y se percató de que algunas cosas eran de Ali: reconoció la vieja silla de pana rellena de su dormitorio. Los DiLaurentis se habían mudado hacía casi nueve meses. Al parecer habían dejado atrás algunas cosas.

Aparcó detrás de una gigantesca furgoneta de mudanzas Bekins y se bajó del Volvo.

—Vaya —musitó, procurando que no le temblase el labio inferior. Bajo la silla había varios montones de libros mugrientos. Emily alargó la mano y examinó los lomos. *El rojo emblema del valor. El príncipe y el mendigo*. Se acordaba de haberlos leído en primero en la clase de literatura del señor Pierce, en la que habían hablado del simbolismo, las metáforas y los desenlaces. Había más libros debajo, algunos parecían cuadernos viejos. Además de libros había dos cajas con sendas inscripciones: « Ropa de Alison » y « Papeles viejos de Alison ». Una cinta azul y roja se asomaba de un cajón de embalaje. Era una medalla de natación de sexto de primaria que Emily había dejado en casa de Alison el día en el que idearon un juego llamado Diosas sexuales del Olimpo.

—¿La quieres?

Emily dio un respingo. Se hallaba frente a una chica alta y delgada con la piel morena y el pelo castaño oscuro, ensortijado e ingobernable que llevaba una camiseta de tirantes amarilla; uno de ellos se le había resbalado sobre el hombro descubriendo un tirante del sujetador. Era de color naranja y verde. Emily no estaba segura, pero creía que tenía el mismo en casa. Era de Victoria's Secret y tenía pequeñas naranjas, melocotones y limas por toda la, ejem, la parte de los pechos.

La medalla de natación se le cayó de la mano y tintineó contra el suelo.

—Ah, no —dijo mientras la recogía trabajosamente.

—Puedes llevarte lo que quieras. ¿No has visto el cartel?

—No, de verdad, no pasa nada.

La chica alargó la mano.

—Maya Saint Germain. Me acabo de mudar.

—Yo... —Se le atascaron las palabras en la garganta—. Soy Emily —farfulló al fin, aceptando la mano de Maya y estrechándosela. Le parecía muy formal estrecharle la mano a una chica; no estaba segura de haberlo hecho antes. Se sentía un poco confusa. A lo mejor no había tomado suficientes Cheerios con nueces y miel en el desayuno.

Maya señaló las cosas que había en el suelo.

—¿Te puedes creer que toda esta basura estaba en mi nueva habitación? He tenido que sacarlo todo y yo misma. Menudo marrón.

—Sí, todo esto era de Alison —dijo Emily prácticamente en un susurro.

Maya se inclinó para examinar algunos libros de tapa blanda. Volvió a ponerse el tirante de la camiseta sobre el hombro.

—¿Es amiga tuya?

Emily se turbó. ¿Es? ¿Acaso Maya no se había enterado de la desaparición de Ali?

—Eh, lo era. Hace mucho tiempo. Igual que otras chicas de por aquí —explicó Emily, sin mencionar la parte relativa al secuestro, el asesinato o lo que fuera que le hubiese ocurrido que ella no podía ni imaginarse—. En primero de secundaria. Ahora voy a primero de bachillerato en Rosewood Day. —El curso empezaba la semana siguiente. Al igual que los entrenamientos de natación, lo que significaba tres horas haciendo largos todos los días. Emily no quería ni pensarlo.

—¡Yo también voy a ir a Rosewood! —sonrió Maya. Se desplomó sobre la vieja silla de pana de Alison y los muelles chirriaron—. Durante todo el vuelo mis padres sólo han hablado de la suerte que tengo de que me hayan admitido en Rosewood y de lo distinto que será del instituto de California. Seguro que no tenéis comida mejicana, ¿eh? Me refiero a comida mejicana realmente buena, *calimexicana*. Nosotros teníamos en la cafetería y mmm, estaba buenisima. Voy a tener que acostumbrarme a Taco Bell. Sus *gorditas* me dan ganas de vomitar.

—Ah. —Emily sonrió. Sí que hablaba aquella chica—. Sí, la comida es una mierda.

Maya se levantó de la silla de un brinco.

—A lo mejor te parece raro porque acabamos de conocernos, pero ¿te importaría ayudarme a llevar el resto de estas cajas a mi habitación? —Le indicó algunas cajas de Crate & Barrell que descansaban al pie del camión.

A Emily se le pusieron los ojos como platos. ¿Entrar en la vieja habitación de Alison? Pero negarse habría sido una grosería, ¿verdad?

—Eh, claro —dijo temblorosamente.

El vestíbulo seguía oliendo a jabón Dove y mezcla de flores secas como cuando los DiLaurentis vivían allí. Emily se detuvo ante la puerta y esperó a que

Maya le diera indicaciones, aunque sabía que podía encontrar la antigua habitación de Ali al final del pasillo de arriba con los ojos vendados. Había cajas de mudanza por todas partes y dos flacuchos galgos italianos que estaban ladrando al otro lado de la puerta de la cocina.

—No les hagas caso —dijo Maya, subiendo las escaleras hasta el dormitorio y empujando la puerta con la cadera recubierta de felpa.

*Vaya, no ha cambiado nada*, pensó Emily cuando entró en la habitación. Pero no era cierto: Maya había puesto la cama de matrimonio en otro rincón, tenía un enorme monitor de pantalla plana en el escritorio y había puesto pósteres por todas partes, ocultando el viejo empapelado de flores de Alison. Pero había algo que no había cambiado, como si la presencia de Alison siguiera flotando en aquella estancia. Emily sintió vértigo y se apoyó en la pared para sostenerse.

—Déjala donde quieras —dijo Maya. Emily se conminó a sobreponerse, dejó la caja al pie de la cama y observó el resto de la habitación.

—Me gustan tus pósteres —comentó. Eran sobre todo de grupos: M. I. A., Black Eyed Peas y Gwen Stefani ataviada con un uniforme de animadora—. Me encanta Gwen —añadió.

—Sí —asintió Maya—. Mi novio está completamente obsesionado con ella. Se llama Justin. Es de San Francisco, igual que yo.

—Ah. Yo también tengo novio —dijo Emily—. Se llama Ben.

—¿Ah, sí? —Maya se sentó en la cama—. ¿Cómo es?

Emily trató de conjurar a Ben, con el que salía desde hacía cuatro meses. Lo había visto hacía dos días; habían visto el deuvédé de *Doom* en su casa. La madre de Emily estaba en la habitación contigua, por supuesto, asomándose de improvisto para preguntarles si necesitaban algo. Habían sido buenos amigos durante algún tiempo y estaban en el mismo equipo de natación durante todo el curso. Sus compañeros les habían dicho que debían salir juntos, de modo que lo habían hecho.

—Es guay.

—¿Por qué ya no eres amiga de la chica que vivía aquí? —preguntó Maya.

Emily se apartó el cabello de color caoba detrás de las orejas. *Vaya*. De manera que era cierto que Maya ignoraba lo de Alison. Pero si se ponía a hablar de ella podía echarse a llorar, lo que sería embarazoso. Apenas conocía a Maya.

—Me distancié de todas mis amigas de primero. Supongo que todas cambiamos mucho.

Eso sí que era un eufemismo. Entre sus mejores amigas, Spencer se había convertido en una versión más exagerada e hiperperfecta de sí misma, la familia de Aria se había mudado repentinamente a Islandia el otoño siguiente a la desaparición de Ali y la empollona pero tierna Hanna ya no tenía nada de empollona ni de tierna y se había convertido en una auténtica pécora. Hanna y Mona Vanderwaal, que ahora era su mejor amiga, habían sufrido una auténtica

transformación en el transcurso del verano entre segundo y tercero. La madre de Emily había visto recientemente a Hanna entrando en Wawa, el supermercado del pueblo, y le había confiado que Hanna parecía « más guarra que esa Paris Hilton ». Emily jamás había oído la palabra « guarra » en boca de su madre.

—Yo también sé lo que es distanciarse —comentó Maya, que dio un bote al sentarse en la cama—. Por ejemplo, de mi novio. Tiene miedo de que lo deje ahora que estamos en costas diferentes. Es un niño grande.

—Mi novio y yo estamos en el mismo equipo de natación, así que nos vemos todo el tiempo —contestó Emily, buscando un hueco para sentarse con ella. *A lo mejor demasiado tiempo, pensó.*

—¿Tú nadas? —preguntó Maya. La miró de arriba abajo, haciendo que se sintiera un poco incómoda—. Seguro que eres buenísima. Tienes hombros de nadadora.

—Ah, no sé. —Emily enrojeció y se apoyó en el escritorio de madera blanca.

—¡Que sí! —Maya sonrió—. Pero... si eres una gran atleta, ¿me matarás si fumo un poco de hierba?

—¿Qué, ahora mismo? —A Emily se le pusieron los ojos como platos—. ¿Y tus padres?

—Están en el supermercado. Y mi hermano está por aquí en alguna parte, pero le da igual. —Maya sacó una caja de Altoids de debajo del colchón. Abrió la ventana que estaba junto a la cama, sacó un porro y lo encendió. El humo se enroscó en el patio formando una nube de bruma alrededor de una gruesa rama de roble.

Maya volvió a meter el porro.

—¿Quieres una calada?

Emily jamás había probado la hierba; siempre había pensado que sus padres se enterarían de algún modo, que le olerían el pelo, la obligarían a hacer pis en un vaso o algo por el estilo. Pero cuando Maya se quitó con elegancia el porro de los labios con brillo de cereza le pareció sexi. Ella también quería estar así de sexi.

—Eh, vale. —Se acercó a Maya y aceptó el porro que le ofrecía. Sus manos se tocaron y sus ojos se encontraron. Los de Maya eran verdes y un poco amarillos, como los de un gato. A Emily le tembló la mano. Estaba nerviosa, pero se llevó el porro a la boca y aspiró una caladita, como si estuviera sorbiendo Coca-Cola con vainilla con una pajita.

Pero no sabía a Coca-Cola con vainilla. Era como si acabase de inhalar una vaharada de un tarro lleno de especias podridas. Prorrumpió en toses de anciano.

—Vaya —comentó Maya mientras recuperaba el porro—. ¿Es la primera vez?

Emily no podía respirar y se limitó a menear la cabeza, jadeando. Siguió resollando un rato, intentando que le entrase aire en el pecho. Al fin sintió que le

llegaba de nuevo a los pulmones. Cuando Maya volvió el brazo, Emily advirtió una cicatriz alargada y blanca que le surcaba toda la muñeca. *Vaya*. Se parecía un poco a una serpiente albina sobre la piel bronceada. Dios, probablemente ya estaba colocada.

De repente resonó un estruendo metálico. Emily dio un respingo. Entonces volvió a oírlo.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz ronca.

Maya dio otra calada y meneó la cabeza.

—Los obreros. Llevamos aquí un día y mis padres ya han empezado a hacer reformas. —Sonrió—. Has flipado como si pensaras que venía la policía. ¿Te han arrestado alguna vez?

—¡No! —Emily se echó a reír; era una idea ridícula.

Maya sonrió y exhaló.

—Tengo que irme —dijo Emily con voz ronca.

Maya puso una cara larga.

—¿Por qué?

Emily se levantó poco a poco de la cama.

—Le dije a mi madre que sólo tardaría un momento. Pero nos vemos en el instituto el martes.

—Qué guay —dijo Maya—. A lo mejor me lo puedes enseñar.

Emily sonrió.

—Claro.

Maya sonrió y se despidió haciendo un ademán con tres dedos.

—¿Sabrás encontrar la salida?

—Creo que sí. —Emily contempló de nuevo la habitación de Ali, ejem, de Maya, y bajó ruidosamente aquellas escaleras que le resultaban tan familiares.

Hasta que sacudió la cabeza al aire libre, pasó ante las antiguas posesiones de Alison amontonadas en la acera y volvió a subirse al coche de sus padres no vio la cesta del comité de bienvenida en el asiento de atrás. *A la mierda*, se dijo, embutiéndola entre la vieja silla de Alison y las cajas de libros. *De todas formas, ¿quién necesita una guía de las posadas de Rosewood? Maya ya vive aquí.*

Y de repente Emily se alegró de que así fuera.

## Las islandesas (y las finlandesas) son fáciles

—Ay, Dios mío, árboles. Cómo me alegro de ver árboles tan grandes.

Michelangelo, el hermano quinceañero de Aria Montgomery, estaba asomado a la ventanilla del Outback familiar como un labrador. Aria, sus padres, Ella y Byron (que preferían que sus hijos los llamasen por sus nombres de pila), y Mike regresaban del aeropuerto internacional de Filadelfia. Acababan de bajarse de un avión procedente de Reikiavik, Islandia. El padre de Aria era profesor de historia del arte y la familia había pasado los dos últimos años en Islandia mientras participaba en la investigación de un documental sobre el arte escandinavo para la televisión. Ahora que habían vuelto, Mike estaba pasmado ante el paisaje campestre y vacuno de Pensilvania. Y eso significaba... absolutamente todo. La posada de piedra del siglo XVIII en la que vendían vasijas de cerámica decoradas, las vacas negras que contemplaban estúpidamente el coche desde el otro lado de la cerca de madera que discurría junto a la carretera, el centro comercial de estilo aldea de Nueva Inglaterra que habían construido después de que se fueran y hasta el mísero Dunkin' Donuts de hacía veinticinco años.

—¡Tío, qué ganas tengo de tomarme una Coolata! —exclamó Mike.

Aria exhaló un gemido. Mike se había sentido sólo los dos años que habían pasado en Islandia (afirmaba que todos los chicos islandeses eran « mariquitas que montaban en caballitos gays »), pero, en cambio, ella había florecido. Un nuevo comienzo era exactamente lo que le hacía falta en ese momento, de modo que se alegró cuando su padre anunció que la familia se mudaba. Fue el otoño después de la desaparición de Alison, las chicas se habían distanciado y ella se había quedado sin amigas de verdad; tan sólo un instituto lleno de gente a la que siempre había conocido.

Antes de marcharse a Europa, Aria había advertido en ocasiones que los chicos la observaban desde lejos, intrigados, pero después apartaban la mirada. Con ese vivaracho cuerpo de bailarina de ballet, el cabello lacio y negro y los labios carnosos, Aria sabía que era guapa. La gente se lo decía constantemente, pero entonces ¿por qué no tenía acompañante para el baile de primavera de primero? Una de las últimas veces que había salido con Spencer (uno de los incómodos encuentros que se habían producido durante el verano siguiente a la desaparición de Ali) esta sugirió que probablemente tendría muchas citas si trataba de encajar un poco más.

Pero Aria no sabía cómo encajar. Sus padres le habían inculcado que era un sujeto individual, no una seguidora del rebaño, y que debía ser ella misma. El

problema era que Aria no sabía quién era. Desde los once años había probado a ser la Aria punk, la artista, la directora de documentales y, justo antes de mudarse, hasta había intentado ser la chica ideal de Rosewood, que montaba a caballo y llevaba polos y bolsones de Coach, algo que les encantaba a los chicos de Rosewood pero que no tenía nada que ver con ella. Por suerte, se mudaron a Islandia a las dos semanas del desastre y en Islandia había cambiado todo, todo y todo.

Su padre había aceptado una oferta de trabajo en Islandia justo después de que Aria empezase segundo y la familia había hecho las maletas. Sospechaba que se habían marchado tan deprisa a causa de un secreto de su padre que sólo conocía ella... y Alison DiLaurentis. Se había jurado no volver a pensar en ello en el mismo instante en el que despegaba el avión de Icelandair y, después de haber pasado unos meses en Reikiavik, Rosewood se había convertido en un recuerdo lejano. Parecía que sus padres habían vuelto a enamorarse y hasta su hermano, que era completamente provinciano, había aprendido islandés y francés. Y Aria se había enamorado... varias veces, de hecho.

¿Y qué más daba si a los chicos de Rosewood no les gustaba Aria la chiflada? A los chicos islandeses (los ricos, sofisticados y fascinantes chicos islandeses) sí. En cuanto se instalaron en Islandia conoció a un muchacho llamado Hallbjorn. Era DJ y tenía diecisiete años, tres ponis y la estructura ósea más hermosa que había visto jamás. Se ofreció a llevarla a los géiseres islandeses y entonces, cuando vieron que uno borboteaba y exhalaba una gran nube de vapor, la besó. Después de Hallbjorn fue Lars, al que le gustaba jugar con Cerdunia, la vieja cerdita de peluche que le daba consejos sobre su vida amorosa, y que la llevaba a las mejores fiestas del puerto, donde bailaban durante toda la noche. En Islandia se había sentido atractiva y sexi. Allí se había convertido en Aria la islandesa, la mejor hasta el momento. Había encontrado un estilo propio (una especie de rollo bohemio y *hipster* con numerosas capas de ropa, botas altas con cordones y unos vaqueros APC que había comprado en un viaje a París), había leído a los filósofos franceses y había viajado en el Eurail con apenas un mapa viejo y una muda de ropa interior.

Pero ahora todas las estampas de Rosewood que se le presentaban al otro lado de la ventanilla del coche le recordaban al pasado que deseaba olvidar. Estaba Ferra's Cheesesteaks, donde había pasado muchas horas con sus amigas cuando estaba en secundaria. Estaba el club de campo con sus puertas de piedra; aunque sus padres no eran miembros, Aria había entrado con Spencer y, en una ocasión, sintiéndose atrevida, había abordado a Noel Kahn, el chico que le gustaba, para preguntarle si quería compartir con ella un sándwich de helado. La había rechazado sin contemplaciones, por supuesto.

Y estaba la calle soleada y bordeada de árboles en la que antaño había vivido Alison DiLaurentis. Cuando el coche se detuvo ante la señal de stop, Aria la



observó atentamente; era la segunda casa desde la esquina. Había un montón de basura en la acera pero, aparte de eso, en la casa reinaban la calma y el silencio. Sólo pudo mirarla un instante antes de taparse los ojos. En Islandia a veces había días en los que apenas se acordaba de Ali, de sus secretos y de lo que había ocurrido. Había pasado menos de diez minutos en Rosewood y prácticamente oía su voz en cada recodo de la carretera y veía su reflejo en las enormes ventanas panorámicas que había en todas las casas. Se arrellanó en el asiento, procurando reprimir el llanto.

Su padre recorrió varias calles y aparcó frente a su antigua casa, una amenazadora y posmoderna caja marrón con una ventana cuadrada en el mismo centro; una tremenda desilusión después del bloque de apartamentos islandés de color azul ultramar. Aria entró después de sus padres y se dirigieron apresuradamente a habitaciones distintas. Oyó que Mike contestaba al teléfono móvil fuera y pasó la mano a través de las motas de polvo que flotaban en el aire.

—¡Mamá! —Mike entró corriendo por la puerta de la calle—. Acabo de hablar con Chad y me ha dicho que hoy se hacen las pruebas de lacrosse.

—¿Lacrosse? —Su madre salió del comedor—. ¿Ahora mismo?

—Sí —dijo Mike—. ¡Voy a ir! —Subió corriendo la escalera de hierro forjado que llevaba a su antigua habitación.

—Aria, cariño. —Se dio la vuelta al oír la voz de su madre—. ¿Puedes llevarlo al entrenamiento?

Aria soltó una pequeña carcajada.

—Ah, ¿mamá? No tengo carné.

—¿Y qué? En Reikiavik conducías todos los días. El campo de lacrosse sólo está a un par de kilómetros, ¿no? Lo peor que puede pasar es que atropelles a una vaca. Espéralo hasta que termine.

Aria cedió. Su madre ya parecía agotada. Oyó a su padre abriendo y cerrando armarios y mascullando entre dientes en la cocina. ¿Se querían sus padres como en Islandia? ¿O las cosas volverían a ser como antes?

—De acuerdo —farfulló. Dejó las bolsas en el rellano, cogió las llaves del coche y se colocó en el asiento delantero de la furgoneta.

Su hermano se sentó junto a ella; por asombroso que fuera, ya se había puesto el uniforme. Le dio un vehemente puñetazo a la red del palo y le dirigió una sonrisa maligna y cómplice.

—¿A que estás contenta de haber vuelto?

Aria se limitó a suspirar a modo de respuesta. Durante todo el trayecto Mike apretó las manos contra la ventanilla del coche, vociferaba cosas como: « ¡Esa es la casa de Caleb! », « ¡Han demolido la rampa del monopatín! » y « ¡La caca de vaca todavía huele igual! ». Apenas había detenido el coche en el extenso y bien cuidado campo de entrenamiento cuando Mike abrió la portezuela y salió

disparado.

Aria volvió a inclinarse sobre el asiento, miró por el techo solar y exhaló un suspiro.

—Estoy encantada de haber vuelto —murmuró. Un globo de aire caliente flotaba plácidamente entre las nubes. Antes era un placer verlos, pero hoy lo miró atentamente, cerró un ojo y fingió que lo aplastaba entre el dedo pulgar y el índice.

Una comitiva de muchachos ataviados con camisetas de Nike, pantalones cortos abolsados y gorras de béisbol al revés desfiló lentamente ante el coche en dirección al pabellón deportivo. *¿Lo ves?* Todos los chicos de Rosewood eran fotocopias. Aria pestañeó. Uno de ellos hasta llevaba la misma camiseta de Nike de la Universidad de Pensilvania que solía ponerse Noel Kahn, el chico del sándwich de helado del que se había enamorado en segundo. Observó con los ojos entrecerrados el cabello oscuro y ondulado del muchacho. *Espera. ¿Era... él? Ay, Dios mío.* Sí que lo era. No podía creer que siguiera llevando la misma camiseta que cuando tenía trece años. Probablemente era para que le diera suerte o por alguna extraña superstición de atleta.

Noel la miró intrigado, fue hacia el coche y llamó a la ventanilla. Aria la bajó.

—Tú eres la chica que se fue al Polo Norte. Aria, ¿no? ¿Eras amiga de Ali D? —continuó Noel.

A Aria le dio un vuelco el estómago.

—Ajá —musitó.

—No, tío. —James Freed, el segundo chico más bueno de Rosewood, apareció detrás de Noel—. No se fue al Polo Norte, se fue a Finlandia. Ya sabes, de donde es Svetlana, la modelo. La que se parece a Hanna.

Aria se rascó el cráneo. ¿Hanna? ¿No se referiría a Hanna Marin?

Sonó un silbato y Noel metió la mano en el coche para tocarle el brazo.

—Te quedarás a ver el entrenamiento, ¿verdad, Finlandia?

—Ah... *ja* —contestó Aria.

—¿Qué es eso, un gemido sexual finés? —sonrió James.

Aria dirigió la mirada al techo del coche, sacudiendo suavemente la cabeza. Estaba bastante segura de que *ja* significaba « sí » en finés, pero claro, aquellos chicos no lo sabían.

—Divertíos jugando con vuestras pelotas —dijo, sonriendo con aire cansado.

Los chicos se dieron un codazo y salieron corriendo, blandiendo los palos de lacrosse de un lado a otro antes incluso de llegar al campo. Aria miró por la ventanilla. Qué irónico. Era la primera vez que flirteaba con un chico de Rosewood (con Noel, nada menos) y ni siquiera le importaba.

Entre los árboles distinguió a duras penas la aguja de la capilla de Hollis College, la pequeña escuela de bellas artes en la que enseñaba su padre. En la

calle mayor de Hollis había un bar llamado Snookers. Aria se incorporó y comprobó el reloj. Las dos y media. Quizá estuviese abierto. Podría tomarse un par de cervezas y divertirse sola.

Y oye, a lo mejor con cerveza hasta los chicos de Rosewood eran atractivos.

Así como los bares de Reikiavik desprendían olor a cerveza rubia recién destilada, madera vieja y cigarrillos franceses, Snookers olía a una combinación de cadáveres, perritos calientes infectos y sudoración. Y Snookers, al igual que todo lo demás en Rosewood, le traía recuerdos: un viernes por la noche Alison DiLaurentis la había desafiado a entrar y pedir un orgasmo histérico. Aria se puso a la cola detrás de un montón de niños pijos y cuando el portero le negó el paso exclamó: « ¡Es que tengo orgasmos histéricos ahí dentro! ». Al instante cayó en la cuenta de lo que había dicho y volvió corriendo con sus amigas, que estaban agachadas detrás de uno de los coches del aparcamiento. Se rieron tanto que les dio hipo.

—Amstel —le indicó al camarero cuando pasó las puertas con paneles de vidrio; aparentemente no hacían falta porteros a las dos y media del sábado. El camarero la miró interrogativamente pero después le puso una pinta delante y se dio la vuelta. Aria bebió un buen sorbo. Era insípida y aguada. La escupió en el vaso.

—¿Te encuentras bien?

Aria se volvió. Tres taburetes más allá había un tipo con el pelo claro y despeinado y ojos de azul celeste de husky siberiano. Estaba agitando algo en un vaso pequeño.

Aria frunció el ceño.

—Sí, es que me había olvidado de cómo sabe la cerveza aquí. He pasado dos años en Europa. La cerveza es mejor allí.

—¿En Europa? —Sonrió. Tenía una sonrisa encantadora—. ¿Dónde?

Aria le devolvió la sonrisa.

—En Islandia.

Se le iluminaron los ojos.

—Una vez pasé unas cuantas noches en Reikiavik de camino a Ámsterdam. En el puerto había un fiestón tremendo.

Aria rodeó la pinta con ambas manos.

—Sí —asintió con una sonrisa—, es donde se hacen las mejores fiestas.

—¿Viste la aurora boreal?

—Claro que sí —contestó Aria—. Y el sol de medianoche. En verano montábamos unas *raves* fantásticas... con una música buenísima. —Miró el vaso del desconocido—. ¿Qué es lo que estás bebiendo?

—Escocés —dijo al tiempo que le hacía una seña al camarero—. ¿Quieres

uno?

Ella asintió. El tipo se acercó tres taburetes. Tenía unas manos hermosas, con los dedos largos y las uñas ligeramente descuidadas, y llevaba una chapita en la chaqueta de pana en la que se leía: « ¡Las mujeres inteligentes votan! » .

—¿Así que has vivido en Islandia? —Sonrió de nuevo—. ¿Te fuiste a estudiar?

—Bueno, no —admitió Aria. El camarero le puso el escocés delante. Aria bebió un buen sorbo como si fuera una cerveza. La garganta y el pecho se le inflamaron al instante—. Me fui a Islandia porque...

Se contuvo.

—Sí, eh, me fui a estudiar. —Que pensara lo que le diera la gana.

—Qué guay. —Asintió—. ¿Adónde ibas antes?

Aria se encogió de hombros.

—Eh... A Rosewood. —Sonrió y añadió apresuradamente—: Pero aquello me gustaba mucho más.

Él asintió.

—Yo me deprimí muchísimo cuando volví a los Estados Unidos después de Ámsterdam.

—Yo lloré durante todo el trayecto a casa —admitió Aria, sintiéndose ella misma (la nueva y mejorada Aria islandesa) por primera vez desde que había vuelto. No sólo estaba hablando de Europa con un chico inteligente y guapo, sino que quizá fuera el único chico de Rosewood que no la había conocido como la Aria del instituto, la amiga rara de la chica guapa que había desaparecido—. En fin, ¿estudias aquí? —le preguntó.

—Acabo de graduarme. —Se enjugó la boca con una servilleta y encendió un Camel. Le ofreció uno del paquete, pero ella negó con la cabeza—. Voy a ser profesor.

Aria bebió otro sorbo de escocés y se percató de que ya lo había terminado. *Vaya.*

—Creo que a mí también me gustaría ser profesora. Cuando acabe los estudios. O escribir obras de teatro.

—¿Sí? ¿Obras de teatro? ¿Qué carrera estudias?

—Eh, ¿literatura inglesa? —El camarero le puso otro escocés delante.

—¡Eso es lo que yo enseño! —exclamó el tipo. Al decirlo le puso la mano en la rodilla. Aria se sorprendió tanto que dio un respingo y estuvo a punto de tirar la copa. Él apartó la mano. Aria enrojeció—. Lo siento —añadió, un tanto sumisamente—. Por cierto, me llamo Ezra.

—Aria. —De repente su propio nombre le parecía hilarante. Se rio entre dientes, vacilante.

—Cuidado. —Ezra le asió el brazo para sostenerla.

Tres escoceses después Aria y Ezra habían establecido que ambos habían conocido al mismo marinero que atendía la barra del bar Borg de Reikiavik, que

les encantaba que les entrara sueño al bañarse en el lago azul, rico en minerales de las fuentes termales, y que realmente les gustaba el sulfúrico olor a huevos podridos que emanaba de las aguas geotérmicas de los manantiales. Los ojos de Ezra se volvían más azules a cada instante. Aria sintió el impulso de preguntarle si tenía novia. Estaba calentita por dentro y estaba bastante segura de que no se debía sólo al escocés.

—Tengo que ir al baño —balbució.

Ezra sonrió.

—¿Puedo acompañarte?

Bueno, eso contestaba a la pregunta de la novia.

—Bueno, eh... —Se frotó la nuca—. ¿He sido demasiado descarado? —preguntó, mirándola bajo sus pobladas cejas.

Aria sintió un zumbido en la cabeza. La verdad era que enrollarse con desconocidos no era lo suyo, por lo menos en América. Pero ¿acaso no había dicho que quería ser Aria la islandesa?

Se levantó y le cogió la mano. Se miraron el uno al otro durante el trayecto hasta el servicio de señoras de Snookers. Había papel higiénico por todo el suelo y olía aún peor que el resto del bar, pero a Aria no le importaba. Cuando Ezra la puso encima del lavabo y ella le rodeó la cintura con las piernas lo único que olía era su fragancia (una combinación de escocés, canela y sudor) y era lo más dulce que había olido jamás.

Como decían en Finlandia o donde fuera: *ja*.

## El primer pasador de Hanna

—¡Y por lo visto se estaban acostando en la habitación de los padres de Bethany!

Hanna Marin miró fijamente a Mona Vanderwaal, su mejor amiga, desde el otro lado de la mesa. Faltaban dos días para que empezara el curso y estaban sentadas en la terraza de Rive Gauche, la cafetería de inspiración francesa del centro comercial King James, bebiendo vino tinto, comparando *Vogue* con *Teen Vogue* y cotilleando. Mona siempre estaba al corriente de los trapos sucios más jugosos de los demás. Hanna bebió otro sorbo de vino y reparó en un tipo de cuarenta y tantos años que las estaba observando con lascivia. *Un auténtico Humbert Humbert*, pensó, pero no lo dijo en voz alta. Mona no habría comprendido la referencia literaria, pero el hecho de que Hanna fuera la chica más deseada de Rosewood Day no significaba que no se dignara a hojear de vez en cuando los libros de la lista de lecturas recomendadas por los profesores del instituto para el verano, sobre todo cuando estaba tumbada junto a la piscina y no tenía nada que hacer. Además, *Lolita* parecía deliciosamente obsceno.

Mona se dio la vuelta para ver a quién estaba mirando Hanna. Sus labios se arquearon en una sonrisa maliciosa.

—Deberíamos enseñárselo.

—¿A la de tres? —A Hanna se le dilataron las pupilas de color ámbar.

Mona asintió. A la de tres las chicas se levantaron poco a poco el dobladillo de sus minifaldas, que ya eran cortísimas, hasta que descubrieron las bragas. Humbert las miró estupefacto y derramó la copa de *pinot noir* en la entrepierna de sus pantalones caqui.

—¡Mierda! —chilló antes de salir disparado al cuarto de baño.

—Qué bien —comentó Mona. Arrojaron la servilleta sobre las ensaladas intactas y se levantaron para marcharse.

Se habían hecho amigas durante el verano entre segundo y tercero, después de que ambas suspendieran las pruebas para animadoras de tercero. Se juraron que las admitirían al año siguiente y decidieron perder toneladas de peso para convertirse en aquellas chicas guapas y descaradas que los chicos lanzaban al aire. Pero cuando se vieron delgadas y hermosas decidieron que aquello había pasado de moda y que las animadoras eran unas fracasadas, de modo que no se habían molestado en volver a presentarse a las pruebas del equipo.

Desde entonces Hanna y Mona lo habían compartido todo; bueno, casi todo. Hanna no le había contado a Mona cómo había perdido peso tan deprisa; era demasiado asqueroso para hablar de ello. Aunque una dieta estricta era algo sexi

y admirable, no tenía absolutamente nada de glamuroso comerse una tonelada de basura grasienta y preferiblemente rellena de queso y después vomitarla. Pero Hanna ya había dejado aquella pequeña mala costumbre, de modo que en realidad no tenía importancia.

—Sabes que a ese tío se le ha puesto dura —susurró Mona mientras amontonaba las revistas—. ¿Qué va a pensar Sean?

—Se reirá —le aseguró Hanna.

—Ah, yo creo que no.

Hanna se encogió de hombros.

—A lo mejor sí.

Mona se burló.

—Sí, enseñárselo a los desconocidos va bien con el compromiso de virginidad.

Hanna se miró las plataformas moradas de Michael Kors. El compromiso de virginidad. Hanna estaba saliendo con Sean Ackard, al que había deseado desde primero. Era increíblemente popular y estaba buenísimo, pero últimamente se estaba comportando de una forma un tanto rara. Siempre había sido el típico *boy scout* americano, de los que trabajaban como voluntarios en las residencias de ancianos y les servían pavo a los indigentes el día de Acción de gracias, pero la noche anterior, cuando Hanna, Sean y Mona y un grupo de chicos estaban bebiendo Coronitas en secreto en el *jacuzzi* de cedro de Jim Freed, Sean había subido una muesca el listón del típico *boy scout* americano. Había anunciado con cierto orgullo que había firmado un compromiso y había jurado no acostarse con nadie antes de casarse. Todos, incluida Hanna, se habían quedado demasiado asombrados para contestar.

—No lo dice en serio —afirmó Hanna con aire confiado. ¿Cómo iba a hacerlo? Un montón de chicos firmaban aquella promesa; Hanna suponía que no era más que una moda pasajera, como las pulseras de Lance Armstrong o el yogalates.

—¿Tú crees? —sonrió burlonamente Mona, apartándose el largo flequillo de los ojos—. Ya veremos lo que pasa en la fiesta de Noel el viernes que viene.

Hanna rechinó los dientes. Parecía que Mona se estaba riendo de ella.

—Quiero ir de compras —anunció, levantándose.

—¿Qué te parece Tiffany's? —sugirió Mona.

—Fantástico.

Deambularon por la nueva y flamante sección de lujo del centro comercial King James, que albergaba tiendas de Burberry, Tiffany's, Gucci y Coach, olía al último perfume de Michael Kors y estaba atestado de chicas guapas que volvían a la escuela preparatoria, acompañadas de sus preciosas madres. Hacía unas

semanas, cuando iba sola de compras, Hanna había sorprendido a su antigua amiga Spencer Hastings entrando discretamente en la nueva tienda de Kate Spade y había recordado que solía encargarse especialmente una temporada entera de bolsos de nailon de Nueva York.

Hanna se sentía rara sabiendo tantos detalles sobre una persona que ya no era amiga suya. Y cuando vio a Spencer observando atentamente las maletas de piel de Kate Spade se preguntó si estaría pensando lo mismo que ella: que a Ali DiLaurentis le habría encantado la nueva ala del centro comercial. Hanna reflexionaba a menudo sobre todo lo que Ali se había perdido: la hoguera de la fiesta de apertura del curso que se había celebrado el año anterior, el karaoke de la puesta de largo de Lauren Ryan en la mansión de su familia, el regreso de los zapatos de punta redonda, las fundas de piel de Chanel para los iPod nano... bueno, los iPod nano en general. Pero ¿qué era lo mejor que se había perdido Ali? La transformación de Hanna, por supuesto; y le fastidiaba que se la hubiera perdido. A veces, cuando Hanna daba vueltas delante del espejo de cuerpo entero fingía que Ali estaba sentada detrás de ella, criticando su ropa como hacía siempre. Hanna había malgastado muchos años siendo una perdedora gordinflona y pegajosa, pero ahora las cosas eran muy diferentes.

Mona y ella entraron en Tiffany's; estaba llena de cristales, cromo y luces blancas que le conferían un fulgor extra a los perfectos diamantes. Mona se paseó entre las vitrinas y se volvió hacia Hanna enarcando las cejas.

—¿Tal vez una pulsera?

—Perfecto.

Se dirigieron a la vitrina correspondiente y examinaron una pulsera de abalorios de plata con un pasador en forma de corazón.

—Qué bonita —murmuró Mona.

—¿Os interesa? —les preguntó una elegante dependienta madura.

—Ay, no sé —gimió Hanna.

—Seguro que te sienta de maravilla. —La mujer abrió la vitrina y buscó a tientas la pulsera—. Sale en todas las revistas.

Hanna le dio un codazo a Mona.

—Pruébatela.

Mona se la puso en la muñeca.

—Es muy bonita. —Cuando la dependienta se volvió hacia otra cliente, Mona se quitó la pulsera de la muñeca y se la metió en el bolsillo. Así de sencillo.

Hanna apretó los labios y llamó la atención de otra dependienta, una muchacha de cabello rubio cobrizo que llevaba un pintalabios de color coral.

—¿Puedo probarme esa pulsera de ahí, la de los abalorios redondos?

—¡Claro! —La chica abrió la vitrina—. Yo tengo una igual.

—¿Y los pendientes a juego? —Hanna los señaló.

—Por supuesto.



Mona había pasado a los diamantes. Hanna tenía los pendientes y la pulsera en las manos. En total costaban trescientos cincuenta dólares. De pronto un tropel de japonesas se agolparon contra el mostrador, señalando otra pulsera de abalorios que había en la vitrina de cristal. Hanna inspeccionó el techo y las puertas en busca de cámaras y detectores respectivamente.

—¡Ay, Hanna, ven a mirar el Lucida! —exclamó Mona.

Hanna se detuvo. El tiempo pasó más despacio. Se puso la pulsera en la muñeca y se la subió por debajo de la manga. Metió los pendientes en su monedero de Louis Vuitton con cerezas estampadas. Le palpitaba violentamente el corazón. Eso era lo mejor del robo: la sensación previa. Se sentía despierta y viva.

Mona le estaba enseñando un anillo de diamantes.

—¿A que me sienta bien?

—Venga. —Hanna le aferró el brazo—. Vamos a Coach.

—¿No quieres probarte ninguno? —Mona estaba haciendo pucheros. Siempre se entretenía cuando sabía que Hanna había cumplido la misión.

—No —contestó Hanna—. Los monederos nos están llamando. —Sentía la suave presión de la cadena de plata de la pulsera en el brazo. Tenía que salir de allí antes de que las japonesas dejasen de armar escándalo en el mostrador. La dependienta ni siquiera había vuelto a mirarla.

—De acuerdo —asintió Mona con aire dramático. Le devolvió el anillo a la dependienta sosteniéndolo por el diamante, algo que hasta Hanna sabía que no había que hacer—. Estos diamantes son demasiado pequeños —dijo—. Lo siento.

—Tenemos otros —probó la mujer.

—Vamos —insistió Hanna, llevándose del brazo a Mona.

El corazón le martilleaba mientras se abrieron paso a través de Tiffany's. Los abalorios le resonaban en la muñeca, pero ella no se subió la manga. Era una profesional consumada en eso (primero habían sido golosinas sueltas en el supermercado de Wawa, después cedés en Tower, y tops en Ralph Lauren) y cada vez se sentía más poderosa y perversa. Cerró los ojos y traspasó la entrada, preparándose para el estallido de las alarmas.

Pero no lo hubo. Habían conseguido salir.

Mona le apretó la mano.

—¿Tú también has cogido una?

—Por supuesto. —Le enseñó la pulsera que llevaba alrededor de la muñeca—. Y estos. —Abrió el monedero y le enseñó los pendientes.

—Mierda. —A Mona se le dilataron las pupilas.

Hanna sonrió. A veces era gratificante mantenerse un paso por delante de su mejor amiga. Como no quería estropearlo se alejó apresuradamente de Tiffany's, aguzando el oído por si alguien las perseguía. Pero los únicos sonidos eran el borboteo de una fuente y *Oops, I Did It Again* en versión hilo musical.

*Por supuesto que sí, pensó Hanna.*

## Spencer recorre la tabla

—Cariño, los mejillones no se comen con los dedos. Es de mala educación.

Spencer Hastings miró a Veronica, su madre, que estaba al otro lado de la mesa pasándose nerviosamente las manos por el cabello rubio ceniza con mechas perfectas.

—Lo siento —dijo Spencer, cogiendo el ridículamente pequeño tenedor para mejillones.

—Sigo pensando que Melissa no debería vivir en la casa del centro con tanto polvo —le dijo la señora Hastings a su marido, haciendo caso omiso de la disculpa de Spencer.

Peter Hastings flexionó el cuello de un lado a otro. Cuando no estaba ejerciendo la abogacía estaba pedaleando frenéticamente por las carreteras secundarias de Rosewood, ataviado con coloridas camisetas ajustadas de espándex y pantalones de ciclista, agitando el puño ante los coches que sobrepasaban el límite de velocidad. De tanto andar en bicicleta siempre le dolían los hombros.

—¡No sé cómo va a estudiar con tantos martillazos! —añadió la señora Hastings.

Spencer y sus padres estaban sentados en Moshulu, un restaurante a bordo de un cliper amarrado en el puerto de Filadelfia, a la espera de que Melissa, la hermana de Spencer, se reuniera con ellos para cenar. Era una gran cena festiva porque a Melissa, que se había graduado de la Universidad de Pensilvania el año anterior, la habían admitido en la facultad de Económicas de Wharton. Sus padres estaban reformando la casa del centro de Filadelfia para regalársela.

En apenas dos días Spencer empezaría primero de bachillerato en Rosewood y tendría que someterse al apretado horario del curso: asistir a cinco clases avanzadas y cursos de liderazgo, organizar las subastas benéficas, editar el anuario y presentarse a las pruebas de teatro y los entrenamientos de hockey, además de enviar solicitudes para los cursos de verano cuanto antes, pues todo el mundo sabía que la mejor manera de ingresar en alguna de las universidades más prestigiosas era matricularse en uno de sus respectivos campamentos preuniversitarios. Pero había algo que Spencer estaba deseando este año: mudarse al granero reformado que había al fondo del terreno de la familia. Según sus padres, era la forma perfecta de prepararse para la vida universitaria; ¡no había más que ver lo bien que le había ido a Melissa! Pua. Pero en este caso Spencer estaba encantada de seguir los pasos de su hermana, pues la conducían a la apacible y bien iluminada casa de invitados en la que podría dar esquinazo a

sus padres y a sus labradoodles, que no paraban de ladrar.

Las dos hermanas mantenían desde hacía tiempo una silenciosa competición y Spencer siempre perdía: Spencer había ganado cuatro veces el premio a la forma física en la escuela primaria; Melissa lo había ganado cinco veces. Spencer había obtenido el segundo puesto en el certamen de geografía de primero; Melissa, el primero. Spencer estaba en la plantilla del anuario y en todas las obras del instituto y se había matriculado en cinco clases avanzadas este año; Melissa había hecho todo eso en primero de bachillerato y además había trabajado en la granja de caballos de su madre y se había entrenado para el maratón de Filadelfia en beneficio de la investigación de la leucemia. No importaban la nota media de Spencer ni las actividades extraescolares que encajara en su horario, nunca llegaba al nivel de perfección de Melissa.

Spencer cogió otro mejillón con los dedos y se lo metió en la boca. A su padre le encantaba ese restaurante, que tenía paneles de madera oscura, gruesas alfombras persas y embriagadores olores a mantequilla, vino tinto y aire salado. Cuando uno se sentaba entre los mástiles y las velas, le daba la impresión de que podía arrojarse al puerto desde la borda. Spencer observó el gran acuario burbujeante de Camden, Nueva Jersey, al otro lado del río Delaware. Un gigantesco barco festivo decorado con luces navideñas pasó flotando ante ellos. Alguien lanzó un cohete amarillo desde la cubierta delantera. Aquel barco era mucho más divertido que el suyo.

—¿Cómo se llamaba el amigo de Melissa? —murmuró su madre.

—Me parece que Wren —dijo Spencer. Y añadió mentalmente: *como un pajarroco flacucho*.<sup>[3]</sup>

—Me ha dicho que está estudiando Medicina —comentó su madre, embelesada—. En la Universidad de Pensilvania.

—Por supuesto —murmuró Spencer con un sonsonete. Le hincó el diente a la concha de un mejillón y torció el gesto. Melissa había invitado a la cena al chico con el que salía desde hacía dos meses. La familia aún no lo conocía (había ido a visitar a su familia o algo así) pero todos los novios de Melissa eran iguales: eran guapos típicos, tenían buenos modales y jugaban al golf. Melissa no tenía ni una pizca de creatividad y a todas luces buscaba la misma previsibilidad en sus novios.

—¡Mamá! —exclamó una voz familiar detrás de Spencer.

Melissa descendió en picado al otro lado de la mesa para estamparles un beso enorme a sus padres. No había cambiado de imagen desde el instituto: tenía el cabello rubio ceniza cortado bruscamente a la altura de la barbilla, sólo se había puesto un poco de base de maquillaje y llevaba un insulso vestido amarillo de cuello cuadrado, una rebeca rosa con botones de perlas y unos zapatos con tacones chupete medianamente bonitos.

—¡Cariño! —exclamó su madre.

—Mamá, papá, este es Wren. —Melissa tiró de alguien hacia ella.

Spencer trató de no quedarse boquiabierto. Wren no tenía nada de flacucho, de pajaraco ni de típico. Era alto y desgarrado y llevaba una camisa de Thomas Pink con un corte precioso. Tenía una mata de pelo oscuro que se peinaba con un estilo desenfadado y desordenado, la piel bonita, los pómulos altos y los ojos almendrados.

Wren le estrechó la mano a sus padres y se sentó a la mesa. Melissa le preguntó a su madre adónde tenía que remitir la factura del fontanero mientras Spencer esperaba a que la presentasen. Wren fingía que estaba realmente interesado en una enorme copa de vino.

—Yo me llamo Spencer —dijo al fin. Se preguntó si le olería el aliento a mejillones—. La otra hija. —Spencer asintió hacia el otro lado de la mesa—. La que tienen encerrada en el sótano.

—Ah. —Wren sonrió—. Qué guay.

¿Acaso había oído un acento británico?

—¿A que es extraño que no te hayan preguntado nada sobre ti? —Spencer señaló a sus padres. Ahora estaban hablando de contratistas y la madera más indicada para el suelo del salón.

Wren se encogió de hombros y susurró:

—Un poco. —Le guiñó el ojo.

De pronto Melissa le asió la mano.

—Ah, ya veo que la has conocido —murmuró amorosamente.

—Sí. —Sonrió—. No me habías dicho que tenías una hermana.

Por supuesto que no.

—Bueno, Melissa —intervino la señora Hastings—, papá y yo estábamos hablando de dónde podías instalarte mientras hacen todas las reformas. Y se me ha ocurrido una cosa. ¿Por qué no te vienes a vivir unos meses con nosotros a Rosewood? Puedes ir y volver de Pensilvania; ya sabes lo fácil que es.

Melissa arrugó la nariz. *Por favor, di que no, por favor, di que no*, pidió Spencer.

—Bueno. —Melissa se ajustó el tirante del vestido amarillo. Spencer se dijo que cuanto más lo miraba más le parecía que el color le daba el aspecto de una enferma de gripe. Melissa se volvió hacia Wren—. El caso es que... Wren y yo íbamos a mudarnos a la casa del centro... juntos.

—¡Ah! —Su madre les sonrió a ambos—. Bueno... supongo que Wren también puede quedarse con nosotros... ¿Qué te parece, Peter?

Spencer tuvo que aferrarse el pecho para que no se le saliera el corazón. ¿Se iban a vivir juntos? Qué huevos tenía su hermana. Spencer sólo acertaba a imaginar lo que habría pasado si ella hubiera soltado una bomba semejante. Su madre la habría obligado a vivir en el sótano de verdad... o quizá en el establo. Habría podido instalarse junto a la cabra que hacía compañía a los caballos.

—Bueno, supongo que está bien —dijo su padre. ¡*Incredible!*—. Desde luego es un sitio tranquilo. Mamá se pasa casi todo el día en el establo y Spencer está en clase, por supuesto.

—¿Estás estudiando? —preguntó Wren—. ¿Dónde?

—Está en el instituto —se interpuso Melissa. Miró fijamente a Spencer durante largo rato, como si estuviera tomándole la medida. Desde el ceñido vestido de tenis Lacoste de color hueso hasta los pendientes de diamantes de dos quilates, pasando por la melena rubia oscura y ondulada—. El mismo instituto al que iba yo. No te lo había preguntado, Spence; ¿este año eres la presidenta de la clase?

—Vicepresidenta —balbució Spencer. Era imposible que Melissa no lo supiera.

—Ah, ¿y no estás contenta? —preguntó Melissa.

—No —contestó llanamente Spencer. Se había presentado candidata aquella primavera pero la habían derrotado, de modo que había tenido que conformarse con el puesto de vicepresidenta. Odiaba perder en cualquier cosa.

Melissa meneó la cabeza.

—Tú no lo entiendes, Spence, es muchísimo trabajo. ¡Cuando yo era presidenta apenas me quedaba tiempo para otra cosa!

—Además, tienes bastantes actividades, Spencer —murmuró la señora Hastings—. Están el anuario y los partidos de hockey...

—Además, Spence, ocuparás el puesto si el presidente, ya sabes, se muere... —Melissa le guiñó el ojo como si estuviesen compartiendo una broma, aunque de hecho no era cierto.

Melissa se volvió de nuevo hacia sus padres.

—Mamá. Se me acaba de ocurrir una idea estupenda. ¿Y si Wren y yo nos instalamos en el granero? Así no te molestaremos.

Spencer se sintió como si le hubieran dado una patada en los ovarios. ¿*El granero?*

La señora Hastings se llevó un dedo con una perfecta manicura francesa a una boca con un perfecto pintalabios.

—Hmm —empezó. Se volvió tentativamente hacia Spencer—. ¿Podrías esperar unos meses, cielo? Entonces el granero será todo tuyo.

—¡Ah! —Melissa soltó el tenedor—. ¡No sabía que ibas a mudarte allí, Spence! No quiero causar problemas...

—No pasa nada —la interrumpió Spencer, mientras cogía el vaso de agua helada para beber un buen trago. Se obligó a no protagonizar una pataleta delante de sus padres y Melissa la perfecta—. Puedo esperar.

—¿De verdad? —preguntó Melissa—. ¡Qué amable por tu parte!

Su madre le apretó la mano con la suya, fría y delgada, y sonrió abiertamente.

—Sabía que lo entenderías.

—¿Me disculpáis? —Spencer, vacilante, apartó la silla de la mesa y se levantó —. Vuelvo enseguida. —Atravesó la cubierta de madera del barco, bajó la escalera alfombrada y salió por la puerta. Necesitaba estar en tierra firme.

El horizonte de Filadelfia refulgía en el embarcadero de Pensilvania. Spencer tomó asiento en un banco y practicó la respiración de fuego del yoga. A continuación sacó la cartera y empezó a organizar el dinero. Colocó en el mismo sentido los billetes de uno, de cinco y de veinte dólares y los puso en orden alfabético obedeciendo a las largas combinaciones de letras y números impresas con tinta verde en los márgenes. Siempre se sentía mejor al hacerlo. Cuando hubo acabado, observó la cubierta del comedor de la nave. Sus padres estaban sentados frente al río, así que no podían verla. Rebuscó una cajetilla de Marlboro de emergencia en el bolso Hogan de color canela y encendió un cigarrillo.

Dio una furiosa calada detrás de otra. Robarle el granero ya era bastante malvado, pero hacerlo con tanta cortesía era exactamente el estilo de Melissa; siempre había sido amable por fuera pero horrible por dentro.

Solo se había desquitado de ella en una ocasión, unas semanas antes de que acabase primero. Una tarde Melissa estaba estudiando para los exámenes finales con Ian Thomas, su novio en aquella época. Cuando Ian se fue, Spencer lo arrinconó ante el todoterreno que había aparcado detrás de la hilera de pinos de la familia. Sólo pretendía tontear (Ian estaba desperdiciando su atractivo con su ordinaria y santurróna hermana) de modo que le dio un beso de despedida en la mejilla. Pero cuando Ian la empujó contra la portezuela del acompañante ella no intentó desasirse. Sólo dejaron de besarse cuando se accionó la alarma del coche.

Cuando Spencer se lo contó a Alison, esta le dijo que había sido algo espantoso y que debía confesárselo a Melissa. Spencer sospechaba que estaba enfadada porque durante todo el curso se habían disputado quién se enrollaba con más chicos mayores y besando a Ian había obtenido la delantera.

Spencer respiró profundamente. Odiaba que le recordasen aquella etapa de su vida. Pero la antigua casa de los DiLaurentis estaba al lado de la suya y una de las ventanas del dormitorio de Ali daba a una del de Spencer; era como si Ali la atormentase veinticuatro horas al día, siete días de la semana. Lo único que tenía que hacer era asomarse a la ventana para toparse con la Ali de primero, colgando el uniforme del equipo juvenil de hockey donde ella pudiese verlo o andando de un lado a otro de la habitación, chismorreando frente al teléfono móvil.

Spencer quería creer que había cambiado mucho desde primero. Habían sido muy malas; sobre todo Alison, pero no sólo ella. Y el peor recuerdo de todos era... lo de Jenna. Cuando pensaba en ello se sentía tan horriblemente mal que deseaba que se lo borrasen del cerebro como en la película *¡Olvidate de mí!*

—No deberías fumar, ¿sabes?

Al volverse encontró a Wren, que estaba de pie junto a ella. Spencer lo miró sorprendida.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo?

—Estaban... —Abrió y cerró las manos, la una frente a la otra como si fueran dos bocas cotorreando—. Y tengo un busca. —Sacó una BlackBerry.

—Ah —comentó Spencer—. ¿Es del hospital? Me han dicho que eres un gran médico.

—Bueno, no, la verdad es que todavía estoy en primero de carrera —confesó Wren, y señaló el cigarrillo—. ¿Te importa que le dé una calada?

Spencer arqueó irónicamente las comisuras de los labios.

—Acabas de decirme que no fume —dijo al tiempo que se lo ofrecía.

—Sí, bueno. —Wren le dio una profunda calada al cigarrillo—. ¿Te encuentras bien?

—Me da igual. —Spencer no estaba dispuesta a desahogarse con el nuevo novio de su hermana después de que le hubiese robado el granero para irse a vivir con ella—. Bueno, ¿de dónde eres?

—Del norte de Londres. Pero mi padre es coreano. Fue a Inglaterra para estudiar en Oxford y acabó quedándose. Todo el mundo me lo pregunta.

—Ah. No pretendía hacerlo —contestó Spencer, aunque sí que lo había pensado—. ¿Cómo conociste a mi hermana?

—En Starbucks —contestó Wren—. Estaba en la cola delante de mí.

—Ah —comentó Spencer. *Qué increíblemente patético.*

—Ella iba a pedir un *latte* —añadió Wren, dándole una patada al bordillo de piedra.

—Qué bien. —Spencer jugueteó con la cajetilla de cigarrillos.

—Eso fue hace unos meses. —Wren dio otra calada entrecortada; le temblaba un poco la mano y miraba nerviosamente a su alrededor—. Me gustaba antes de que le regalasen la casa del centro.

—Claro —dijo Spencer, advirtiendo que parecía un poco nervioso. A lo mejor estaba tenso porque había conocido a sus padres. ¿O acaso estaba de los nervios porque se iba a vivir con Melissa? Si Spencer fuera un tío y tuviera que irse a vivir con ella se habría tirado al río Delaware desde la cofa del *Moshulu*.

Wren le devolvió el cigarrillo.

—Espero que no te moleste que me quede en tu casa.

—Ah, sí. Me da igual.

Wren se lamió los labios.

—A lo mejor consigo que superes la adicción al tabaco.

Spencer se puso tensa.

—No estoy enganchada.

—Claro que no —contestó Wren con una sonrisa.

Spencer meneó enfáticamente la cabeza.



—No, jamás permitiría que me pasara eso. —Y era cierto: Spencer odiaba sentirse descontrolada.

Wren sonrió.

—Bueno, desde luego parece que sabes lo que estás haciendo.

—Así es.

—¿Eres así con todas las cosas? —le preguntó Wren con los ojos brillantes.

Había algo en el tono desenfadado y burlón con el que se lo dijo que la obligó a interrumpirse. ¿Acaso estaban... tonteando? Se miraron fijamente unos instantes hasta que un nutrido grupo de comensales desembarcaron apresuradamente. Spencer bajó la mirada.

—En fin, ¿te parece que ya es hora de que volvamos? —le preguntó Wren.

Spencer titubeó y se volvió hacia la calle, que estaba llena de taxis dispuestos a llevarla adonde ella quisiera. Casi deseaba pedirle a Wren que se subiese con ella a uno de ellos para ir a un partido de béisbol en el Citizens Bank Park, donde podrían engullir perritos calientes, gritarles a los jugadores y contar las eliminaciones que anotaba el primer lanzador de los Phillies. Podían aprovechar los asientos de palco de su padre (de todas formas, casi nunca los usaban) y estaba segura de que a Wren le gustaría. ¿Para qué iban a volver a entrar si su familia iba a seguir ignorándolos? Un taxi se detuvo ante el semáforo a escasos metros de distancia. Spencer lo miró y después a Wren.

Pero no, eso no habría estado bien. ¿Y quién ocuparía el cargo del presidente si este moría y ella era asesinada a manos de su hermana?

—Después de ti —dijo, y le abrió la puerta para que subiese de nuevo a bordo.

## Salidas y Fitz

—¡Eh! ¡Finlandia!

El martes, el día que empezaba el curso, Aria iba a toda prisa a la clase de literatura de primera hora. Se dio la vuelta para ver a Noel Kahn trotando hacia ella con un chaleco de punto y una corbata de Rosewood Day.

—Hola. —Aria asintió y siguió andando.

» El otro día te fuiste corriendo del entrenamiento —dijo Noel, acercándose tímidamente.

—¿Esperabas que me quedase a verlo? —Aria lo miró por el rabillo del ojo. Parecía azorado.

—Sí. Hicimos una melé. Yo marqué tres goles.

—Me alegró por ti —repuso Aria, impasible. ¿Acaso debía sentirse impresionada?

Siguió recorriendo el pasillo de Rosewood Day, con el que desgraciadamente había soñado demasiadas veces en Islandia. Sobre ella estaban los mismos techos abovedados de color de cáscara de huevo. Debajo estaban los mismos suelos de madera de estilo hacienda. A ambos lados estaban las acostumbradas fotografías de alumnos estirados y, a la izquierda, hileras incongruentes de taquillas metálicas abolladas. Hasta se escuchaba débilmente la misma pieza a través de los altavoces de megafonía: la *Obertura 1812*; en Rosewood ponían música entre las clases porque era « mentalmente estimulante ». Pasaban corriendo las mismas personas que conocía desde hacía un millón de años... y todas la estaban mirando.

Aria agachó la cabeza. Como se había mudado a Islandia a principios de segundo no habían vuelto a verla desde que formaba parte de la afligida pandilla de chicas cuya mejor amiga había desaparecido de una forma tan extraña. En aquella época la gente murmuraba sobre ella dondequiera que fuera.

Ahora parecía que no se había marchado nunca. Y hasta sentía que Ali todavía estaba allí. Se quedó sin aliento cuando atisbó brevemente el restallido de una coleta rubia doblando la esquina del gimnasio. Y cuando contorneó la esquina y pasó ante el taller de cerámica, donde solía encontrarse con ella entre clases para intercambiar cotilleos, casi podía oírla exclamando: « ¡Eh, espérame! ». Se llevó la mano a la frente para comprobar si tenía fiebre.

—Bueno, ¿qué clase tienes primero? —le preguntó Noel, que seguía manteniéndose a su altura.

Ella lo miró, sorprendida, y a continuación comprobó el horario.

—Literatura.

—Yo también. ¿Con el señor Fitz?

—Sí —balbució—. ¿Es bueno?

—No lo sé. Es nuevo. Pero me han dicho que le dieron una beca Fulbright.

Aria observó a Noel Kahn con suspicacia. ¿Desde cuándo le importaban las credenciales de los profesores? Dobló una esquina y vio a una chica en la puerta del aula de literatura. Le resultaba familiar y desconocida al mismo tiempo. Era esbelta como una modelo, tenía una melena caoba y llevaba la falda plisada azul del uniforme de Rosewood remangada, plataformas moradas y una pulsera de abalorios de Tiffany's.

Se le aceleró el pulso. Se había preguntado cómo reaccionaría cuando viese a sus antiguas amigas y allí estaba Hanna. ¿Qué le había pasado a Hanna?

—Hola —dijo suavemente Aria.

Hanna se dio la vuelta y la miró de arriba abajo, desde el cabello largo y desgreñado hasta las gastadas botas altas con cordones marrones, pasando por la camisa blanca de Rosewood y las gruesas pulseras de baquelita. Una expresión impasible surcó su semblante, pero después sonrió.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó. Al menos seguía teniendo la misma voz chillona—. ¿Cómo has...? ¿Dónde has estado? ¿En Checoslovaquia?

—Ah, sí —contestó Aria. Se había acercado bastante.

—Parece que Kirsten se ha ido a South Beach —la interrumpió una chica que estaba al lado de Hanna. Aria volvió la cabeza hacia un lado, tratando de identificarla. ¿Mona Vanderwaal? La última vez que la había visto Mona llevaba un millón de trencitas en el pelo y estaba montada en un patinete Razor. Ahora parecía aún más glamurosa que Hanna.

—¿A que sí? —asintió Hanna. A continuación se encogió de hombros para disculparse con Aria y Noel, que no se había movido de allí—. Lo siento, chicos, ¿me perdonáis?

Aria entró en el aula y se sentó en el primer pupitre que vio. Agachó la cabeza y respiró con bocanadas convulsas y emotivas.

—El infierno son los otros —recitó. Era su cita favorita del filósofo francés Jean Paul Sartre, además de un mantra perfecto para Rosewood.

Se balanceó hacia delante y hacia atrás durante unos instantes, completamente flipada. Lo único que la reconfortaba era el recuerdo de Ezra, el chico al que había conocido en Snookers. Ezra la había seguido hasta el cuarto de baño del bar, le había cogido la cara y la había besado. Sus bocas encajaban a la perfección; no habían entrechocado los dientes en ningún momento. Ezra le había acariciado la cintura, el vientre y las piernas. Tenían una conexión estupenda. Y vale, de acuerdo, algunos habrían dicho que se trataba de una simple... conexión de lenguas... pero Aria sabía que era algo más que eso.

La noche anterior se había sentido tan abrumada al pensar en ello que había

escrito un haiku para expresar lo que sentía por Ezra; los haikus eran sus poemas favoritos. A continuación, satisfecha con el resultado, lo había copiado en el teléfono y lo había enviado al número que le había dado Ezra.

Aria exhaló un suspiro atormentado y miró en derredor del aula. Olía a libros y abrillantador de suelos Mop & Glo. Las enormes ventanas de cuatro paneles daban al jardín del sur y a las verdes ondulaciones de las colinas que había más allá de este. Algunos árboles habían empezado a ponerse amarillos y anaranjados. Había un gran póster de adagios shakespearianos junto a la pizarra y alguien había pegado en la pared un adhesivo con el eslogan «Odio a la gente borde». Parecía que el conserje había intentado despegarla pero había desistido en mitad del empeño.

¿Era desesperado mandarle un mensaje a Ezra a las 2.30 de la madrugada? Aún no había tenido noticias suyas. Aria buscó el teléfono a tientas en el bolso y lo sacó. La pantalla indicaba: «Nuevo mensaje de texto». Le dio un vuelco el estómago; se sentía aliviada, histérica y nerviosa al mismo tiempo. Pero cuando apretó el botón de «Leer» una voz la interrumpió.

—Perdona. Ah, no se pueden usar teléfonos móviles en clase.

Aria ocultó el teléfono con ambas manos y alzó la vista. El que había hablado (suponía que se trataba del nuevo profesor) se encontraba de espaldas al resto del aula y estaba escribiendo en la pizarra. Hasta el momento lo único que había escrito era: «Señor Fitz». Sostenía un memorando que ostentaba el escudo de Rosewood en la parte superior. De espaldas parecía joven. Algunas chicas de la clase le dieron un repaso apreciativo mientras iban a sus pupitres. La ahora fabulosa Hanna hasta silbó.

—Ya sé que soy el nuevo —añadió mientras escribía: «literatura avanzada» debajo de su nombre—, pero en el despacho del director me han dado una hoja informativa que dice que nada de móviles en clase. —Entonces se dio la vuelta y la hoja se le cayó revoloteando hasta el suelo de linóleo.

Aria sintió que se le secaba la boca de inmediato. Al frente de la clase estaba Ezra, el del bar. Ezra, el destinatario del haiku. Su Ezra, que presentaba un aspecto desgarrado y adorable con la chaqueta y la corbata de Rosewood, el pelo bien peinado, los botones correctamente abrochados y un archivador con el lomo de piel bajo el brazo izquierdo. Estaba delante de la pizarra escribiendo... «Señor Fitz, literatura avanzada».

La miró fijamente y palideció.

—Me cago en la leche.

La clase entera se dio la vuelta para ver a quién estaba mirando. Aria no quiso devolverles la mirada, de modo que leyó el mensaje.

Aria: ¡Sorpresa! Me pregunto qué pensará de esto tu cerdita de peluche... —A.

Pues sí, me cago en la leche.

## ¡Emily también es francesa!

El martes por la tarde Emily estaba delante de su taquilla metálica verde, después de que hubiera sonado el último timbre de la jornada. La taquilla todavía conservaba las pegatinas del curso anterior: «Natación EE. UU.», Liv Tyler caracterizada como Arwen la elfa y un imán que decía: «Joven mariposa desnuda». Su novio, Ben, la estaba esperando.

—¿Quieres que vayamos a Wawa? —le preguntó. Llevaba una holgada chaqueta del equipo de natación de Rosewood sobre un cuerpo musculoso y desgarrado, era rubio y estaba un poco despeinado.

—No, no me apetece nada —contestó Emily. Como después de las clases los nadadores tenían entrenamiento a las tres y media, solían quedarse en Rosewood y designar a alguien para que fuese a Wawa y les llevara su dosis de bocadillos, té helado, Cheetos y chokolatinas antes de hacer un millón de largos.

Unos cuantos chicos que se dirigían al aparcamiento se detuvieron para chocarle la mano a Ben. Spencer Hastings, que el curso anterior había estado en la misma clase de Historia, lo saludó. Emily le devolvió el saludo antes de darse cuenta de que Spencer estaba mirando a Ben y no a ella. Le costaba creer que después de todo lo que habían pasado juntas y de todos los secretos que habían compartido ahora se comportasen como si no se conocieran.

Después de que hubiera pasado todo el mundo Ben se volvió de nuevo hacia ella y frunció el ceño.

—Te has puesto la chaqueta. ¿No vienes al entrenamiento?

—Ah... —Emily cerró la taquilla y le dio una vuelta a la combinación—. ¿Te acuerdas de la chica a la que le he enseñado esto hoy? Voy a acompañarla a casa porque es su primer día y eso.

Ben sonrió burlonamente.

—Vaya, pero qué buena eres. Los padres de los futuros alumnos contratan visitas guiadas, pero tú lo haces gratis.

—Venga. —Emily sonrió nerviosamente—. Son diez minutos andando.

Ben la miró, asintiendo débilmente unos instantes.

—¿Qué? ¡Solo intento ser amable!

—Está bien —dijo, y sonrió. Apartó la mirada de ella para saludar a Casey Kirschner, el capitán del equipo juvenil de lucha libre masculina.

Maya apareció un minuto después de que Ben hubiera bajado corriendo las escaleras laterales que conducían al aparcamiento de los alumnos. Llevaba una chaqueta vaquera blanca sobre la camisa oxford de Rosewood y sandalias Oakley. No se había pintado las uñas de los pies.

—Hola —dijo.

—Hola. —Emily trató de fingir que se alegraba de verla, pero estaba nerviosa. Quizá debería haber ido al entrenamiento con Ben. ¿Era raro que la acompañase a casa y volviera inmediatamente después?

—¿Lista? —preguntó Maya.

Las chicas atravesaron el campus, que consistía básicamente en un montón de edificios antiquísimos delante de una carretera secundaria de Rosewood. Había incluso un campanario gótico que daba las horas. Anteriormente, Emily le había enseñado a Maya las cosas típicas que había en todas las escuelas privadas. También le había enseñado las cosas que molaban de Rosewood Day y que normalmente había que descubrir por cuenta propia, como el peligroso retrete del cuarto de baño de chicas de la primera planta que a veces eructaba como un géiser, el paraje secreto de la colina al que iban los que se escaqueaban de la clase de gimnasia (aunque ella nunca lo había hecho) y la única máquina expendedora de la escuela que vendía Coca-Cola de vainilla, su favorita. Hasta habían inventado una broma privada sobre la remilgada y severa modelo de los carteles antibacso que había ante el despacho de la enfermera. Era reconfortante volver a tener una broma privada.

Ahora, mientras atajaban a través de un campo de maíz en barbecho hasta el barrio de Maya, Emily se empapó de todos los detalles de su rostro, desde la naricita respingona hasta el cuello de la camisa que no le sentaba bien, pasando por la piel de color café. Las manos de ambas no cesaban de entrenchocarse cuando balanceaban los brazos.

—Qué distinto es todo esto —comentó Maya, husmeando el aire—. ¡Huele a ambientador de pino! —Se quitó la chaqueta vaquera y se arremangó la camisa abotonada hasta el cuello. Emily se tiró del pelo, deseando que fuera oscuro y ondulado como el de Maya en lugar de caoba con un tono ligeramente verdoso y dañado por el cloro. Además, se avergonzaba un poco de su cuerpo, que era fuerte, musculoso y no tan esbelto como antes. No solía ser tan consciente de su propio cuerpo, ni siquiera cuando estaba en bañador, que era prácticamente como estar desnuda.

» Todo el mundo está metido en algo —prosiguió Maya—. Como Sarah, una chica de la clase de física. Está intentando montar un grupo ¡y me ha pedido que toque!

—¿De verdad? ¿Qué es lo que tocas?

—La guitarra —dijo Maya—. Me enseñó mi padre. La verdad es que mi hermano toca mucho mejor que yo, pero me da igual.

—Vaya —musitó Emily—. Qué bien.

—¡Ay, Dios mío! —Maya le asió el brazo. Al principio Emily dio un respingo pero luego se relajó—. ¡Tú también deberías entrar en el grupo! ¿A que sería divertido? Sarah dijo que ensayaríamos tres días a la semana después de clase.

Ella toca el bajo.

—Pero yo sólo toco la flauta —repuso Emily, consciente de que se parecía a Igor, de *Winnie the Pooh*.

—¡La flauta sería fantástica! —Maya aplaudió—. ¡Y la batería!

Emily suspiró.

—De veras que no puedo. Tengo natación todos los días después de clase.

—Mmm —musitó Maya—. ¿No puedes saltarte un día? Seguro que se te daría muy bien la batería.

—Mis padres me matarían. —Emily inclinó la cabeza hacia un lado y contempló el viejo puente ferroviario de hierro que discurría sobre ellas. Los trenes ya no lo usaban, de modo que se había convertido en un sitio al que iban los chicos a emborracharse sin que se enterasen sus padres.

—¿Por qué? No es para tanto.

Emily se quedó callada. ¿Qué iba a decirle? ¿Que sus padres esperaban que siguiese nadando porque los ojeadores de Stanford ya seguían los progresos de Carolyn? ¿Que sus hermanos mayores, Jake y Beth, asistían a la Universidad de Arizona con becas completas de natación? ¿Que todo lo que no fuera una beca en una universidad de primera sería un fracaso familiar? Maya no temía fumar hierba cuando sus padres iban al supermercado. En comparación, los padres de Emily parecían viejos, conservadores y controladores habitantes de una zona residencial de la Costa Este. Y lo eran. Pero no importaba.

—Este es un camino más corto para volver a casa. —Emily señaló el jardín de la amplia casa colonial que había al otro lado de la calle por el que sus amigas y ella solían atajar los días de invierno para llegar más deprisa a la casa de Ali.

Empezaron a atravesar la hierba, eludiendo el aspersion que irrigaba los arbustos de hortensias. Emily se detuvo en seco mientras se abrían paso entre las espinosas ramas en dirección al patio trasero de Maya. Se le escapó de la garganta un leve sonido gutural.

Hacía siglos que no estaba en ese patio; el antiguo patio de Ali. Al otro lado del jardín estaba la cubierta de teca en la que Ali y ella habían jugado incontables partidas de *spit*. Allí se encontraba la franja de hierba desgastada en la que enchufaban el grueso iPod blanco de Ali a unos altavoces y celebraban fiestas. A la izquierda estaba el nudoso roble de la familia. La casa del árbol había desaparecido, pero en la corteza del tronco estaban grabadas las iniciales: «EF + AD». Emily Fields + Alison DiLaurentis. Emily enrojeció. En aquel momento no sabía por qué había grabado los nombres de ambas en la corteza; sólo quería demostrarle a Ali lo contenta que estaba de que fueran amigas.

Maya, que se le había adelantado, miró por encima del hombro.

—¿Te encuentras bien?

Emily embutió las manos en los bolsillos de la chaqueta. Se le ocurrió brevemente hablarle a Maya de Ali. Pero un colibrí pasó delante de ella y Emily



perdió el valor.

—Sí —le aseguró.

—¿Quieres entrar? —preguntó Maya.

—No... Yo... tengo que volver al instituto —respondió Emily—. Natación.

—Ah. —Maya entrecerró los ojos—. No hacía falta que me acompañaras a casa, tonta.

—Ya, pero no quería que te perdieras.

—Qué mona eres. —Maya entrelazó las manos detrás de la espalda y meneó las caderas de delante atrás. Emily se preguntó qué significaba «mona». ¿Se trataba de algo propio de California?

» Bueno, pues que te lo pases bien nadando —dijo Maya—. Y gracias por haberme enseñado esto.

—No ha sido nada. —Emily se adelantó y sus cuerpos se estrecharon en un abrazo.

—Mmm —ronroneó Maya, apretándola con más fuerza. Se separaron y se sonrieron durante un instante. Después Maya se inclinó hacia delante y besó a Emily en ambas mejillas—. ¡Muá, muá! —exclamó—. Como los franceses.

—Bueno, pues yo también voy a ser francesa. —Emily se rio entre dientes, olvidándose momentáneamente de Ali y del árbol—. ¡Muá! —Besó la tersa mejilla izquierda de Maya.

Entonces Maya volvió a besarla en la mejilla derecha, sólo que ahora un poquito más cerca de la boca. En esta ocasión no hubo ningún *muá*.

La boca de Maya olía a chicle de plátano. Emily se echó atrás dando un respingo y cogió la bolsa de natación antes de que se le resbalara del hombro. Cuando alzó la vista Maya estaba sonriendo.

—Hasta luego —dijo Maya—. Sé buena.

Después del entrenamiento Emily metió la toalla doblada en la bolsa de natación. Toda la tarde estaba borrosa. Después de que Maya entrara en casa Emily había vuelto corriendo al instituto, como si la carrera fuese a desenredar la madeja de sentimientos que tenía dentro. Cuando se metió en el agua, mientras hacía largos y más largos, veía aquellas escalofriantes iniciales en el árbol. Cuando la entrenadora tocó el silbato y practicaron las salidas y las vueltas olió el chicle de plátano y oyó la risa divertida y relajada de Maya. De pie ante la taquilla, estaba convencida de que se había lavado el pelo dos veces. La mayoría de las chicas se habían demorado en las duchas comunes para cotillear pero Emily estaba demasiado distraída para unirse a ellas.

Cuando alargó la mano para coger la camiseta y los vaqueros, que estaban pulcramente doblados en el estante de la taquilla, se cayó revoloteando una nota. El nombre de Emily estaba escrito en el dorso con una caligrafía sencilla y

desconocida. Tampoco reconoció la hoja cuadriculada de cuaderno. La recogió del suelo húmedo y frío.

Hola Em,

¡Snif! ¡Me has reemplazado! ¡Has encontrado a otra amiga a la que besar!

—A.

Emily enroscó los dedos de los pies en la alfombrilla de goma del vestuario y contuvo el aliento un instante. Miró alrededor. Nadie la estaba mirando.

¿Era de verdad?

Miró fijamente la nota y trató de pensar racionalmente. Maya y ella estaban al aire libre, pero no había nadie cerca.

Y... «¿Me has reemplazado?». «¿Otra amiga a la que besar?». Le temblaban las manos. Examinó de nuevo la firma. Las carcajadas de las demás nadadoras reverberaban en las paredes.

Emily sólo había besado a otra amiga. Lo había hecho dos días después de haber grabado las iniciales de ambas en el roble y apenas una semana y media antes de que terminara primero.

Alison.

### Spencer tiene un (deltoide) trasero apretado

—¡Mira qué culo!

—¡Cállate! —Spencer le dio un golpe en la espinillera a su amiga Kirsten Cullen con el palo de hockey sobre hierba. Debían estar practicando defensas, pero, al igual que el resto del equipo, estaban demasiado ocupadas tomándole la medida al nuevo ayudante de la entrenadora de este curso, que no era otro que Ian Thomas.

La adrenalina le había puesto la carne de gallina. Eso sí que era raro; se acordaba de que Melissa había mencionado que Ian se había mudado a California. Pero por otra parte, la gente más insospechada acababa volviendo a Rosewood.

—Tu hermana fue una tonta al romper con él —comentó Kirsten—. Está buenísimo.

—Chsss —contestó Spencer, riéndose entre dientes—. Y además, mi hermana no rompió con él. Fue él quien rompió con ella.

Sonó el silbato.

—¡Moveos! —vociferó Ian, que iba corriendo hacia ellas. Spencer se agachó para atarse la bota como si no le importara. Sintió que los ojos de Ian se posaban sobre ella—. ¿Spencer? ¿Spencer Hastings?

Spencer se incorporó poco a poco.

—Ah. Ian, ¿no?

La sonrisa de Ian era tan amplia que a Spencer le extrañó que no se le desgarrasen las mejillas. Seguía teniendo el mismo aspecto de típico americano que piensa hacerse cargo de la empresa de su padre cuando cumpla veinticinco años, pero ahora tenía el pelo ensortijado, un poco más largo y desgreñado.

—¡Cuánto has crecido! —exclamó.

—Supongo. —Spencer se encogió de hombros.

Ian se pasó la mano por la nuca.

—¿Cómo está tu hermana?

—Ah, está bien. Se ha graduado. Va a ir a Wharton.

Ian inclinó la cabeza hacia delante.

—¿Y sus novios siguen intentando ligar contigo?

Spencer se quedó boquiabierta. Antes de que tuviera ocasión de contestar, la señorita Campbell, la entrenadora jefe, tocó el silbato y llamó a Ian.

Kirsten le asió el brazo cuando este se dio la vuelta.

—Te has enrollado con él, ¿verdad?

—¡Cállate! —respondió ásperamente Spencer.

Mientras Ian volvía corriendo al centro del campo la miró por encima del hombro. Spencer aspiró una bocanada de aire y se agachó para examinarse las botas. No quería que supiera que lo había estado mirando.

Cuando volvió a casa del entrenamiento le dolía todo el cuerpo, desde el trasero y los hombros hasta los dedos meñiques de los pies. Había pasado todo el verano organizando comités, empollando el vocabulario del SAT<sup>[4]</sup> e interpretando los papeles protagonistas de tres obras diferentes en Muesli, el teatro comunitario de Rosewood: la señorita Jean Brodie en *Los mejores años de miss Brodie*, Emily en *Nuestra ciudad* y Ofelia en *Hamlet*. Con tanto ajeteo no había tenido tiempo para mantenerse en forma para el hockey sobre hierba y ahora estaba pagando las consecuencias.

Lo único que quería era subir las escaleras, arrastrarse hasta la cama y no pensar en el día siguiente ni en lo que entrañaba otra jornada de niña prodigio: desayuno del club de francés, lectura de los anuncios matinales, cinco clases avanzadas, pruebas de interpretación, una breve aparición en el comité del anuario y otro penoso entrenamiento de hockey sobre hierba con Ian.

Abrió el buzón que estaba al pie del camino de entrada privado, confiando en hallar las notas de los PSAT. Debía recibirlas en cualquier momento y tenía un buen presentimiento acerca de ellas; de hecho, mejor que acerca de todos los demás exámenes que había hecho. Por desgracia sólo había un montón de facturas, información sobre las numerosas cuentas de inversión de su padre y un folleto dirigido a la señorita Spencer J. (de Jill) Hastings del Appleboro College de Lancaster, Pensilvania. Sí, como si pensara ir allí.

Cuando entró en casa dejó el correo en la encimera de mármol de la isla de la cocina, se frotó el hombro y se le ocurrió una idea: *el jacuzzi del patio de atrás. Un baño relajante. Ah, sí.*

Saludó a Rufus y Beatriz, los dos labradoodles de la familia, y arrojó al patio un par de muñecos de King Kong para que los persiguieran. A continuación se arrastró por el camino de baldosas que conducía al vestuario de la piscina. Cuando se detuvo ante la puerta, dispuesta a darse una ducha y ponerse el bikini, cayó en la cuenta. *¿A quién le importa?* Estaba demasiado exhausta para cambiarse y no había nadie en casa. Y el *jacuzzi* estaba rodeado de rosales. Burbujeaba a medida que ella se acercaba como si anticipara su llegada. Spencer se desvistió hasta quedarse en sujetador, bragas y los calcetines altos de hockey sobre hierba, se inclinó profundamente hacia delante para distender los músculos de la espalda y se introdujo en el *jacuzzi* humeante. Eso era otra cosa.

—Ah.

Spencer se dio la vuelta. Wren estaba junto a los rosales, desnudo hasta la cintura, con los boxers de Polo más sexis que había visto jamás.

—Ups —dijo, tapándose con una toalla—. Perdona.

—Pero si llegáis mañana —balbució, aunque saltaba a la vista que Wren había llegado ya, en ese mismo momento, que evidentemente era hoy y no mañana.

—Sí. Pero tu hermana y yo hemos ido a Frou —explicó Wren, al tiempo que hacía una pequeña mueca. Frou era una exclusiva tienda enclavada a varios pueblos de distancia en la que vendían fundas de almohada individuales a razón de unos mil dólares—. Como ella tenía que hacer otro recado me dijo que me quedase en casa jugando solo.

Spencer esperaba que no fuera más que una extraña expresión inglesa.

—Ah —musitó.

—¿Acabas de volver a casa?

—Estaba en hockey sobre hierba —dijo Spencer, reclinándose hacia atrás y relajándose un poco—. El primer entrenamiento del curso.

Spencer observó su cuerpo desdibujado bajo el agua. Ay, Dios, si no se había quitado los calcetines. ¡Ni las bragas sudadas de cintura alta ni el sujetador deportivo Champion! Se maldijo por no haberse puesto el biquini amarillo El que acababa de comprarse, pero comprendió al instante que era absurdo.

—En fin, pensaba darme un baño, pero si prefieres estar sola no pasa nada —dijo Wren—. Entraré a ver la tele. —Se dispuso a darse la vuelta.

Spencer sintió una leve punzada de desilusión.

—Ah, no —contestó. Se interrumpió—. Puedes meterte. No me importa. —Antes de que Wren se diera la vuelta se quitó a toda prisa los calcetines y los arrojó a los rosales, donde se estrellaron con un chasquido húmedo.

—Si estás segura, Spencer —dijo Wren. A ella le encantaba cómo pronunciaba su nombre con acento británico: *Spensah*.

Wren se introdujo tímidamente en el *jacuzzi*. Spencer se encontraba en el otro extremo, con las piernas flexionadas debajo del cuerpo. Wren apoyó la cabeza en el borde de cemento y exhaló un suspiro. Spencer lo imitó, procurando hacer caso omiso de los calambres y los dolores en las piernas que le producía aquella postura. Estiró tentativamente una de ellas y le tocó la tendinosa pantorrilla.

Apartó bruscamente la pierna.

—Perdona.

—No te preocupes —dijo Wren—. Así que hockey sobre hierba, ¿eh? Yo remaba en Oxford.

—¿De verdad? —exclamó Spencer, esperando que no la encontrara demasiado efusiva. Su estampa favorita cuando entraba en Filadelfia era la de los equipos masculinos de Pensilvania y Temple remando en el río Schuylkill.

—Sí —asintió—. Me encantaba. ¿A ti te gusta el hockey sobre hierba?

—Eh, la verdad es que no. —Spencer se soltó la coleta y sacudió la cabeza, pero luego se preguntó si a Wren le habría parecido ordinario y ridículo. Probablemente había imaginado la chispa que había saltado entre ambos delante

de *Moshulu*.

Pero por otra parte Wren se había metido en el *jacuzzi* con ella.

—Si no te gusta el hockey sobre hierba, ¿por qué juegas? —preguntó Wren.

—Porque queda bien en las solicitudes universitarias.

En ese momento Wren se incorporó levemente, produciendo ondas en el agua.

—¿Ah, sí?

—Ah, sí.

Spencer cambió de postura y torció el gesto cuando el músculo del hombro le produjo un calambre en el cuello.

—¿Estás bien? —preguntó Wren.

—Claro, no es nada —dijo Spencer, aunque la había asaltado una inexplicable y abrumadora oleada de desesperación. Sólo había sido el primer día del curso y ya estaba quemada. Pensó en los deberes que tenía que hacer, en las listas que tenía que elaborar y en los textos que tenía que aprenderse de memoria. Estaba demasiado ocupada para flipar, pero eso era lo único que se lo impedía.

—¿Se trata del hombro?

—Me parece que sí —admitió Spencer, tratando de darse un masaje—. En el hockey sobre hierba hay que estar mucho tiempo agachada y no sé si me habrá dado un tirón o qué...

—Seguro que puedo arreglártelo.

Spencer lo miró fijamente. De pronto sentía el impulso de pasarle los dedos por el cabello desgreñado.

—No pasa nada. Pero gracias.

—De verdad —insistió Wren—. No te voy a morder.

Spencer odiaba que le dijeran eso.

—Soy médico —añadió—. Seguro que es el deltoide trasero.

—Ah, vale...

—Es el músculo del hombro. —Le indicó que se acercara—. Ven aquí. En serio. Sólo hay que ablandar el músculo.

Spencer trató de no malinterpretarlo. Al fin y al cabo era médico. Se estaba comportando como un médico. Se acercó a Wren, que ejerció presión en el centro de la espalda con ambas manos. Hundió los dedos pulgares en los pequeños músculos que rodeaban la columna. Spencer cerró los ojos.

—Vaya. Es estupendo —murmuró.

—Solo es una pequeña bursitis —explicó Wren. Spencer intentó que no le diera la risa con la palabra «bursitis». Cuando Wren metió la mano bajo el tirante del sujetador para seguir ahondando Spencer tragó saliva dificultosamente. Procuró pensar en cosas no sexuales: el vello de la nariz del tío Daniel, la cara de estreñimiento que ponía su madre cuando montaba a caballo y el topo muerto que Gatita, la gata, había sacado del arroyo y le había dejado en

el dormitorio. *Es médico, se dijo. Esto es lo que hacen los médicos.*

» También tienes los pectorales un poco tensos —comentó Wren, que, ante el espanto de Spencer, le puso las manos en la parte delantera del cuerpo. Volvió a meter los dedos bajo el sujetador, frotándola justo encima del pecho, cuando de pronto se le resbaló del hombro el tirante del sujetador. Spencer aspiró una bocanada de aire pero no se apartó. *Son cosas de médicos*, volvió a recordarse. Pero entonces cayó en la cuenta de que Wren estaba en primero de carrera. *Va a ser médico, se corrigió. Algún día. Dentro de unos diez años.*

—Eh, ¿dónde está mi hermana? —preguntó en voz baja.

—Me parece que ha ido a una tienda. ¿Wawa?

—¿A Wawa? —Spencer se zafó bruscamente de Wren y volvió a colocarse el tirante del sujetador sobre el hombro—. ¡Wawa está sólo a un kilómetro y medio de distancia! Eso es que sólo ha ido a comprar tabaco o algo por el estilo. ¡Volverá en cualquier momento!

—Me parece que no fuma —repuso Wren, ladeando la cabeza con aire interrogativo.

—¡Ya sabes a qué me refiero! —Spencer se puso en pie y cogió la toalla de Ralph Lauren para secarse ásperamente el cabello. Estaba muy acalorada. Parecía que se le habían cocido la piel, los huesos y hasta los órganos y los nervios en el *jacuzzi*. Salió y volvió corriendo a casa en busca de un vaso de agua gigante.

—Spencer —exclamó Wren—, yo no quería... Sólo intentaba ayudarte.

Pero Spencer no quiso escucharlo. Subió corriendo a su habitación y miró alrededor. Había metido sus cosas en cajas para llevarlas al granero. De pronto sintió deseos de organizarlo todo. Había que clasificar el joyero por piedras preciosas. El ordenador estaba bloqueado a causa de antiguos trabajos de literatura de hacía dos años, que aunque entonces le hubiesen merecido sobresalientes ahora probablemente eran bochornosos y había que borrarlos. Observó los libros que había en las cajas. Había que ordenarlos por temas, no por autores. Estaba claro. Los sacó y se puso a ordenarlos en los estantes, empezando con el adulterio y *La letra escarlata*.

Cuando llegó a las utopías fracasadas aún no se sentía mejor. De modo que encendió el ordenador y se masajeó la nuca con el ratón inalámbrico, que estaba tan frío que resultaba reconfortante.

Pinchó en el correo electrónico y vio que había un mensaje sin abrir. La línea del asunto indicaba: « Vocabulario SAT» . Curiosa, pinchó encima.

Spencer,

Codicia: esta es fácil. Cuando alguien codicia, una cosa la desea y suspira por ella. Suele tratarse de

algo que no puede tener. Pero tú siempre has tenido ese problema, ¿verdad? —A.

Se le encogió el estómago. Miró en derredor.

¿Quién cojones los habría visto?

Abrió violentamente la ventana más grande del dormitorio, pero el camino de entrada circular de los Hastings estaba desierto. Spencer observó los alrededores. Algunos coches pasaron a toda prisa. El jardinero de los vecinos estaba podando el seto que había junto a la puerta de la calle. Los perros se estaban persiguiendo por el patio adyacente. Unos pájaros se posaron en lo alto de un poste telefónico.

Entonces algo atrajo su atención en la ventana de arriba de los vecinos: un atisbo de cabello rubio. Pero ¿la nueva familia no era negra? Un gélido escalofrío le subió por la columna. Era la antigua ventana de Ali.



## ¿Dónde están las malditas girl scouts cuando las necesitas?

Hanna siguió revolcándose en los mullidos cojines del sofá y trató de desabrocharle a Sean los pantalones vaqueros Paper Denim.

—Eh —protestó este—. No podemos...

Hanna sonrió con aire de misterio y se puso un dedo sobre los labios. Empezó a darle besos en el cuello. Olía a Lever 2000 y chocolate, por muy extraño que pareciera, y le encantaba el nuevo corte de pelo al cepillo que acentuaba los seductores ángulos de su rostro. Lo amaba desde sexto de primaria y con los años se había vuelto aún más guapo.

Cuando se estaban besando, Ashley, la madre de Hanna, abrió la puerta de la calle y entró, hablando por un minúsculo teléfono LG con tapa abatible.

Sean se echó hacia atrás, apretándose contra los cojines del sofá.

—¡Nos va a ver! —susurró, metiéndose apresuradamente el polo Lacoste de color azul claro dentro de los pantalones.

Hanna se encogió de hombros. Su madre los saludó impasible y se dirigió a otra habitación. Le prestaba más atención a la BlackBerry que a Hanna. Debido a su horario de trabajo no estaban demasiado unidas, aunque ella se interesaba periódicamente por sus deberes, hacía comentarios sobre las tiendas en las que ofertaban las mejores rebajas y le recordaba que limpiase su habitación por si alguno de los ejecutivos que asistían a los cócteles que celebraba tenía que usar el cuarto de baño de arriba. Pero la mayoría de las veces Hanna no tenía ningún problema con eso. Después de todo, el trabajo de su madre era lo que pagaba los recibos de la American Express (no siempre robaba las cosas) y la costosa matrícula en Rosewood Day.

—Tengo que irme —murmuró Sean.

—Tienes que venir el sábado —ronroneó Hanna—. Mi madre va a estar todo el día en el spa.

—Nos vemos el viernes en la fiesta de Noel —repuso Sean—. Y ya sabes que esto ya es bastante duro.

Hanna exhaló un gemido.

—No tiene por qué ser tan duro —se lamentó.

Sean se inclinó para besarla.

—Hasta mañana.

Cuando Sean se fue, Hanna hundió la cara en uno de los almohadones del sofá. Salir con Sean aún le parecía un sueño. Cuando era gordinflona y patética le encantaba que fuese tan alto y atlético, que siempre fuese amable con los profesores y los chicos que no eran populares y que supiera vestirse, al contrario

que los patanes que no sabían distinguir los colores. Jamás había dejado de gustarle, ni siquiera cuando se había desecho de los últimos centímetros testarudos y había descubierto los productos para alisarse el pelo. Así que el curso anterior, como quien no quiere la cosa, le había susurrado a James Freed en la sala de estudio que le gustaba Sean y tres clases después Colleen Rink le había dicho que Sean iba a llamarla al móvil esa misma noche después del partido de fútbol. Era otro de esos momentos que le fastidiaba que Ali no hubiera presenciado.

Salían desde hacía siete meses y Hanna estaba más enamorada que nunca. Aún no se lo había dicho (había guardado el secreto durante años) pero ahora estaba convencida de que él también la quería. ¿Y acaso el sexo no era la mejor manera de expresar el amor?

Por eso el compromiso de virginidad no tenía sentido para ella. Los padres de Sean tampoco eran excesivamente religiosos. Además iba en contra de todas las ideas preconcebidas que tenía sobre los chicos. A pesar de su antiguo aspecto, Hanna tenía que reconocer que estaba buena: tenía el pelo castaño oscuro, bonitas curvas y la piel impecable (nunca había tenido pecas). ¿Quién no iba a enamorarse perdidamente de ella? A veces se preguntaba si Sean era gay (al fin y al cabo tenía mucha ropa bonita) o le daban miedo las vaginas.

Hanna llamó a Punto, su pinscher en miniatura, para que se subiera al sofá.

—¿Me has echado de menos? —chilló mientras Punto le lamía la mano. Hanna había solicitado que le dejaran llevárselo al instituto en el voluminoso bolso de Prada (después de todo, lo hacían todas las chicas de Beverly Hills), pero Rosewood Day se había negado a ello. De modo que para evitar el estrés de la separación le había comprado la cama Gucci más confortable que el dinero podía comprar y dejaba la tele tienda encendida durante todo el día en la televisión del dormitorio.

Su madre entró a grandes pasos en el salón con un traje de *tweed* hecho a medida y unos zapatos marrones con tacones chupete y una tira en el talón.

—Hay *sushi* —anunció la señorita Marin.

Hanna alzó la vista.

—¿Rollitos de toro?

—No lo sé. He comprado unas cuantas cosas.

Hanna fue a la cocina y reparó en el ordenador portátil y el zumbido del LG de su madre.

—¿Qué pasa ahora? —rugió al teléfono la señorita Marin.

Las patitas de Punto repiqueteaban detrás de Hanna. Ella rebuscó en la bolsa y escogió una pieza de *sashimi* de atún, un rollo de anguila y un pequeño cuenco de sopa de miso.

—Bueno, yo he hablado con los clientes esta mañana —prosiguió su madre— y entonces estaban contentos.

Hanna remojó delicadamente el rollo de atún en un poco de salsa de soja y hojeó despreocupadamente un catálogo de J. Crew. Su madre era la número dos de McManus & Tate, una firma publicitaria de Filadelfia, y se había marcado el objetivo de convertirse en la primera presidenta de la empresa.

Además de tener muchísimo éxito y ambición, la señorita Marin era lo que la mayoría de los chicos de Rosewood Day habrían denominado una MQMF; tenía una larga melena rubia caoba, la piel tersa y un cuerpo increíblemente flexible gracias al ritual diario de yoga *vinayasa*.

Hanna sabía que su madre no era perfecta, pero seguía sin comprender por qué se habían divorciado sus padres hacía cuatro años ni por qué al poco tiempo su padre había empezado a salir con Isabel, una insulsa enfermera de urgencias de Anápolis, Maryland. Eso sí que había sido bajar el listón.

Isabel tenía una hija adolescente llamada Kate y el señor Marin le había asegurado que le encantaría. A los pocos meses del divorcio la había invitado a pasar el fin de semana en Anápolis. Nerviosa ante la perspectiva de conocer a su cuasi hermanastra, Hanna le había suplicado a Ali que la acompañase.

—No te preocupes, Han —la reconfortó Ali—. Nosotras tenemos más clase que esa Kate. —Cuando Hanna la miró, dubitativa, le recordó la coetilla: « ¡Soy Ali y soy fabulosa! ». Ahora le parecía prácticamente una tontería, pero en aquella época Hanna sólo imaginaba tener tanta confianza. La presencia de Ali era un mecanismo de protección, una prueba de que no era una perdedora de la que su padre deseaba librarse.

En todo caso, el día había sido un desastre. Kate era la chica más guapa que había conocido y básicamente su padre la había llamado cerda delante de ella. Se había retractado de inmediato, asegurándole que no había sido más que una broma, pero había sido la última vez que lo había visto... y la primera que se había provocado el vómito.

Pero Hanna odiaba pensar en el pasado, de modo que rara vez lo hacía. Además, ahora podía comerse con los ojos a los novios de su madre de una forma que no sugería exactamente: « ¿Quieres ser mi nuevo papá? ». ¿Y acaso su padre la habría dejado volver a las dos de la madrugada y beber vino, como su madre? Lo dudaba.

Su madre cerró bruscamente el teléfono y clavó en Hanna sus ojos de color verde esmeralda.

—¿Esos son tus zapatos de vuelta a clase?

Hanna dejó de masticar.

—Sí.

La señorita Marin asintió.

—¿Te han hecho muchos cumplidos?

Hanna volvió el tobillo para observar las plataformas moradas. Como tenía demasiado miedo de enfrentarse a los guardias de seguridad de Saks los había

pagado.

—Sí. Así es.

—Ah, claro. Si quie...

El teléfono volvió a sonar. Su madre se abalanzó sobre él.

—¿Carson? Sí. Llevo toda la noche buscándote... ¿Qué demonios está pasando ahí?

Hanna se sopló el flequillo peinado hacia un lado y le dio un trocito de anguila a Punto. Cuando este lo escupió en el suelo sonó el timbre de la puerta.

Su madre ni se inmutó.

—Lo necesitan esta noche —le dijo al teléfono—. Es tu proyecto. ¿Es que tengo que ir a cogerte de la mano?

El timbre volvió a sonar. Punto se puso a ladrar y la madre de Hanna se levantó para abrir la puerta.

—Probablemente serán las *girl scouts* otra vez.

Las *girl scouts* habían ido tres días seguidos, intentando venderles galletas a la hora de la cena. Eran tenaces como perros rabiosos en ese barrio.

En cuestión de segundos había vuelto a la cocina seguida de un joven agente de policía con el pelo castaño y los ojos verdes.

—Este caballero dice que quiere hablar contigo. —Una placa dorada en el bolsillo del pecho del uniforme decía: « Wilden » .

—¿Conmigo? —Hanna se señaló a sí misma.

—¿Es usted Hanna Marin? —preguntó Wilden. El *walkie-talkie* que llevaba en el cinturón emitió un chisporroteo.

De pronto Hanna cayó en la cuenta de quién era: Darren Wilden. Estaba en segundo de bachillerato en Rosewood cuando ella iba a primero de secundaria. Supuestamente, el Darren Wilden al que recordaba se había acostado con todo el equipo femenino de salto de trampolín y había estado a punto de que lo expulsaran del instituto por robar la motocicleta Ducati *vinatge* del director. Pero sin duda era el mismo; costaba olvidar aquellos ojos verdes, aunque no los hubiera visto desde hacía cuatro años. Hanna esperaba que fuese un estríper que Mona le había mandado en broma.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó la señorita Marin, que contemplaba el teléfono móvil con aire nostálgico—. ¿Por qué nos interrumpe durante la cena?

—Hemos recibido una llamada de Tiffany's —explicó Wilden—. La han grabado robando algunos artículos de la tienda. Las cintas de otras cámaras de seguridad del centro comercial la siguieron hasta el coche. Hemos rastreado la matrícula.

Hanna se hundió las uñas en la palma de la mano, algo que hacía siempre que sentía que la situación se le escapaba de las manos.

—Hanna no haría una cosa así —le espetó la señorita Marin—. ¿A que no, Hanna?

Hanna abrió la boca para contestar pero no emitió sonido alguno. El corazón le golpeaba en las costillas.

—Miren. —Wilden cruzó los brazos sobre el pecho. Hanna reparó en la pistola que llevaba en el cinturón. Parecía de juguete—. Sólo tienen que acompañarme a la comisaría. Puede que no sea nada.

—¡Seguro que no es nada! —exclamó la señorita Marin. A continuación sacó una cartera Fendi de un bolso a juego—. ¿Cuánto quiere por dejarnos cenar tranquilamente?

—Señora. —Wilden parecía irritado—. Tienen que acompañarme. ¿De acuerdo? No les llevará toda la noche. Se lo prometo. —Darren Wilden esgrimó la sonrisa sexi que probablemente había impedido que lo expulsaran de Rosewood.

—Bueno —dijo la madre de Hanna. Wilden y ella se miraron durante un largo instante—. Déjeme coger el bolso.

Wilden se volvió hacia Hanna.

—Voy a tener que esposarla.

Hanna se quedó sin aliento.

—¿Esposarme? —Vale, eso sí que era una tontería. Parecía mentira, una declaración propia de las gemelas de seis años que vivían en la casa de al lado. Pero Wilden sacó unas esposas de acero auténticas y se las puso delicadamente alrededor de las muñecas. Hanna esperaba que no advirtiese que le temblaban las manos.

Le habría gustado que en ese momento Wilden la atara a una silla, pusiera aquella vieja canción de los años setenta, *Hot Stuff*, y se quitara toda la ropa. Por desgracia, no lo hizo.

La comisaría olía a café quemado y madera muy vieja, pues, como buena parte de los edificios municipales de Rosewood, era la antigua mansión de un barón de los ferrocarriles. Los agentes estaban ajetreados atendiendo llamadas telefónicas, rellenando formularios y deslizándose sobre sus sillas con rueditas. Una parte de Hanna esperaba que Mona también estuviese allí, con la estola de Dior de su madre echada encima de las muñecas. Pero a juzgar por el banco desocupado, no la habían pillado.

La señorita Marin estaba sentada en silencio junto a ella. Hanna estaba intranquila; su madre solía ser muy indulgente, pero claro, nunca la habían llevado a la comisaría para darle una buena reprimenda ni nada por el estilo.

En ese momento su madre se inclinó hacia ella y susurró:

—¿Qué es lo que te has llevado?

—¿Eh? —preguntó Hanna.

—¿La pulsera que llevas puesta?

Hanna bajó la vista. *Perfecto*. Había olvidado quitársela; llevaba la pulsera en la muñeca a la vista de todo el mundo. Se la subió por debajo de la manga. Se tocó las orejas en busca de los pendientes; *sip*, ese día también se los había puesto. ¡Pero qué estúpida era!

—Dámela —murmuró su madre.

—¿Eh? —chilló Hanna.

La señorita Marin alargó la mano.

—Que me la des. Yo me encargo de esto.

De mala gana, Hanna accedió a que su madre le desabrochara la pulsera de la muñeca. A continuación se quitó los pendientes y se los dio. La señorita Marin ni se inmutó. Sencillamente metió las joyas en el monedero y entrelazó las manos sobre el cierre metálico.

Entró en la sala la rubia de Tiffany's que había atendido a Hanna con la pulsera de abalorios. Asintió en cuanto la vio sentada en el banco con aire apesadumbrado y las manos esposadas.

—Sí. Es ella.

Darren Wilden fulminó a Hanna con la mirada y su madre se puso en pie.

—Me parece que ha habido un error. —Se dirigió al escritorio de Wilden—. Antes no lo había entendido bien. Ese día yo estaba con Hanna. Hemos comprado todo eso. Tengo el recibo en casa.

La chica de Tiffany's entrecerró los ojos, incrédula.

—¿Está sugiriendo que miento?

—No —replicó dulcemente la señorita Marin—, pero me parece que se equivoca.

Pero ¿qué estaba haciendo? Le asaltó una sensación sensiblera, desapacible y prácticamente culpable.

—¿Cómo explica las cintas de seguridad? —intervino Wilden.

Su madre se interrumpió. Hanna advirtió que le temblaba un pequeño músculo del cuello. Entonces, antes de que tuviera ocasión de detenerla, metió la mano en el monedero y extrajo el botín.

—Todo esto ha sido culpa mía —anunció—. No de Hanna.

La señorita Marin se volvió hacia Wilden.

—Hanna y yo nos habíamos peleado por esto. Le dije que no podía comprárselo; yo la empujé a hacerlo. No volverá a ocurrir. Yo me encargo de eso.

Hanna la miraba fijamente, atónita. Su madre y ella jamás habían hablado de Tiffany's, ni mucho menos de lo que podía o no podía comprarse.

Wilden meneó la cabeza.

—Señora, me parece que su hija tendrá que hacer algún servicio a la comunidad. Esa suele ser la pena.

La señorita Marin pestañeó con aire inocente.

—¿No podemos dejarlo correr? ¿Por favor?

Wilden la observó durante largo rato, arqueando una comisura de los labios con una expresión prácticamente diabólica.

—Siéntese —dijo al fin—. A ver qué puedo hacer.

Hanna miraba a todas partes menos a su madre. Wilden estaba inclinado sobre el escritorio, en el que había un muñeco del jefe Wiggum, de *Los Simpson*, y una espiral metálica antiestrés. Se chupaba el dedo índice para pasar las páginas de los documentos que estaba rellenando. Hanna dio un respingo. ¿Qué clase de documentos eran? ¿Acaso los periódicos locales no divulgaban los delitos que se habían cometido? Eso era malo. Muy malo.

Hanna balanceaba nerviosamente el pie; de repente le apetecían unos bombones rellenos de menta. O quizá unos frutos secos. Hasta los regalices que había en el escritorio de Wilden le servirían.

Lo veía perfectamente: todo el mundo se enteraba de lo ocurrido y al instante se quedaba sin amigos y sin novio. A continuación sufría una evolución inversa y se transformaba de nuevo en Hanna, la empollona que había sido en primero de secundaria. Cuando despertara volvería a tener el pelo de un asqueroso color castaño desteñido. Después se le torcerían los dientes y volverían a ponerle una ortodoncia. No le valdrían los vaqueros. El resto sucedería espontáneamente. Se pasaría la vida siendo gorda, fea, desgraciada e ignorada, como antes.

—Si te escuecen las muñecas, tengo pomada —dijo la señorita Marin, señalando las esposas mientras rebuscaba en el monedero.

—Estoy bien —contestó Hanna, de vuelta al presente.

Suspirando, sacó la BlackBerry. Le costaba porque tenía las manos esposadas, pero quería convencer a Sean de que fuera a su casa el sábado. De repente ardía en deseos de saber que iría. Mientras miraba inexpressivamente la pantalla apareció un correo electrónico en la bandeja de entrada. Lo abrió.

Eh, Hanna:

Como la comida de la cárcel engorda, ¿sabes qué es lo que va a decir Sean? ¡No la llevo! —A.

Se asustó tanto que se levantó, creyendo que alguien la estaba observando desde el otro lado de la sala. Pero no había nadie. Cerró los ojos mientras trataba de adivinar quién habría visto el coche patrulla delante de su casa.

Wilden apartó la mirada de lo que estaba escribiendo.

—¿Se encuentra bien?

—Ah —dijo Hanna—, sí. —Volvió a sentarse poco a poco. ¿No la llevo? ¿Qué demonios? Comprobó de nuevo el remitente de la nota, pero no era más que una maraña de letras y números.

—Hanna —murmuró la señorita Marin al cabo de unos instantes—. No tiene por qué saberlo nadie.

Hanna parpadeó.

—Ah. Si. Estoy de acuerdo.

—Bien.

Hanna tragó saliva con dificultad. Lo malo era... que ya lo sabía alguien.



## Una charla de profesor a alumna bastante atípica

El miércoles por la mañana Byron, el padre de Aria, se rascó la mata de pelo negro y señaló que se disponía a girar a la izquierda sacando la mano por la ventanilla del Subaru. Los intermitentes habían dejado de funcionar la noche anterior, de modo que pensaba llevar a Aria y Mike a clase el segundo día del curso y dejar el coche en el taller.

—¿Os alegráis de haber vuelto a América, chicos? —preguntó Byron.

Mike, que estaba sentado al lado de Aria en el asiento de atrás, sonrió.

—América mola. —Siguió pulsando frenéticamente los minúsculos botones de la PSP. La consola emitió una pedorreta y Mike enarboló un puño en el aire.

El padre de Aria sonrió y cruzó el puente de piedra de un solo sentido, saludando a un vecino que pasaba.

—Pues qué bien. Pero ¿por qué mola?

—América mola porque tiene lacrosse —explicó Mike, sin apartar la mirada de la PSP—. Y las tías están más buenas. Y hay un Hooters en King of Prussia.

Aria se rio. Como si Mike hubiera entrado en Hooters. A menos que... Ay, Dios, ¿había entrado?

Se estremeció bajo el bolero de alpaca verde lima y observó la densa niebla a través de la ventanilla. Una señora, que llevaba una sudadera roja con capucha con el eslogan: « Madre moderna del Upper Main Line » , trataba de impedir que su pastor alemán cruzara la calle para perseguir a una ardilla. En la esquina había dos rubias con sendos carritos de bebé de alta tecnología, cotilleando.

Había una palabra que describía la clase de literatura del día anterior: brutal. Cuando Ezra farfulló « Me cago en la leche » , toda la clase se dio la vuelta para mirarla. Hanna Marin, que estaba sentada delante de ella, le preguntó en un cuchicheo audible: « ¿Te has acostado con el profesor? » . Aria consideró durante una fracción de segundo que quizá ella le hubiese mandado aquel mensaje sobre Ezra; Hanna era una de las pocas personas que sabían de la existencia de Cerdunia. Pero ¿por qué iba a importarle?

Ezra (ejem, el señor Fitz) había puesto fin a las risas de inmediato y había ideado una patética excusa para haber dicho una palabrota en clase. Aria lo citó de memoria: « Creía que se me había metido una abeja en los pantalones, tenía miedo de que me picara y por eso grité de terror » .

Cuando a continuación se puso a hablarles de redacciones de cinco párrafos y del temario del curso, Aria no pudo concentrarse. La abeja que se le había metido en los pantalones era ella. No dejaba de mirar sus ojos lobunos y sus rosados labios carnosos. Cuando Ezra la miraba por el raballo del ojo, el corazón

de Aria daba dos saltos mortales y medio desde el trampolín más alto y aterrizaba en su estómago.

Ezra y ella estaban hechos el uno para el otro; Aria lo sabía. ¿Qué más daba que fuera su profesor? Tenía que haber una forma de solucionarlo.

Su padre aparcó ante las puertas de piedra de Rosewood. Aria reparó en un lejano escarabajo Volkswagen *vintage* de color azul celeste estacionado en el aparcamiento de los profesores. Lo había visto en Snooker's; era el coche de Ezra. Comprobó el reloj. Quedaban quince minutos para que empezara la clase.

Mike salió disparado del coche. Aria también abrió la puerta, pero su padre le tocó el antebrazo.

—Espera un momento —dijo.

—Pero es que tengo que... —Contempló el escarabajo de Ezra con aire nostálgico.

—Solo será un minuto. —Su padre bajó el volumen de la radio. Aria se arrellanó en el asiento—. Pareces un poco... —Meneó la muñeca de un lado a otro, titubeando—. ¿Te encuentras bien?

Aria se encogió de hombros.

—¿A qué te refieres?

Su padre exhaló un suspiro.

—Bueno... no lo sé. A que hayamos vuelto. Y no hemos hablado de... ya sabes... desde hace tiempo.

Aria jugueteó con la cremallera de la chaqueta.

—¿De qué tenemos que hablar?

Byron se puso en la boca un cigarrillo que había liado antes de salir de casa.

—No puedo ni imaginarme lo difícil que habrá sido. No decir nada. Pero te quiero. Lo sabes, ¿no?

Aria volvió a mirar al aparcamiento.

—Sí, lo sé —dijo—. Tengo que irme. Nos vemos a las tres.

Antes de que Byron tuviera ocasión de contestar, Aria salió disparada del coche, sintiendo que la sangre se le agolpaba en los oídos. ¿Cómo iba a ser Aria la islandesa, que había dejado atrás el pasado, si uno de sus peores recuerdos de Rosewood no dejaba de salir a la superficie?

Sucedió en mayo de primero de secundaria. Les habían dejado salir antes del instituto debido a las reuniones de profesores, de modo que Aria y Ali se dirigieron a Sparrow, la tienda de discos del campus de Hollis, en busca de nuevos cedés. Cuando tomaron un atajo a través de una callejuela, Aria había reparado en la imagen familiar del destartado Honda Civic marrón de su padre en un espacio apartado de un aparcamiento desierto. Cuando se disponían a dejar una nota en el coche, se dieron cuenta de que había alguien dentro. En realidad había dos personas: Byron, el padre de Aria, y una chica de unos veinte años que le estaba dando besos en el cuello.

En ese momento Byron miró hacia arriba y la vio. Aria salió corriendo para dejar de verlos antes de que Byron pudiera detenerla. Allí la siguió hasta su casa pero no intentó disuadirla cuando le dijo que prefería estar sola.

Esa misma noche Byron fue a su habitación para explicarse. Le aseguró que no era lo que parecía. Pero Aria no era tonta. Su padre tenía la costumbre de celebrar un cóctel en casa todos los años para conocer a sus alumnos y Aria había visto a aquella chica entrando por la mismísima puerta. Recordaba que se llamaba Meredith porque se había achispado y había escrito su nombre en el frigorífico con letras magnéticas. Al despedirse de su padre no le había estrechado la mano como los demás sino que le había dado un largo beso en la mejilla.

Byron le suplicó que no se lo dijera a su madre. Le prometió que no volvería a ocurrir. Aria decidió creerlo, de modo que guardó el secreto. Él nunca se lo había dicho, pero Aria creía que Meredith era el motivo de que su padre se hubiera tomado un año sabático en ese preciso momento.

*Tú habías prometido a ti misma que no pensarías en eso*, se reprochó Aria al tiempo que miraba por encima del hombro. Su padre estaba indicando con la mano que se disponía a salir del aparcamiento de Rosewood.

Aria recorrió el estrecho pasillo del ala del claustro. El despacho de Ezra se encontraba al otro extremo, al lado de un pequeño y confortable asiento instalado junto a la ventana. Aria se detuvo en la puerta y lo observó mientras él tecleaba en el ordenador.

Al fin llamó a la puerta. Los ojos azules de Ezra se dilataron cuando la vio. Estaba estupendo; llevaba una camisa blanca abotonada hasta el cuello, la americana azul de Rosewood y unos viejos mocasines negros con cordones verdes. Las comisuras de sus labios se arquearon en una sonrisita tímida.

—Hola —dijo.

Aria se demoró en la puerta.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó. Su voz era un poco chillona.

Ezra titubeó, apartándose un mechón de pelo de los ojos. Aria advirtió que se había puesto una tirita de Snoopy alrededor del dedo meñique de la mano izquierda.

—Claro —asintió suavemente—. Entra.

Aria entró y cerró la puerta. El despacho estaba vacío aparte de un amplio y pesado escritorio de madera, dos sillas plegables y un ordenador. Se sentó en la silla plegable desocupada.

—Bueno, ah... —musitó Aria—. Hola.

—Hola otra vez —contestó Ezra con una sonrisa. Bajó la vista y bebió un sorbo de café de una taza con el escudo de Rosewood Day—. Escucha —empezó.

—Lo de ayer —dijo Aria al mismo tiempo. Los dos se rieron.

—Las damas primero. —Ezra sonrió.

Aria se rascó la nuca en el punto donde se había recogido el cabello negro y lacio en una coleta.

—Yo, ejem, quería hablar de... nosotros.

Ezra asintió, pero no dijo nada.

Aria se agitó en la silla.

—Bueno, supongo que resulta chocante que yo sea... ejem... tu alumna después de, y a sabes... lo de Snooker's. Pero si a ti no te importa, a mí tampoco.

Ezra rodeó la taza con ambas manos. Aria oyó el segundero del reloj de pared de la escuela.

—A mí... a mí no me parece buena idea —repuso Ezra con delicadeza—. Me dijiste que eras mayor.

Aria se rio, sin saber si hablaba en serio.

—Yo no te dije cuántos años tenía. —Bajó la vista—. Lo diste por sentado.

—Sí, pero tú no deberías habérmelo dado a entender —replicó Ezra.

—Todo el mundo miente sobre su edad —murmuró Aria.

Ezra se pasó la mano por el pelo.

—Pero... tú tienes... —Le sostuvo la mirada y exhaló un suspiro—. Mira, yo... creo que eres maravillosa, Aria. De verdad. Cuando te conocí en ese bar me dije: «Vaya, ¿quién es esa? Es completamente distinta a todas las demás chicas que he conocido».

Aria bajó la vista, sintiéndose al tiempo complacida y un poco mareada.

Ezra alargó el brazo sobre el escritorio y le tocó la mano (la suya estaba caliente y seca y era reconfortante) pero la retiró enseguida.

—Pero esto no puede ser, ¿sabes? Porque, bueno, eres alumna mía. Podría meterme en un buen lío. No querrás que me meta en líos, ¿verdad?

—No lo sabría nadie —protestó débilmente Aria, aunque no pudo evitar pensar en el extraño mensaje del día anterior y en que ya lo sabía alguien.

Ezra tardó mucho tiempo en responder. A Aria le pareció que estaba intentando decidirse. Lo miró esperanzada.

—Lo siento, Aria —balbució al fin—. Pero creo que deberías irte.

Aria se levantó, sintiendo que se le encendían las mejillas.

—Claro. —Se aferró al respaldo de la silla. Le parecía que tenía brasas ardientes dando brincos en sus entrañas.

—Nos vemos en clase —susurró Ezra.

Aria cerró cuidadosamente la puerta. Los profesores pululaban por el pasillo, dirigiéndose apresuradamente a sus aulas. Ella decidió ir a la taquilla atajando por los espacios comunes; necesitaba un poco de aire fresco.

Al salir oyó una carcajada femenina que le resultaba familiar. Se quedó petrificada un instante. ¿Cuándo iba a dejar de pensar que oía a Alison en todas partes? No enfiló el sinuoso camino de piedras de los terrenos comunes, como

debía, sino que fue por la hierba. La niebla matutina era tan espesa que apenas se veía las piernas. Sus huellas se desvanecían en la hierba fangosa en cuanto las dejaba.

Bien. Parecía un buen momento para desaparecer por completo.

## Las solteras se divierten mucho más

Aquella tarde Emily se hallaba en el aparcamiento de los alumnos, absorta en sus pensamientos, cuando alguien le tapó los ojos con las manos. Asustada, dio un respingo.

—¡Bueno, relájate! ¡Soy yo!

Emily se dio la vuelta y exhaló un suspiro de alivio. Sólo era Maya. Emily estaba ensimismada y paranoica desde que había recibido aquella extraña nota el día anterior. Se disponía a abrir el coche (su madre había accedido a que Carolyn y ella se lo llevaran al instituto a condición de que condujesen con cuidado y la llamaran cuando llegasen) y coger la bolsa de natación para el entrenamiento.

—Lo siento —dijo Emily—. Es que creía que... no importa.

—Hoy te he echado de menos. —Maya sonrió.

—Y yo a ti. —Emily le devolvió la sonrisa. Aquella mañana la había llamado para ofrecerse a llevarla al instituto, pero la madre de Maya le dijo que ya se había marchado—. Bueno, ¿cómo estás?

—Bueno, podría estar mejor. —Ese día Maya se había apartado de la cara el cabello oscuro y rebelde con unas preciosas horquillas en forma de mariposas de color rosa iridiscente.

—¿Ah, sí? —Emily inclinó la cabeza hacia un lado.

Maya frunció los labios y se quitó una de las sandalias Oakley. Tenía el segundo dedo del pie más largo que el dedo gordo, como Emily.

—Me sentiría mejor si me acompañaras a un sitio. Ahora mismo.

—Es que tengo natación —protestó Emily, advirtiendo nuevamente que hablaba como Ígor.

Maya le cogió la mano y la balanceó de un lado a otro.

—¿Y si te dijera que vamos a un sitio donde se puede nadar?

Emily entrecerró los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Tendrás que confiar en mí.

Aunque Emily había sido buena amiga de Hanna, Spencer y Aria, sus mejores recuerdos eran de cuando estaba a solas con Ali. De cuando se ponían unos gruesos pantalones de nieve para bajar en trineo por Bayberry Hill, hablaban de sus novios ideales, lloraban por lo de Jenna en sexto de primaria y se consolaban mutuamente. Cuando estaban solas, Emily atisbaba a una Ali menos perfecta (algo que, de algún modo, hacía que pareciese aún más perfecta) y sentía que podía ser ella misma. Le parecía que no se había sentido ella misma desde hacía días, semanas o incluso años. Y ahora creía que podía experimentar

algo parecido con Maya. Echaba de menos tener una mejor amiga.

En ese momento, probablemente, Ben y el resto de los chicos se estarían poniendo los bañadores y sacudiéndose en el culo con toallas mojadas. La entrenadora Lauren estaría escribiendo las series de entrenamiento en la voluminosa pizarra blanca y sacando las aletas, boyas y palas correspondientes. Y las chicas del equipo estarían quejándose porque a todas les había bajado la regla al mismo tiempo. ¿Se atrevería a saltarse el segundo día de entrenamiento?

Emily estrujó el pez de plástico del llavero.

—Supongo que podría decirle a Carolyn que tenía que dar una clase de apoyo de español —murmuró. Sabía que Carolyn no se lo creería, pero probablemente tampoco la delataría.

Emily escrutó el aparcamiento tres veces para asegurarse de que nadie la estaba observando, sonrió y abrió el coche.

—Vale. Vámonos.

—Mi hermano y yo hemos venido este fin de semana —explicó Maya mientras Emily se detenía en el aparcamiento de gravilla.

Emily salió del coche y se estiró.

—Me había olvidado de este sitio. —Estaban en la pista de Marwyn, que discurría durante unos ocho kilómetros al borde de un profundo arroyo. Sus amigas y ella iban con frecuencia a montar en bici (Ali y Spencer acababan pedaleando furiosamente y casi siempre empataban) y se detenían en la pequeña cafetería que había junto a la zona de baño para comprar barritas de chocolate y Coca-Cola *light*.

Cuando estaba remontando una ladera embarrada, Maya se dio la vuelta y le asió el brazo.

—¡Ah! Se me había olvidado decírtelo. Mi madre me ha dicho que ayer tu madre fue a visitarnos cuando estábamos en clase y nos llevó *brownies*.

—¿De verdad? —contestó Emily, confusa. Se preguntó por qué no le habría mencionado nada durante la cena.

—Estaban riquísimos. ¡Mi hermano y yo nos los acabamos anoche!

Llegaron al camino de tierra. Se hallaban bajo un dosel de robles. El aire estaba impregnado de un fresco aroma de madera y parecía que la temperatura había descendido seis grados.

—Todavía no hemos llegado. —Maya le cogió la mano y la condujo por el sendero hasta un pequeño puente de piedra. La corriente se ensanchaba seis metros más abajo. El agua mansa refulgía al sol de media tarde.

Maya se dirigió al borde del puente y se desvistió hasta quedarse sólo con unas bragas de color rosa pálido y un sujetador a juego. Arrojó la ropa en un montón, le sacó la lengua a Emily y saltó.

—¡Espera! —Emily fue corriendo hasta el borde. ¿Sabría Maya lo profundo que era? Al cabo de dos segundos oyó un chapoteo.

La cabeza de Maya reapareció en la superficie.

—¡Te dije que se podía nadar! ¡Venga, desnúdate!

Emily observó el montón de ropa de Maya. Odiaba profundamente desnudarse delante de los demás, incluso de las chicas del equipo de natación, que la veían todos los días. Se quitó poco a poco la falda plisada de Rosewood, cruzando las piernas para que Maya no viese sus musculosos muslos desnudos, y tiró de la camiseta de tirantes que llevaba bajo la blusa del uniforme pero decidió dejársela puesta. Contempló el arroyo por encima del borde, se armó de valor y saltó. Al cabo de un instante el agua envolvió su cuerpo. Estaba agradablemente tibia y turbia debido al barro, no fría y limpia como el agua de la piscina. El sostén que llevaba incorporado la camiseta de tirantes se llenó de agua.

—Esto es como una sauna —comentó Maya.

—Sí. —Emily se dirigió chapoteando a la zona menos profunda, donde Maya estaba de pie. Emily se percató de que a Maya se le veían los pezones a través del sujetador y apartó la vista.

—Cuando vivía en California me encantaba tirarme de los acantilados con Justin —le confió Maya—. Él se quedaba arriba y se lo pensaba durante diez minutos antes de tirarse. Me encanta que ni siquiera hayas titubeado.

Emily hizo el muerto y sonrió. No podía evitarlo: engullía los cumplidos de Maya como si fueran pastel de queso.

Maya la salpicó con las manos ahuecadas. Se le metió un poco de agua en la boca. El agua del arroyo tenía un sabor viscoso y casi metálico que no se parecía en nada al del agua clorada de la piscina.

—Me parece que voy a romper con Justin —anunció Maya.

Emily fue nadando hasta la orilla y se incorporó.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Sí. Mantener una relación a distancia es demasiado estresante. Me llama constantemente. Sólo he pasado fuera unos días ¡y ya me ha mandado dos cartas!

—Ah —musitó Emily, al tiempo que pasaba los dedos por el agua turbia. Entonces se le ocurrió una cosa. Se volvió hacia Maya—. Ah, ¿ayer me dejaste una nota en la taquilla de natación?

Maya frunció el ceño.

—¿Cuándo, después de clase? No... Me acompañaste a casa, ¿no te acuerdas?

—Claro. —En realidad no creía que Maya hubiera escrito aquella nota, pero si hubiera sido ella las cosas habrían sido más sencillas.

—¿Qué decía la nota?

Emily meneó la cabeza.

—No importa. No era nada. —Se aclaró la garganta—. ¿Sabes una cosa? A lo



mejor yo también rompo con mi novio.

*Vaya.* Emily no se habría sorprendido más si le hubiera salido un pájaro volando de la boca.

—¿De verdad? —preguntó Maya.

Emily parpadeó para quitarse el agua de los ojos.

—No lo sé. A lo mejor.

Maya estiró los brazos por encima de la cabeza y Emily vislumbró de nuevo la cicatriz que tenía en la muñeca. Apartó la vista.

—Bueno, pues que le den por el culo al mundo —musitó Maya.

Emily sonrió.

—¿Eh?

—Es una cosa que digo de vez en cuando —explicó Maya—. Significa... ¡a la mierda! —Se dio la vuelta y se encogió de hombros—. Supongo que te parecerá una tontería.

—No, me gusta —dijo Emily—. Que le den por el culo al mundo. —Se rio entre dientes. Decir palabrotas siempre le había parecido gracioso; como si su madre pudiera oírlo desde la cocina, a quince kilómetros de distancia.

—Pero sí que deberías romper con tu novio —prosiguió Maya—. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque de esa forma las dos estaríamos solteras.

—¿Y qué significa eso? —preguntó Emily. El bosque estaba muy apacible y silencioso.

Maya se acercó a ella.

—Eso significa que... podemos... ¡divertirnos! —Asió a Emily por el hombro y le hizo una ahogadilla.

—¡Eh! —chilló Emily. Salpicó a Maya, moviendo el brazo entero sobre el agua para crear una gigantesca ola. Después le cogió la pierna y le hizo cosquillas bajo los dedos de los pies.

—¡Socorro! —gritó Maya—. ¡En los pies no! ¡Tengo muchas cosquillas!

—¡He encontrado tu punto débil! —se pavoneó Emily, arrastrándola frenéticamente en dirección a la catarata. Maya consiguió zafarse de ella y se arrojó sobre sus hombros desde atrás. Le recorrió los costados con las manos y descendió hasta el estómago, donde le hizo cosquillas. Emily profirió un chillido. Finalmente empujó a Maya a una pequeña cueva entre las rocas.

—¡Espero que no haya murciélagos aquí dentro! —gritó Maya. Los rayos de sol se filtraban a través de las minúsculas aberturas de la cueva y formaban una aureola alrededor de su cabeza chorreante.

» Tienes que entrar aquí —dijo. Alargó la mano.

Emily se detuvo junto a ella, acariciando las paredes pulidas y frías de la gruta. El sonido de su respiración reverberaba en aquel reducido espacio. Se

miraron y sonrieron.

Emily se mordió el labio. Era un momento de amistad tan perfecto que se sentía un poco melancólica y nostálgica.

Maya bajó la vista, preocupada.

—¿Qué te pasa?

Emily aspiró una honda bocanada de aire.

—Es que... ¿te acuerdas de la chica que vivía en tu casa? ¿Alison?

—Sí.

—Desapareció. En cuanto acabó primero. Y no la encontraron nunca.

Maya se estremeció levemente.

—Me habían contado algo sobre eso.

Emily se estrechó con los brazos; ella también tenía frío.

—Éramos muy amigas.

Maya se acercó a Emily y la rodeó con el brazo.

—No me había dado cuenta.

—Sí. —A Emily le tembló la barbilla—. Sólo quería que lo supieras.

—Gracias.

Emily y Maya se abrazaron durante largo rato. Entonces Maya se desasíó.

—Antes te he contado una mentirijilla. Sobre el motivo de que quiera romper con Justin.

Emily enarcó una ceja, curiosa.

—Yo... no sé si me gustan los chicos —musitó Maya—. Es raro. Me parecen guapos, pero cuando estoy a solas con ellos ya no quiero estar con ellos. Prefiero estar con alguien que se parezca más a mí. —Esbozó una media sonrisa—. ¿Sabes?

Emily se pasó las manos por la cara y el pelo. De pronto la mirada de Maya le parecía demasiado cercana.

—Yo... —empezó. No, no lo sabía.

Los arbustos que había encima de ellas se agitaron. Emily dio un respingo. A su madre no le gustaba que fuese a la pista; una nunca sabía qué clase de secuestradores o asesinos se ocultaban en esos sitios. Los bosques guardaron silencio un instante, pero a continuación una bandada de pájaros se dispersó frenéticamente en el cielo. Emily se apretó contra la roca. ¿Las estaría observando alguien? ¿Quién se estaba riendo? Aquella risa le parecía familiar. Entonces oyó una respiración. Se le puso la carne de gallina en los brazos y se asomó por la abertura de la caverna.

Solo era un grupo de chicos que habían irrumpido en el arroyo blandiendo ramas a modo de espadas. Emily se apartó de Maya y salió de la catarata.

—¿Adónde vas? —exclamó Maya.

Emily la miró y después a los chicos, que habían dejado las ramas y se estaban tirando piedras. Uno de ellos era Mike Montgomery, el hermano pequeño

de su antigua amiga Aria. Había crecido mucho desde la última vez que lo había visto. Un momento... Mike iba a Rosewood. ¿La reconocería? Emily salió del agua y subió rápidamente la colina.

Se volvió hacia Maya.

—Tengo que volver al instituto antes de que termine el entrenamiento de Carolyn. —Se puso la falda—. ¿Quieres que te tire la ropa?

—Me da igual. —En ese punto salió de la catarata y vadeó el arroyo; las bragas se le quedaron adheridas al trasero. Maya subió lentamente por la colina, sin taparse el estómago ni los pechos con la mano en ningún momento. Los novatos dejaron lo que estaban haciendo y se quedaron mirándola.

Y aunque Emily no quería, no pudo evitar imitarlos.

## Por lo menos las patatas tienen mucha vitamina A

—Esa. Seguro que esa —susurró Hanna, señalando.

—No. Son demasiado pequeñas —cuchicheó Mona.

—¡Pero mira cómo se hinchán arriba! Completamente falsas —replicó Hanna.

—Me parece que esa señora de ahí se ha operado el culo.

—Qué asco. —Hanna arrugó la nariz y se pasó las manos por los contornos del tonificado y perfectamente redondo trasero. Era miércoles a media tarde, sólo quedaban dos días para la fiesta anual de Noel Kahn y Mona y ella estaban apoltronadas en la terraza de Yam, la cafetería ecológica del club de campo de los padres de Mona. Debajo había un grupo de chicos de Rosewood jugando un rápido partido de golf antes de la cena, pero Hanna y Mona estaban jugando a otra cosa: « Encuentra las tetas falsas ». O cualquier cosa falsa, pues allí había de todo.

—Sí, parece que el cirujano metió la pata —murmuró Mona—. Me parece que mi madre juega al tenis con ella. Se lo preguntaré.

Hanna volvió a mirar a la menuda treintañera de la barra, que tenía un trasero sospechosamente turgente comparado con el resto de su esquelética figura.

—Antes muerta que hacerme la cirugía plástica.

Mona estaba jugueteando con los abalorios de la pulsera de Tiffany's, que, evidentemente, no había tenido que devolver.

—¿Crees que Aria Montgomery se habrá operado las tetas?

Hanna alzó la vista, sobresaltada.

—¿Por qué?

—Está muy delgada y son demasiado perfectas —dijo Mona—. ¿No se había ido a Finlandia o algo por el estilo? Me han dicho que en Europa es muy barato operarse las tetas.

—No creo que sean falsas —murmuró Hanna.

—¿Cómo lo sabes?

Hanna mordisqueó la pajita. Aria siempre había tenido pecho; Alison y ella eran las únicas de la pandilla que habían necesitado sujetador en primero. Ali siempre alardeaba de su pecho, pero Aria sólo había dado muestras de pecatarse siquiera de que lo tenía cuando tejió sujetadores para regalárselos en Navidad y tuvo que hacerse una talla más grande para ella.

—No parece de esas —contestó Hanna. Se encontraba incómoda hablando de sus antiguas amigas con Mona. Aún se sentía culpable por haberse burlado de ella

en primero, pero ahora siempre le parecía demasiado embarazoso sacar el tema.

Mona la miró fijamente.

—¿Te encuentras bien? Hoy estás distinta.

Hanna dio un respingo.

—¿Ah sí? ¿En qué sentido?

Mona le dirigió una sonrisita burlona.

—¡Vaya! ¡Alguien está nervioso!

—No estoy nerviosa —se apresuró a contradecirla Hanna. Pero sí que lo estaba: estaba flipando desde la comisaría y el correo electrónico que había recibido la noche anterior. Aquella mañana hasta le había parecido que no tenía los ojos verdes sino de un castaño apagado y que sus brazos eran alarmantemente gruesos. Tenía la horrible sensación de que iba a transformarse espontáneamente en su encarnación de primero.

Una camarera rubia con pinta de jirafa las interrumpió:

—¿Han decidido ya?

Mona miró el menú.

—Yo tomaré la ensalada de pollo asiática sin aliño.

Hanna se aclaró la garganta.

—Yo quiero una ensalada de la huerta con coles, sin aliño, y una ración extra grande de patatas fritas. Para llevar, por favor.

Mientras la camarera tomaba nota de los menús, Mona se bajó las gafas de sol por la nariz.

—¿Patatas fritas?

—Son para mi madre —contestó apresuradamente Hanna—. Vive de eso.

En el campo de golf un grupo de hombres maduros acompañados de un apuesto joven con pantalones cortos estaba comenzando una partida. Parecía un tanto fuera de lugar con el pelo castaño despeinado, los pantalones de cargo y... ¿eso era un...? ¿Un polo de la policía de Rosewood? Ay, no. Sí que lo era.

Wilden escrutó la terraza y asintió fríamente cuando vio a Hanna. Ella se agachó.

—¿Quién es ese? —ronroneó Mona.

—Ah... —balbució Hanna, que ya se había metido a medias debajo de la mesa. ¿Darren Wilden era golfista? Venga ya. Cuando estaba en el instituto de Rosewood era de los que tiraban cerillas encendidas a los miembros del equipo de golf. ¿Acaso el mundo entero se había vuelto contra ella?

Mona entrecerró los ojos.

—Espera. ¿Ese no iba a nuestro instituto? —Sonrió—. Ay, Dios mío. Es el tío del equipo de salto femenino. ¡Hanna, serás pécora! ¿Cómo es que te conoce?

—Es... —Hanna se interrumpió. Se pasó la mano por la cinturilla de los pantalones vaqueros—. Lo conocí cuando estaba corriendo en la pista de Marwyn hace un par de días. Nos paramos en la fuente a beber agua al mismo

tiempo.

—Qué bien —comentó Mona—. ¿Trabaja aquí?

Hanna volvió a interrumpirse. Realmente prefería evitar aquella conversación.

—Ah... Me parece que dijo que era policía —contestó con tono despreocupado.

—Estás de coña. —Mona sacó un bálsamo hidratante Shu Uemura de un bolsón de piel azul y se lo aplicó delicadamente sobre el labio inferior—. Ese tío está tan bueno que podría salir en un calendario de policías. Ya lo estoy viendo: el señor Abril. ¡Vamos a preguntarle si nos enseña la porra!

—Chsss —cuchicheó Hanna.

Les llevaron las ensaladas. Hanna apartó el envase de poliestireno que contenía las patatas fritas y le hincó el diente a un tomate cherry sin aliño.

Mona se inclinó hacia ella.

—Seguro que puedes enrollarte con él.

—¿Con quién?

—¡Con el señor Abril! ¿Con quién va a ser?

Hanna resopló.

—Ya.

—Claro que sí. Deberías llevarlo a la fiesta de los Kahn. Me han dicho que algunos policías fueron a la fiesta del año pasado. Por eso nunca arrestan a nadie.

Hanna se reclinó en la silla. La fiesta de los Kahn era una tradición legendaria de Rosewood. Los Kahn tenían veintitantos acres de tierra y todos los años los chicos de la familia (Noel era el más pequeño) celebraban una fiesta de vuelta al instituto. Saqueaban la reserva de licores del sótano de sus padres, que estaba extraordinariamente bien surtida y siempre estallaba algún escándalo. El año pasado Noel le había disparado en el culo con una pistola de bolitas a James, su mejor amigo, porque este había intentado enrollarse con Alyssa Pennypacker, con la que salía en aquella época. Los dos estaban tan borrachos que se habían reído durante todo el trayecto hasta la sala de urgencias y no se acordaban de cómo había sucedido ni por qué. Y el año anterior un puñado de fumetas se había pasado de la raya y había intentado que los caballos appaloosa del señor Kahn fumaran una pipa de agua.

—No. —Hanna mordió otro tomate—. Me parece que voy a ir con Sean.

Las facciones de Mona se contrajeron.

—¿Para qué vas a desperdiciar una noche de fiesta perfecta con Sean? ¡Si ha firmado un compromiso de virginidad! Probablemente ni siquiera vaya.

—Que haya firmado un compromiso de virginidad no significa que haya dejado de divertirse. —Hanna le dio un buen mordisco a la ensalada y masticó las verduras secas y poco apetitosas.

—Bueno, si no piensas invitar al señor Abril a la fiesta de Noel, lo haré yo. —

Mona se levantó.

Hanna le aferró el brazo.

—¡No!

—¿Por qué no? Venga. Será divertido.

Hanna le hundió las uñas en el brazo.

—He dicho que no.

Mona volvió a sentarse, haciendo pucheros.

—¿Por qué no?

A Hanna se le había desbocado el corazón.

—De acuerdo. Pero no puedes decírselo a nadie. —Respiró hondo—. Nos conocimos en la comisaría, no en la pista. Me interrogaron por lo de Tiffany's. Pero no es para tanto. No me han arrestado.

—¡Ay, Dios mío! —chilló Mona. Wilden volvió a mirarla.

—¡Chsss! —la chistó Hanna.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué pasó? Cuéntamelo todo —cuchicheó Mona.

—No hay mucho que contar. —Hanna puso la servilleta encima del plato—. Me llevaron a la comisaría, mi madre me acompañó y nos quedamos un rato sentadas. Me soltaron con una amonestación. Me da igual. En total fueron unos veinte minutos.

—Qué fuerte. —Mona la miró con una expresión imprecisa; Hanna se preguntó durante un instante si era una mirada compasiva.

—No fue dramático ni nada de eso —añadió a la defensiva, con la garganta seca—. No pasó casi nada. La mayoría de los policías estaba hablando por teléfono. Estuve todo el rato mandando mensajes con el móvil. —Se interrumpió, preguntándose si debía contarle lo del mensaje de «No la llevo» que le había enviado A, fuera quien fuese. Pero ¿para qué iba a malgastar el aliento? Era imposible que significase nada, ¿verdad?

Mona bebió un sorbo de Perrier.

—Creía que nunca te pillarían.

Hanna tragó saliva con dificultad.

—Sí, bueno...

—¿No te mató tu madre?

Hanna apartó la vista. En el trayecto de vuelta a casa su madre le había preguntado si había tenido intención de robar la pulsera y los pendientes. Cuando Hanna dijo que no, la señorita Marin contestó:

—Bueno. Pues ya está. —A continuación abrió la tapa del móvil para hacer una llamada.

Hanna se encogió de hombros y se levantó.

—Acabo de acordarme... de que tengo que sacar a pasear a Punto.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó Mona—. Tienes manchas en la cara.

—No es nada. —Le tiró un beso con aire glamuroso y se volvió hacia la puerta.

Hanna salió tranquilamente del restaurante, pero echó a correr en cuanto llegó al aparcamiento. Subió al Toyota Prius (su madre lo había comprado el año anterior pero se lo había dado recientemente porque ya se había cansado de él) y se miró la cara en el espejo retrovisor. Tenía espantosas manchas rojas encendidas en la frente y las mejillas.

Después de la transformación, Hanna, con un esmero neurótico, no sólo había procurado parecer fantástica y perfecta en todo momento sino también serlo. Le aterraba que la menor equivocación la devolviese dando vueltas al reino de los empollones, de modo que se desvelaba hasta con los detalles más nimios, como el nombre de usuario perfecto en Messenger y la mezcla idónea para el iPod incorporado del coche, hasta otros más importantes como seleccionar a las personas a las que debía invitar a casa antes de una fiesta y salir con el más perfecto de los chicos populares, que, afortunadamente, era el mismo al que había amado desde primero. ¿Acaso el hecho de que la hubiesen pillado robando en una tienda había desacreditado a la Hanna perfecta, controlada y superfantástica que todos habían conocido? No había podido interpretar la expresión del semblante de Mona cuando había dicho: «Qué fuerte». ¿Significaba «Qué fuerte, pero no es para tanto» o «Qué fuerte, menuda fracasada»?

Se preguntó si había hecho bien contándoselo a Mona. Pero por otra parte... ya lo sabía alguien. A.

¿Sabes qué es lo que va a decir Sean? ¡No la llevo!

Se le nublaron los ojos. Aferró el volante durante unos instantes, introdujo la llave en el contacto, abandonó el aparcamiento del club de campo y se detuvo en una bifurcación de gravilla sin salida a escasos metros carretera abajo. Le palpitaban las sienes cuando apagó el motor y aspiró hondas bocanadas de aire. El viento olía a heno y hierba recién cortada.

Hanna cerró con fuerza los ojos. Cuando los abrió miró fijamente el envase de patatas fritas. *No lo hagas*, pensó. Un coche pasó a toda velocidad por la carretera principal.

Hanna se secó las manos en los pantalones vaqueros. Volvió a mirar furtivamente el envase. Las patatas despedían un olor delicioso. *No lo hagas, no lo hagas, no lo hagas*.

Alargó la mano hacia ellas y abrió la tapa. El aroma cálido y dulce flotó hasta su cara. Antes de que pudiera contenerse, Hanna se metió en la boca un puñado tras otro de patatas fritas. Estaban tan calientes que le quemaron la lengua, pero no le importaba. Era un gran alivio; era lo único que hacía que se sintiera mejor. No paró hasta que se las hubo comido todas y hasta lamió la sal que se había acumulado en las paredes del envase.



Al principio se sintió muchísimo más tranquila, pero cuando aparcó en el camino de entrada de su casa, las antiguas y familiares sensaciones de pánico y vergüenza se habían intensificado dentro de ella. Comprobó con asombro que, aunque no lo había hecho desde hacía años, las sensaciones eran exactamente iguales. Le dolía el estómago, le apretaban los pantalones y lo único que quería era deshacerse de lo que tenía dentro.

Ignoró los frenéticos ladridos de Punto que salían del dormitorio y subió corriendo al cuarto de baño, cerró violentamente la puerta y se derrumbó en el suelo de azulejos. Gracias a Dios que su madre aún no había vuelto del trabajo. Al menos no oiría lo que estaba a punto de hacer.

### Mmm, me encanta el olor a notas nuevas

Vale. Spencer tenía que calmarse.

El miércoles por la noche enfiló el camino de entrada circular de su casa con un Mercedes negro clase C de cinco puertas; era el coche que había desdeñado su hermana, que conducía el nuevo y práctico Mercedes todoterreno. La reunión del consejo de estudiantes se había alargado más de lo normal y Spencer había recorrido las oscuras calles de Rosewood hecha un manojo de nervios. Durante todo el día había sentido que alguien la estaba observando, que quien había escrito el correo electrónico sobre la codicia podía abalanzarse sobre ella en cualquier momento.

Spencer no dejaba de pensar con desasosiego en la coleta tan familiar que había atisbado en la ventana del dormitorio de Ali. Su mente volvía constantemente a Ali y a todas las cosas que esta sabía acerca de ella. Pero no, eso era una locura. Alison había desaparecido y probablemente estaba muerta desde hacía tres años. Además, ahora vivía otra familia en su casa, ¿no?

Spencer fue corriendo al buzón y extrajo un fajo de cartas, arrojando de nuevo adentro las que no eran para ella. De repente lo vio. Se trataba de un sobre largo, aunque no demasiado grueso ni demasiado fino, que llevaba su nombre cuidadosamente mecanografiado en la ventana. El remitente señalaba: «Junta universitaria». Allí estaba.

Spencer rasgó el sobre y escrutó la página. Leyó seis veces los resultados del PSAT antes de asimilarlos.

Había sacado un 2350 de 2400.

—¡Síiiiiii! —gritó, aferrando los documentos con tanta fuerza que se arrugaron.

—¡Vaya! ¡Alguien está contento! —exclamó una voz en la calzada.

Spencer alzó la vista. Andrew Campbell, el muchacho alto y pecoso con el pelo largo que había ganado las elecciones para la presidencia de la clase, estaba asomado a la ventanilla del pasajero de un Mini Cooper negro. Eran el número uno y el número dos de la clase en prácticamente todas las asignaturas. Pero Andrew se fue corriendo antes de que Spencer tuviera ocasión de vanagloriarse de las notas (habría sido maravilloso decirle los resultados). *Friki*. Spencer se volvió hacia la casa.

Mientras entraba corriendo, exultante, algo la detuvo: se acordó de la puntuación prácticamente perfecta de su hermana y efectuó una apresurada conversión de la escala de 1600 que se utilizaba entonces a la de 2400 que la

Junta universitaria empleaba en la actualidad. Estaba cien puntos por debajo de la de Spencer. Y además ¿no se suponía que ahora eran más difíciles?

Bueno, ¿ahora quién era la genio?

Una hora después Spencer estaba sentada ante la mesa de la cocina leyendo *Middlemarch*, uno de los libros de la lista de lecturas recomendadas de la clase de literatura avanzada, cuando empezó a estornudar.

—Han llegado Melissa y Wren —anunció la señora Hastings mientras entraba corriendo en la cocina con las cartas que Spencer había dejado en el buzón—. ¡Han traído todo su equipaje para instalarse! —Abrió una rendija la puerta del horno, inspeccionó el pollo que había colocado sobre el asador y los panecillos de siete semillas y entró apresuradamente en el salón.

Spencer volvió a estornudar. A su madre siempre la precedía una nube de Chanel número 5, aunque se pasaba el día entero trabajando con caballos, y Spencer estaba segura de que era alérgica. Pensaba darle la noticia del PSAT cuando se interpuso una voz risueña procedente del vestíbulo.

—¿Mamá? —exclamó Melissa. Wren y ella entraron en la cocina. Spencer fingió que estaba examinando la aburrida contracubierta de *Middlemarch*.

—Hola —dijo Wren por encima de ella.

—Hola —respondió fríamente.

—¿Qué estás leyendo?

Spencer titubeó. Lo mejor era que se mantuviese apartada de Wren, sobre todo ahora que iban a vivir en la misma casa.

Melissa pasó junto a ella sin decir ni hola y empezó a desenvolver las almohadas moradas que llevaba en una bolsa de Pottery Barn.

—Son para el sofá del granero —anunció prácticamente a voces.

Spencer se encogió. A ese juego podían jugar dos.

—¡Ah, Melissa! —exclamó—. ¡Se me había olvidado decírtelo! ¿A que no sabes a quién me he encontrado?

Melissa siguió desenvolviendo las almohadas.

—¿A quién?

—¡A Ian Thomas! ¡Ahora entrena al equipo de hockey sobre hierba!

Melissa se quedó petrificada.

—¿Él...? ¿Qué? ¿Ah, sí? ¿Está aquí? ¿Ha preguntado por mí?

Spencer se encogió de hombros y fingió que reflexionaba sobre ello.

—No, me parece que no.

—¿Quién es Ian Thomas? —preguntó Wren, apoyándose en la encimera de mármol de la isla.

—Nadie —espetó Melissa, al tiempo que se volvía hacia las almohadas. Spencer cerró el libro y se fue al comedor. Ya. Eso estaba mejor.

Se sentó ante la larga mesa de hacienda de estilo misión y acarició con un dedo la copa de vino sin pie que Candace, la asistente de la familia, acababa de llenar de tinto. A sus padres no les importaba que sus hijas bebieran en casa siempre y cuando no condujeran, de modo que sostuvo la copa con ambas manos y bebió ansiosamente un trago abundante. Cuando alzó la vista, Wren le estaba sonriendo desde el otro lado de la mesa, con la espalda muy recta en la silla de comedor.

—Eh —dijo. Ella enarcó las cejas a modo de respuesta.

Melissa y la señora Hastings tomaron asiento; el padre de Spencer ajustó las velas del candelabro antes de sentarse. Por un momento todos guardaron silencio. Spencer palpó los documentos de las notas del PSAT que llevaba en el bolsillo.

—¿Sabéis lo que me ha pasado? —empezó.

—¡Wren y yo estamos encantados de que nos dejéis quedarnos aquí! —exclamó Melissa al mismo tiempo, asiendo la mano de Wren.

La señora Hastings sonrió a Melissa.

—Yo siempre estoy encantada de que toda la familia esté aquí.

Spencer se mordió el labio; sentía un borboteo nervioso en el estómago.

—Oye, papá, he recibido las...

—Oh, oh —la interrumpió Melissa, observando los platos que Candace acababa de llevarles de la cocina—. ¿Hay algo que no sea pollo? Wren está intentando no comer carne.

—No pasa nada —se apresuró a decir Wren—. El pollo es perfecto.

—¡Ah! —La señora Hastings hizo ademán de levantarse—. ¿No comes carne? ¡No lo sabía! Me parece que hay un poco de ensalada de pasta en el frigorífico, pero a lo mejor lleva un poco de jamón...

—De verdad, no pasa nada. —Wren se rascó nerviosamente la cabeza, haciendo que se le pusiera de punta el pelo negro desgreñado.

—Ay, me siento fatal —se lamentó la señora Hastings. Spencer no pudo evitar que su rostro trasluciera cierto rubor. Cuando toda la familia estaba reunida su madre quería que todas las comidas fuesen perfectas, hasta los sencillos cereales del desayuno.

El señor Hastings observó a Wren con suspicacia.

—Pues a mí me encantan los filetes.

—Por supuesto. —Wren cogió la copa con tanta fuerza que derramó un poco de vino en el mantel.

Spencer estaba considerando una buena transición a su gran anuncio cuando su padre dejó el tenedor.

—Se me ha ocurrido una idea brillante. Ya que estamos todos, ¿por qué no jugamos a El poder de las estrellas?

—Ay, papá. —Melissa esbozó una sonrisa—. No.

Su padre sonrió.

—Claro que sí. Yo he tenido un día estupendo en el trabajo. Voy a daros una paliza.

—¿Qué es El poder de las estrellas? —preguntó Wren, enarcando las cejas.

A Spencer se le encendió un destello nervioso en el estómago. Sus padres habían inventado El poder de las estrellas cuando Melissa y ella eran pequeñas, aunque Spencer siempre había sospechado que lo habían copiado de uno de esos fines de semana para ejecutivos que necesitan recuperar energía. El juego era sencillo: todos compartían los mayores logros de la jornada y a continuación la familia designaba a una estrella. Se suponía que de esa forma la persona en cuestión debía sentirse orgullosa y realizada, pero los miembros de la familia Hastings se volvían competitivos y despiadados.

Pero si había una manera perfecta de anunciar los resultados del PSAT era El poder de las estrellas.

—Ya le cogerás el tranquilo, Wren —le aseguró el señor Hastings—. Empiezo yo. Hoy he preparado una defensa tan convincente que mi cliente hasta se ha ofrecido a pagarme más.

—Impresionante —comentó su madre, mientras le daba un mordisquito a una remolacha—. Ahora yo. Esta mañana he ganado a Eloise al tenis en dos sets.

—¡Eloise es dura! —exclamó su padre antes de beber otro sorbo de vino. Spencer observó a Wren desde el otro lado de la mesa. Estaba retirando cuidadosamente la piel del muslo de pollo, de modo que no pudo sostenerle la mirada.

Su madre se limpió delicadamente la boca con una servilleta.

—¿Melissa?

Melissa entrelazó los dedos; llevaba las uñas cortas.

—Bueno, hmm... Yo he ayudado a los obreros a poner los azulejos de todo el cuarto de baño; la única forma de que quedase perfecto era que lo hiciera yo misma.

—¡Me alegro por ti, cariño! —dijo su padre.

Spencer movió nerviosamente las piernas.

—¿Wren?

Wren alzó la vista, sobresaltado.

—¿Sí?

—Te toca.

Wren jugueteó con la copa de vino.

—No sé qué decir...

—Estamos jugando a El poder de las estrellas —entonó la señora Hastings, como si fuera un juego tan corriente como el Scrabble—. ¿Qué maravillas has obrado hoy, señor doctor?

—Ah. —Wren pestañeó—. Bueno. Eh, la verdad es que ninguna. Tenía el día libre en la facultad y en el hospital, así que me he ido a un bar para ver el partido

de los Phillies con unos amigos del hospital.

Silencio. Melissa le dirigió a Wren una mirada de decepción.

—A mí me parece estupendo —aventuró Spencer—. Tal como han estado jugando es una hazaña pasarse el día viendo a los Phillies.

—Lo sé, son bastante malos, ¿verdad? —Wren la sonrió con agradecimiento.

—Bueno, en fin —lo interrumpió su madre—. Melissa, ¿cuándo empieza el curso?

—Espera un momento —intervino Spencer. ¡No irían a olvidarse de ella!—. Yo tengo una cosa para El poder de las estrellas.

Su madre dejó el tenedor de ensalada suspendido en el aire.

—Lo siento.

—¡Ups! —admitió jovialmente su padre—. Adelante, Spence.

—He recibido los resultados del PSAT —anunció—. Y bueno... aquí los tenéis. —Sacó las notas y se las alargó bruscamente a su padre.

En cuanto este las cogió, Spencer supo lo que iba a ocurrir. Les daría lo mismo. Además, ¿qué importancia tenía el PSAT? Volverían a sus Beaujolais, a Melissa y Wharton y eso sería todo. Se le encendieron las mejillas. ¿Por qué se molestaba siquiera?

Entonces su padre dejó la copa de vino y examinó el documento.

—Vaya. —Le indicó a la señora Hastings que se acercara. Cuando esta vio la hoja se quedó sin aliento.

—No se puede sacar mucho más que esto, ¿verdad? —observó.

Melissa arqueó el cuello para mirar. Spencer apenas podía respirar. Melissa la fulminó con la mirada sobre el centro de mesa de lilas y peonías. Era una mirada que le hizo pensar que quizá ella hubiera escrito el siniestro correo electrónico del día anterior. Pero cuando Spencer le devolvió la mirada Melissa sonrió.

—Sí que has estudiado, ¿eh?

—Es una buena nota, ¿no? —preguntó Wren, mirando la página.

—¡Es una nota fantástica! —bramó el señor Hastings.

—Esto es maravilloso —exclamó la señora Hastings—. ¿Cómo te gustaría celebrarlo, Spencer? ¿Una cena en el centro? ¿Hay algo que te llame la atención?

—Cuando a mí me dieron las notas del PSAT me comprasteis una primera edición de Fitzgerald en aquella subasta del estado, ¿os acordáis? —terció Melissa, radiante.

—¡Así es! —canturreó la señora Hastings.

Melissa se volvió hacia Wren.

—Te habría encantado. La puja fue muy emocionante.

—Bueno, ¿por qué no te lo piensas un poco? —le dijo la señora Hastings a Spencer—. A ver si se te ocurre algo memorable, como lo que le regalamos a Melissa.

Spencer se incorporó poco a poco.

—La verdad es que sí que se me había ocurrido algo.

—¿De qué se trata? —Su padre se inclinó hacia delante en la silla.

*Allá vamos*, pensó Spencer.

—Bueno, lo que me gustaría mucho, mucho, pero que mucho, sería mudarme al granero ahora, no dentro de unos meses.

—Pero... —empezó Melissa, antes de contenerse.

Wren se aclaró la garganta. Su padre frunció el ceño. El estómago de Spencer emitió un gruñido audible y hambriento. Ella se lo tapó con la mano.

—¿Es eso lo que quieres de verdad? —le preguntó su madre.

—Ajá —respondió Spencer.

—Vale —dijo la señora Hastings, volviéndose hacia su marido—. Bueno...

Melissa dejó ruidosamente el tenedor.

—Pero, ah, ¿qué pasa con Wren y conmigo?

—Bueno, tú misma has dicho que las reformas no durarán mucho tiempo. —La señora Hastings se puso la mano en la barbilla—. Supongo que podríais quedaros en tu antiguo dormitorio.

—Pero es que tiene una cama individual —repuso Melissa con un tono infantil impropio de ella.

—A mí no me importa —se apresuró a decir Wren. Melissa lo miró con el ceño fruncido.

—Podríamos trasladar la cama de matrimonio del granero a la habitación de Melissa y cambiarla por la cama de Spencer —sugirió la señora Hastings.

Spencer no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Lo haríais?

La señora Hastings enarcó las cejas.

—Melissa, podréis sobrevivir, ¿verdad?

Melissa se apartó el cabello de la cara.

—Supongo que sí —admitió—. Yo personalmente salí ganando con la subasta y la primera edición, pero es que yo soy así.

Wren bebió discretamente un sorbo de vino y le guiñó un ojo cuando Spencer lo miró. El señor Hastings se volvió hacia Spencer.

—Entonces, está hecho.

Spencer se levantó de un salto y abrazó a sus padres.

—¡Gracias, gracias, gracias!

Su madre estaba radiante.

—Deberías instalarte mañana.

—Spencer, no hay duda de que tú eres la Estrella. —Su padre alzó las notas, en las que ahora había unas tenues manchas de vino tinto—. ¡Deberíamos enmarcar esto como recuerdo!

Spencer sonrió. No necesitaba enmarcar nada. Recordaría ese día mientras viviera.





**Primer acto: la chica hace que el chico la desee**

—¿Quieres acompañarme a una recepción de artistas en el estudio Chester Springs el lunes que viene por la noche? —preguntó Ella, la madre de Aria.

Era un jueves por la mañana y Ella estaba sentada frente a Aria en la mesa del desayuno, haciendo el crucigrama de *The New York Times* con un pringoso bolígrafo negro y tomándose un tazón de Cheerios. Acababan de devolverle su empleo de media jornada en la galería Davis de arte contemporáneo en la calle principal de Rosewood y estaba en la lista de correo de todos los eventos benéficos.

—¿No te va a acompañar papá? —preguntó Aria.

Su madre frunció los labios.

—Está muy ocupado con las clases.

—Ah. —Aria cogió una hebra de lana suelta de los mitones que había tejido durante un largo viaje a Grecia en tren. ¿Acaso había detectado suspicacia en el tono de su madre? Siempre le había preocupado que Ella se enterase de lo de Meredith y no la perdonase nunca por haberlo mantenido en secreto.

Aria cerró con fuerza los ojos. *Ni se te ocurra*, se dijo. Se sirvió un poco de zumo de pomelo en un vaso.

—Ella, necesito un consejo amoroso.

—¿Un consejo amoroso? —se burló su madre, mientras se aseguraba el moño de color negro azabache con un palillo de comida china para llevar que había sobre la mesa.

—Sí —dijo Aria—. Me gusta un chico, pero es un poco... inaccesible. Ya no sé qué hacer para gustarle.

—¡Sé tú misma! —exclamó Ella.

Aria exhaló un gemido.

—Eso ya lo he intentado.

—Pues entonces ¡sal con un chico accesible!

Aria hizo una mueca de desesperación. Dejó escapar algo de desesperación de sus ojos.

—¿Vas a ayudarme o no?

—¡Vaya, alguien está sensible! —sonrió Ella, y chasqueó los dedos—. Acabo de leer un estudio en el periódico. —Alzó el *Times*—. Es una encuesta sobre lo que los hombres encuentran más atractivo en las mujeres. ¿Sabes lo que estaba en el número uno? La inteligencia. Mira, te lo voy a buscar... —Hojeó el periódico y le ofreció la página correspondiente.

—¿A Aria le gusta un chico? —Mike irrumpió en la cocina y cogió una rosquilla glaseada de una caja que había en la isla.

—¡No! —se apresuró a contestar Aria.

—Pues hay alguien al que sí que le gustas tú —repuso Mike—. Por asqueroso que sea. —Imitó el sonido de una arcada.

—¿A quién? —preguntó Ella con entusiasmo.

—A Noel Kahn —respondió Mike, con una enorme porción de rosquilla desmenuzada en la boca—. Me ha preguntado por ti en el entrenamiento de lacrosse.

—¿Noel Kahn? —repitió Ella, mirando sucesivamente a Mike y a Aria—.

¿Quién es? ¿Estaba aquí hace tres años? ¿Lo conozco?

Aria gimió dejando ver que ese tema le enervaba.

—No es nadie.

—¿Que no es nadie? —Mike parecía disgustado—. Si es el tío más guay de tu curso.

—Me da igual —dijo Aria. Le dio un beso en la frente a su madre y se dirigió al pasillo, contemplando el recorte de periódico que tenía en la mano. De modo que a los hombres les gustaban las chicas con cerebro. Pues Aria la islandesa podía ser un auténtico cerebritito.

—¿Por qué no te gusta Noel Kahn? —La voz de Mike la sobresaltó. Estaba a escasos metros de distancia con un cartón de zumo de naranja en la mano—. Es un tío genial.

Aria gimió.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no sales tú con él?

Mike bebió directamente del cartón, se enjugó la boca y la miró fijamente.

—Estás muy rara. ¿Estás colocada? Y si lo estás, ¿me das un poco?

Aria exhaló un resoplido. En Islandia Mike había intentado pillar drogas constantemente y había alucinado cuando unos chicos del puerto habían accedido a venderle una bolsita de diez dólares de hierba. Olía que apestaba pero Mike se la había fumado con orgullo de todas formas.

Mike se rascó la barbilla.

—Me parece que ya sé por qué estás tan rara.

Aria se volvió hacia el armario.

—Eres un capullo.

—¿Tú crees? —contestó Mike—. Yo no. ¿Y sabes una cosa? Voy a averiguar si mis sospechas son ciertas.

—Buena suerte, Sherlock —Aria se tiró de la chaqueta. Aunque sabía que probablemente Mike era un capullo, esperaba que no se hubiese dado cuenta de que le temblaba la voz.

Mientras los demás alumnos entraban ordenadamente en el aula de literatura (la mayoría de los chicos lucían una barba de tres días y la mayoría de las chicas habían copiado las sandalias de plataforma y las pulseras de abalorios de Mona y Hanna), Aria repasó el montoncito de notas que acababa de garabatear. Tenían que disertar sobre una obra titulada *Esperando a Godot*. A Aria le encantaban las disertaciones; tenía una voz ronca y sensual que era perfecta para ello, y además resultaba que conocía la obra a la perfección. Una vez se había pasado el domingo entero en un bar de Reikiavik discutiendo con vehemencia sobre el tema con un doble de Adrien Brody... bueno, mientras engullían deliciosos martinis con vodka de manzana y hacían piecécitos por debajo de la mesa. Así que no sólo era un día excelente para convertirse en la superalumna, sino que además era una ocasión perfecta para demostrarles a todos que Aria la islandesa era guay.

Ezra entró tranquilamente y dio una palmada; estaba para comérselo, con ese aspecto desaliñado y erudito.

—Bueno, clase —dijo—. Hoy tenemos que ver muchas cosas. Callaos.

Hanna Marin se dio la vuelta y sonrió burlonamente a Aria.

—¿Qué clase de calzoncillos crees que lleva?

Aria esbozó una sonrisa insulsa (boxers de algodón a rayas, por supuesto), pero enseguida volvió a concentrarse en Ezra.

—De acuerdo. —Ezra se dirigió a la pizarra—. Todo el mundo ha leído la obra, ¿no? ¿Todo el mundo ha preparado la disertación? ¿Quién quiere ser el primero?

Aria levantó rápidamente la mano. Ezra asintió. Aria se dirigió a la tarima del frente del aula, se colocó el cabello negro alrededor de los hombros para que estuviera especialmente bonito y se aseguró de que el voluminoso collar de corales no se le hubiera enredado en el cuello de la camisa. Releyó apresuradamente las primeras frases de las notas, con las que pensaba ambientar la escena.

—El año pasado asistí a una representación de *Esperando a Godot* en París —empezó.

Advirtió que Ezra enarcaba discretamente una ceja.

—Fue en un pequeño teatro junto al Sena. El aire olía a los brioches de queso que estaban horneando al lado. —Hizo una pausa—. Imaginaos el panorama: una enorme fila de personas esperando para entrar, una señora paseando dos pequeños caniches blancos y la torre Eiffel a lo lejos.

Alzó brevemente la vista. ¡Todo el mundo estaba embelesado!

—Se notaban la energía, el entusiasmo y la pasión en el ambiente. Y no era sólo por la cerveza que le estaban vendiendo a todo el mundo... incluso a mi

hermano pequeño —añadió.

—¡Qué guay! —la interrumpió Noel Kahn.

Aria sonrió.

—Las butacas eran de terciopelo morado y olían a esa mantequilla francesa que es más dulce que la americana. Por eso la repostería está tan rica.

—Aria —intervino Ezra.

—¡Con esa mantequilla hasta los caracoles están buenos!

—¡Aria!

Aria se detuvo. Ezra estaba apoyado en la pizarra con los brazos cruzados sobre la americana de Rosewood.

—¿Sí? —sonrió.

—Tengo que cortarte.

—Pero... ¡si no he dicho ni la mitad!

—Bueno, necesito menos información sobre las butacas de terciopelo y la repostería y más sobre la obra propiamente dicha.

La clase se rio por lo bajo. Aria volvió al pupitre arrastrando los pies y se sentó. ¿Acaso no sabía que estaba creando ambiente?

Noel Kahn levantó la mano.

—¿Noel? —preguntó Ezra—. ¿Quieres ser el siguiente?

—No —dijo Noel. La clase se rio—. Sólo quería decir que la disertación de Aria era buena. A mí me ha gustado.

—Gracias —murmuró Aria.

Noel se dio la vuelta.

—¿Es verdad que no hay edad legal para beber?

—Pues sí.

—A lo mejor voy a Italia con mi familia en invierno.

—Italia es alucinante. Te va a encantar.

—¿Habéis acabado ya? —vociferó Ezra. Le dirigió a Noel una mirada de exasperación. Aria hincó las uñas color rosa chillón en el grano de la madera del pupitre.

Noel se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Tenían absenta? —susurró.

Ella asintió, sorprendida de que Noel hubiera oído hablar siquiera de la absenta.

—Señor Kahn —lo interrumpió Ezra con tono severo. Un poco demasiado severo—. Ya está bien.

¿Acaso había detectado celos?

—Joder —Hanna se dio la vuelta—. ¿Qué mosca le habrá picado?

Aria sofocó una risita. Le parecía que cierta superalumna estaba poniendo un poquito nervioso a cierto profesor.

A continuación Ezra dio paso a la disertación de Devon Arliss. Cuando se hizo

a un lado con un dedo en la barbilla para escucharla, Aria estaba temblando. Lo deseaba tanto que le vibraba todo el cuerpo.

No, un momento. Era el teléfono móvil, que había guardado en el voluminoso bolso verde lima que tenía al lado del pie.

No dejaba de zumbiar. Aria se inclinó poco a poco y lo sacó. Un nuevo mensaje:

Aria:

A lo mejor tontea constantemente con sus alumnas. Muchos profesores lo hacen... ¡Que se lo pregunten a tu padre! —A.

Aria cerró apresuradamente el teléfono móvil. Pero a continuación volvió a abrirlo y leyó el mensaje otra vez. Y otra. Y entonces se le erizó el vello de los brazos.

Nadie había sacado el teléfono en el aula; ni Hanna, ni Noel, ni nadie. Y tampoco la estaba mirando nadie. Hasta miró al techo y al otro lado de la puerta, pero no había nada fuera de lugar. Todo estaba apacible y silencioso.

—Esto no puede estar pasando —susurró Aria.

La única persona que sabía lo del padre de Aria era... Alison. Y había jurado sobre su tumba que no se lo diría a nadie. ¿Habría regresado?

## **Así aprenderás a husmear en Google cuando deberías estar estudiando**

En la hora libre del jueves por la tarde Spencer entró a grandes pasos en la sala de lectura de Rosewood Day. Había montones de libros de consulta que llegaban hasta el techo; en el centro, una gigantesca bola del mundo sobre un pedestal y en la pared del fondo cristalerías; era su sitio preferido del campus. Se detuvo en el medio de la estancia desierta y cerró los ojos para inhalar el aroma de libros viejos encuadernados en piel.

Ese día todo le había salido a pedir de boca: la inusitada racha de frío le había permitido ponerse el nuevo abrigo de lana azul celeste de Marc Jacobs, la camarera de la cafetería de Rosewood Day le había servido un café doble con leche desnatada perfecto, acababa de clavar un examen oral de francés y aquella misma noche iba a instalarse en el granero, mientras que Melissa tendría que dormir en su viejo y estrecho dormitorio.

A pesar de todo, una bruma intranquila se cernía sobre ella. Era una combinación entre la molesta sensación que a veces la asaltaba cuando se olvidaba de algo y el presentimiento de que alguien la estaba... bueno, observando. El motivo de que estuviera tan abstraída era evidente: el siniestro correo electrónico de la codicia. El atisbo de cabello rubio en la antigua ventana de Ali. El hecho de que sólo ella sabía lo de Ian...

Se sentó delante del ordenador, tratando de sobreponerse a aquella sensación, se ajustó la cinturilla de las medias estampadas de color azul marino de Wolford y se conectó a internet. Empezó a documentarse para el siguiente trabajo de biología avanzada, pero después de haber comprobado una lista de resultados en Google introdujo «Wren Kim» en el motor de búsqueda.

Sofocó una risita al verificar los resultados. En un sitio llamado Instituto Mill Hill de Londres había una foto de Wren con el pelo largo al lado de un mechero Bunsen y un montón de tubos de ensayo. Asimismo había un enlace al portal de los alumnos de la facultad de Corpus Christi en la Universidad de Oxford, donde encontró una foto de Wren, que estaba guapísimo con atuendo shakespeariano, sosteniendo una calavera. No sabía que le gustara el teatro. Cuando intentaba ampliar la fotografía para ver cómo entallaban las calzas alguien le dio un golpecito en el hombro.

—¿Ese es tu novio?

Spencer dio un respingo y se le cayó al suelo el teléfono móvil Sidekick con tachones cristalinos. Andrew Campbell estaba sonriendo nerviosamente detrás de ella.

Cerró apresuradamente la ventana.

—¡Claro que no!

Andrew se agachó para recoger el Sidekick, apartándose de los ojos un mechón de pelo que le llegaba hasta los hombros. Spencer observó que sería hasta guapo si se cortara aquella melena leonina.

—Ups —dijo, devolviéndole el Sidekick—. Me parece que se le ha caído una gema.

Spencer se lo arrebató.

—Me has asustado.

—Lo siento. —Andrew sonrió—. ¿Así que tu novio es actor?

—¡Ya te he dicho que no es mi novio!

Andrew retrocedió.

—Lo siento. Sólo te estaba dando conversación.

Spencer lo observó con suspicacia.

—En fin —prosiguió Andrew, mientras se echaba al hombro la mochila North Face—, me estaba preguntando si pensabas ir mañana a casa de Noel. Yo podría llevarte.

Spencer lo miró inexpresivamente y entonces cayó en la cuenta: la fiesta de Noel Kahn. Había asistido a la del año anterior. Los chicos habían bebido embudos de cerveza y prácticamente todas las chicas habían engañado a su novio. Este año sería más de lo mismo. Y además, ¿de veras creía Andrew que estaba dispuesta a acompañarlo en el Mini? ¿Cabrían siquiera?

—Lo dudo —dijo.

Andrew puso una cara larga.

—Sí, me imagino que probablemente estarás ocupada.

Spencer frunció el ceño.

—¿Qué significa eso?

Andrew se encogió de hombros.

—Parece que tienes muchas cosas en la cabeza. Tu hermana ha vuelto a casa, ¿no?

Spencer se reclinó en la silla y se mordió el labio inferior.

—Sí, llegó anoche. ¿Cómo lo has sabido...?

Se interrumpió. *Espera un momento.* Andrew siempre estaba recorriendo la calle con el Mini. Lo había visto el día anterior mientras sacaba del buzón las notas del examen...

Tragó saliva con dificultad. Ahora que lo pensaba, era posible que hubiera visto pasar el Mini negro el día que había compartido el *jacuzzi* con Wren. Debía de haber recorrido la calle muchas veces si se había dado cuenta de que Melissa estaba en casa. ¿Y si...? ¿Y si Andrew era el que la estaba espiando? ¿Y si le hubiera escrito el siniestro correo electrónico de la codicia? Era tan competitivo que parecía plausible. ¿Enviarle mensajes amenazadores no sería una buena forma de distraerla para que fuera más sencillo ser reelegido como presidente de

la clase el curso siguiente...? O mejor aún, ¿de aplastar a la competencia para el discurso de graduación? ¡Y el pelo largo! ¿Era posible que lo hubiera visto en la antigua ventana de Ali?

*¡Increíble!* Spencer lo miró fijamente, incrédula.

—¿Pasa algo? —preguntó Andrew, con aire preocupado.

—Tengo que irme. —Recogió sus libros y abandonó la sala de lectura.

—Espera —exclamó Andrew.

Spencer siguió caminando. Pero mientras empujaba las puertas de la biblioteca comprendió que no estaba furiosa. Claro que era extraño que Andrew la estuviera espiando, pero si Andrew era A, Spencer estaba a salvo. Fuera lo que fuese lo que Andrew creyera que había averiguado acerca de ella, no era nada... nada en absoluto... comparado con lo que sabía Alison.

Llegó a la puerta de los terrenos comunes en el mismo momento en el que entraba Emily Fields.

—Hola —dijo Emily. Una expresión de nerviosismo surcó su rostro.

—Hola —contestó Spencer.

Emily se ajustó la mochila Nike. Spencer se apartó el flequillo de la cara.  
*¿Cuánto tiempo hacía que no hablaba con Emily?*

—Hace frío, ¿eh? —comentó Emily.

Spencer asintió.

—Sí.

Emily sonrió de una forma que decía: «no sé qué decirte». Entonces otra nadadora, Tracey Reid, la cogió del brazo.

—¿Cuándo tenemos que pagar los bañadores? —preguntó.

Mientras Emily contestaba Spencer se sacudió una inexistente mota de polvo de la americana, preguntándose si podía marcharse por las buenas o tenía que despedirse formalmente de ella. Entonces atrajo su atención algo que Emily llevaba en la muñeca. Todavía llevaba la pulsera de hilo azul de sexto de primaria. Alison había hecho una para cada una después del accidente... de lo de Jenna.

Al principio sólo habían querido gastarles una broma a Toby, el hermano de Jenna; se suponía que iba a ser una gamberrada. Lo planearon las cinco, Ali cruzó la calle para asomarse a la ventana de la casa del árbol de Toby y entonces, cuando lo hicieron, algo... horrible... le sucedió a Jenna.

Después de que la ambulancia se hubiera marchado de la casa de Jenna, Spencer descubrió algo sobre el accidente que las demás no habían averiguado jamás: Toby había visto a Ali, pero ella lo había visto haciendo algo igualmente malo. Toby no podía delatarla, porque entonces Ali lo delataría a él.

Al poco tiempo Ali había confeccionado aquellas pulseras para todas, para recordarles que eran amigas inseparables y que ahora que compartían ese secreto tenían que protegerse unas a otras para siempre. Spencer esperaba que



les contase a las demás que alguien la había visto, pero Ali no lo hizo.

Cuando los policías la interrogaron después de la desaparición de Ali, le preguntaron si tenía enemigos, alguien que la odiase tanto que quisiera hacerle daño. Spencer dijo que Ali era una chica popular y que, como todas las chicas populares, no les caía bien a algunas, pero no eran más que celos.

Era una mentira descarada, por supuesto. Sí que había gente que la odiaba. Spencer sabía que debía contarle a la policía lo que Ali le había confesado acerca de lo de Jenna... que quizá Toby quería hacerle daño... pero ¿cómo iba a decírselo sin explicarles el motivo? Spencer pasaba todos los días delante de la casa de Toby y Jenna. Pero los habían mandado a un internado y casi nunca volvían a casa, de modo que pensaba que su secreto estaba a salvo. Estaban a salvo de Toby. Y ella no tendría que contarles a sus mejores amigas aquello que sólo ella sabía.

Cuando Tracey Reid se despidió Emily se dio la vuelta. Parecía sorprendida de que Spencer todavía estuviese allí.

—Tengo que ir a clase —dijo—. Pero me alegro de haberte visto.

—Adiós —contestó Spencer, y Emily y ella intercambiaron una última sonrisa incómoda.

## Burlarse de su masculinidad es pasarse de la raya

—Parecéis unos vagos. ¡Quiero veros en mejor forma! —gritaba la entrenadora Lauren desde el borde de la piscina.

El jueves por la tarde Emily estaba cabeceando con los demás nadadores en el agua cristalina de la piscina conmemorativa Anderson de Rosewood, escuchando a Lauren Kinkaid, que, aunque aún era joven, anteriormente había sido entrenadora olímpica. La piscina medía veinticinco metros de ancho y cincuenta de largo y disponía de un pequeño foso para los saltos de trampolín. Había enormes tragaluces que iban de un lado a otro de la piscina, de modo que por las noches podían contemplar las estrellas cuando nadaban a espaldas.

Emily se aferró al borde y se ajustó el gorro sobre las orejas. Vale, mejor forma. Hoy tenía que concentrarse mucho.

La noche anterior, después de haber estado en el arroyo con Maya, se había quedado tumbada en la cama durante largo rato, fluctuando entre la dicha y la alegría porque se lo había pasado bien con ella... y el nerviosismo y la preocupación por la confesión que le había hecho. *No sé si me gustan los chicos. Prefiero estar con alguien que se parezca más a mí.* ¿Significaba eso lo que ella creía que significaba?

Cuando pensaba en la vehemencia de Maya en la catarata (por no hablar de las cosquillas y el contacto físico). Emily se ponía nerviosa. Por la noche, cuando volvió a casa, rebuscó en la bolsa de natación la nota de A del día anterior. La leyó una y otra vez, separando las palabras hasta que se le nublaron los ojos.

A la hora de la cena Emily decidió que tenía que concentrarse de nuevo en la natación. Se acabó saltarse los entrenamientos. Se acabó hacer el vago. De ahora en adelante iba a ser una nadadora modelo.

Ben se acercó chapoteando y apoyó las manos en el borde de la piscina.

—Ayer te eché de menos.

—Mmm. —También volvería a empezar con Ben. Con esas pecas, esos penetrantes ojos azules, esa sombra de barba en el mentón y ese cuerpo de nadador perfectamente esculpido, estaba bueno, ¿no? Intentó imaginárselo saltando desde el puente de la pista de Marwyn. ¿Se habría reído o le habría parecido algo inmaduro?

—¿Dónde estuviste? —preguntó Ben, mientras soplaba en las gafas para desempañarlas.

—Dando clases de apoyo de español.

—¿Quieres venir a mi casa después del entrenamiento? Mis padres no

vuelven hasta las ocho.

—Yo... no sé si puedo. —Emily se apartó del borde y empezó a pedalear bajo el agua. Miró fijamente el movimiento desdibujado de las piernas y los pies.

—¿Por qué no? —Ben se apartó del borde para unirse a ella.

—Porque... —No se le ocurría ninguna excusa.

—Sabes que quieres hacerlo —susurró Ben. Cogió un poco de agua con las manos y la salpicó. Maya había hecho lo mismo el día anterior, pero ahora Emily se apartó bruscamente.

Ben dejó de salpicarla.

—¿Qué?

—No hagas eso.

Ben le rodeó la cintura con las manos.

—¿No? ¿No te gusta que te salpiquen? —le preguntó con tono infantil.

Ella le apartó las manos.

—Que no hagas eso.

Ben retrocedió.

—De acuerdo.

Suspirando, Emily fue flotando hasta el otro lado de la calle. Le gustaba Ben, de verdad que sí. A lo mejor sí que debía ir a su casa después de natación. Verían reposiciones de episodios de *American Chopper*, pedirían una pizza en DiSilvio's y Ben le metería mano por debajo del antiestético sujetador deportivo. De pronto se le saltaron las lágrimas. No quería estar sentada en el áspero sofá azul del sótano de Ben, quitándose trocitos de orégano de los dientes y metiéndole la lengua en la boca. No quería.

No era una de esas chicas que sabían disimular. Pero ¿significaba eso que quería romper? Era difícil decidirse sobre un chico que estaba en la misma calle de la piscina, a un metro y medio de distancia.

Su hermana Carolyn, que estaba entrenando en la calle contigua, le dio un golpecito en el hombro.

—¿Va todo bien?

—Sí —balbució Emily, mientras cogía una tabla azul.

—Vale. —Parecía que Carolyn deseaba decir algo más. El día anterior, después de la excursión al arroyo con Maya, Emily había entrado derrapando en el aparcamiento con el Volvo justo a tiempo de verla salir por las puertas dobles del club de natación. Cuando Carolyn le preguntó dónde había estado Emily le dijo que había tenido que dar clases de apoyo de español. Parecía que Carolyn se lo había creído, aunque tenía el pelo mojado y el coche emitía un extraño tic; algo que sólo hacía cuando se estaba enfriando tras un desplazamiento.

Aunque las dos hermanas se parecían (ambas tenían grandes pecas en la nariz y el cabello de color caoba desteñido por el cloro y tenían que ponerse abundante máscara de Maybelline Great Lash para alargar sus cortas pestañas)

y compartían la habitación, no estaban muy unidas. Carolyn era una chica silenciosa, recatada y obediente; Emily también lo era, pero Carolyn parecía verdaderamente satisfecha de serlo.

La entrenadora Lauren tocó el silbato.

—¡Es hora de patear! ¡Poneos en fila!

Los nadadores se pusieron en fila, desde los más rápidos a los más lentos, con las tablas delante de ellos. Ben estaba delante de Emily. La miró y enarcó una ceja.

—No puedo ir esta noche —susurró ella, para que no la oyeran los demás nadadores, que se habían reunido detrás de ella para burlarse del falso bronceado de Gemma Curran que se había echado a perder—. Lo siento.

Los labios de Ben formaron una línea recta.

—Ya. Menuda sorpresa. —Cuando Lauren tocó el silbato, Ben tomó impulso contra la pared y empezó a dar patadas de delfín. Emily esperó nerviosamente hasta que Lauren volvió a tocar el silbato y salió en pos de Ben.

Mientras nadaba, Emily miraba fijamente el movimiento de las piernas de Ben. Le parecía una tontería que se hubiera puesto gorro, pues llevaba el pelo corto. Además, antes de las carreras adoptaba una conducta tan obsesivo compulsiva que se afeitaba todo el vello del cuerpo, hasta el de los brazos y las piernas. Ahora estaba chapoteando aparatosamente con los pies, salpicándola directamente en la cara. Emily, furiosa, observó la cabeza que se movía delante de ella y tomó más impulso con las piernas.

Aunque había salido cinco segundos después, Emily llegó al otro extremo de la piscina casi al mismo tiempo que Ben. Este se volvió enfurecido hacia ella. El protocolo del equipo de natación estipulaba que aunque uno fuera una gran estrella tenía que dejar pasar al siguiente si este le tocaba los pies durante una serie. Pero Ben volvió a darse impulso contra el borde de la piscina.

—¡Ben! —exclamó Emily; su tono traslucía irritación.

Ben se detuvo en el extremo menos profundo y se dio la vuelta.

—¿Qué?

—Déjame pasar.

El gesto de Ben ya no podía ocultar su enojo, volvió a sumergirse.

Emily tomó impulso contra el borde y pateó frenéticamente hasta que lo alcanzó. Ben llegó al otro extremo y se dio la vuelta para hacerle frente.

—¿Quieres dejarme en paz? —vociferó prácticamente.

Emily se echó a reír.

—¡Se supone que tienes que dejarme pasar!

—A lo mejor si no salieras encima de mí, no estarías encima de mí.

Emily se burló.

—No puedo evitar ser más rápida que tú.

Ben se quedó boquiabierto. *Ups.*

Emily se lamió los labios.

—Ben...

—No. —Alzó la mano—. Tú nada lo más deprisa que puedas, ¿vale? — Arrojó las gafas a la cubierta, pero rebotaron con un efecto inesperado y aterrizaron de nuevo en el agua, errando apenas el hombro artificialmente bronceado de Gemma.

—Ben...

Este la fulminó con la mirada, se volvió y salió de la piscina.

—Me da igual.

Emily lo siguió con la mirada mientras empujaba violentamente la puerta del vestuario de los chicos.

Meneó la cabeza, observando la puerta que se bamboleaba lentamente de un lado a otro. Entonces se acordó de lo que Maya había dicho el día anterior.

—Que le den por culo al mundo —murmuró tentativamente, y sonrió.

### No confíes en una invitación sin remitente

—Entonces ¿vas a venir esta noche? —Hanna se puso la BlackBerry en la otra oreja para esperar la respuesta de Sean.

Era un jueves después de clase. Mona y ella habían quedado para tomar un capuchino en el campus, pero Mona había tenido que marcharse pronto para practicar su *drive* de cara al torneo de golf de madres e hijas en el que iba a participar el fin de semana. Ahora Hanna estaba sentada en el porche delantero, hablando con Sean y observando a las gemelas de seis años de los vecinos, que estaban dibujando con tiza chicos desnudos con una anatomía sorprendentemente correcta por todo el camino de entrada.

—No puedo —contestó Sean—. Lo siento mucho.

—Pero los jueves son noche de *Nerve*; ¡ya lo sabes!

Hanna y Sean estaban enganchados al reality show *Nerve*, que documentaba la vida de cuatro parejas que se habían conocido a través de internet. El programa de aquella noche era extremadamente importante, puesto que Nate y Fiona, los dos personajes favoritos de ambos, estaban a punto de hacerlo. Hanna confiaba en que eso fuera al menos el principio de una conversación.

—Yo... tengo una reunión esta noche.

—¿Una reunión de qué?

—Ah... del club Uve.

Hanna se quedó boquiabierta. ¿El club Uve? ¿Querría decir el club de la virginidad?

—¿No puedes saltártela?

Sean guardó silencio durante un minuto.

—No.

—Bueno, ¿por lo menos irás a casa de Noel mañana?

Otra pausa.

—No lo sé.

—¡Sean! ¡Tienes que ir! —chilló.

—De acuerdo —contestó él—. Supongo que Noel se cabreará si no voy.

—Yo también me cabrearé —añadió Hanna.

—Ya lo sé. Hasta mañana.

—Sean, espera... —empezó Hanna. Pero Sean ya había colgado.

Hanna abrió la puerta de la calle. Sean tenía que asistir a la fiesta del día siguiente. Había trazado un plan romántico infalible: pensaba llevarlo al bosque de Noel, donde ambos se confesarían el amor que se profesaban y se acostarían.

El club Uve no podía oponerse a que se acostaran si estaban enamorados, ¿verdad? Además, el bosque de los Kahn era legendario. Lo llamaban el bosque de la Virilidad, porque muchos chicos habían perdido la virginidad en él durante las fiestas de los Kahn. Se rumoreaba que los árboles les susurraban secretos sexuales a los nuevos reclutas.

Se detuvo frente al espejo del pasillo y se levantó la camisa para inspeccionar los apretados abdominales. Se volvió hacia un lado para observar el trasero pequeño y redondo. A continuación se inclinó hacia delante para mirarse el cutis. Las rojeces del día anterior habían desaparecido. Enseñó los dientes. Uno de los incisivos inferiores se superponía a uno de los caninos. ¿Habrían estado siempre así?

Arrojó encima de la mesa de la cocina el bolso de piel dorada con asas gruesas y abrió la puerta del congelador. Su madre no compraba Ben & Jerry's, de modo que tendría que arreglárselas con los falsos sándwiches de helado Toffuti Cutie que contenían un cincuenta por ciento menos de azúcar. Sacó tres y se dispuso a desenvolver ávidamente el primero. En cuanto le dio un mordisco sintió el impulso familiar de seguir comiendo.

—Toma, Hanna, cómete otro profiterol —le había susurrado Ali el día que fueron a Anápolis a visitar a su padre. A continuación Ali se volvió hacia Kate, la hija de la novia del señor Marin, y comentó—: Hanna tiene mucha suerte... ¡Puede comer lo que le dé la gana y no engorda ni un solo kilo!

No era cierto, por supuesto. Por eso había sido tan cruel. Hanna ya estaba rolliza y al parecer no dejaba de engordar. Kate se rio entre dientes y Ali, que supuestamente estaba del lado de Hanna, también se rio.

—Te he comprado una cosa.

Hanna dio un respingo. Su madre estaba sentada ante la mesilla del teléfono con un sujetador deportivo Champion de color rosa chillón y pantalones de yoga negros.

—Ah —musitó Hanna.

La señorita Marin la observó atentamente y sus ojos se posaron sobre los sándwiches de helado que tenía en las manos.

—¿De verdad necesitas tres?

Hanna bajó la vista. Había engullido un sándwich en menos de diez segundos, sin apenas saborearlo, y ya había desenvuelto el segundo.

Sonrió débilmente a su madre y se apresuró a meter los Cuties restantes de nuevo en el congelador. Cuando se dio la vuelta su madre depositó una bolsita azul de Tiffany's encima de la mesa. Hanna la miró con aire interrogativo.

—¿Y esto?

—Ábrelo.

Dentro había una cajita azul de Tiffany's que contenía el juego completo de pasadores: la pulsera de abalorios y los pendientes de plata redondos, así como el

collar. Exactamente lo mismo que había tenido que devolverle a la dependienta de Tiffany's en la comisaría. Cuando Hanna los cogió relucieron a la luz del techo.

—Vaya.

La señorita Marin se encogió de hombros.

—De nada. —A continuación, para señalar que la conversación había terminado, se retiró al estudio, desenrolló la esterilla de yoga morada y puso el *deuvédé* de power yoga.

Hanna, confusa, guardó poco a poco los pendientes en la bolsa. Su madre era rarísima. En ese momento reparó en un sobre cuadrado de color crema que descansaba en la mesilla del teléfono. Habían mecanografiado con letras mayúsculas el nombre y la dirección de Hanna. Una invitación a una fiesta guay era exactamente lo que le hacía falta para animarse.

«Aspira por la nariz y espira por la boca», aconsejaba el yogui con tono tranquilizador desde la televisión del estudio. La señorita Marin estaba de pie con los brazos descansando plácidamente a ambos lados del cuerpo. Ni siquiera se movió cuando la BlackBerry entonó *El vuelo del moscardón*, lo que significaba que había recibido un correo electrónico. Ese era su momento.

Hanna cogió el sobre y subió a su habitación. Se sentó en la cama con dosel, acarició los bordes de las sábanas de un billón de hebras por centímetro cuadrado y sonrió a Punto, que estaba durmiendo apaciblemente en su camita para perros.

—Ven aquí, Punto —susurró. Punto se estiró y se encaramó perezosamente a sus brazos. Hanna exhaló un suspiro. A lo mejor sufría el síndrome premenstrual y aquella inquietante sensación de que el mundo se estaba desplomando sobre ella se desvanecería al cabo de unos días.

Rasgó el sobre con la uña y frunció el ceño. No era una invitación; además, la nota no tenía ningún sentido.

Hanna:

¡No te quiere ni tu padre! —A.

¿Qué significaba eso? Pero cuando desdobló la página adjunta que había en el sobre profirió un chillido.

Se trataba de una impresión en color de una hoja informativa de una escuela privada. Hanna observó los rostros familiares de la fotografía. En el pie de foto se podía leer: «Kate Randall fue la portavoz de la escuela Barnbury en el evento benéfico. Aquí la vemos con su madre, Isabel Randall, y el prometido de la señorita Randall, Tom Marin».

Hanna pestañeó rápidamente. Su padre tenía el mismo aspecto que la última vez que se habían visto. Y, aunque se le paró el corazón cuando leyó la palabra



«prometido» (¿desde cuándo?), lo que le produjo desazón fue la imagen de Kate. Estaba más perfecta que nunca. Tenía el cutis reluciente y el cabello precioso. Rodeaba alegremente con los brazos a su madre y al señor Marin.

Hanna jamás olvidaría la primera vez que la vio. Ali y Hanna acababan de apearse del tren de Amtrak<sup>[5]</sup> en Anápolis, y al principio Hanna sólo vio a su padre apoyado en el capó de su coche. Pero entonces se abrió la portezuela y salió Kate. Tenía una cabellera castaña lacia y reluciente y el porte de las chicas que asisten a clases de ballet desde los dos años. El primer impulso de Hanna fue ocultarse detrás de un poste. Observó sus pantalones vaqueros ajustados y su jersey de cachemira estirado y trató de no hiperventilar. *Por eso se fue mi padre, pensó. Quería una hija de la que no se avergonzase.*

—Ay, Dios mío —murmuró, mientras examinaba el sobre en busca del remitente. Nada. Entonces se le ocurrió una cosa. La única que sabía realmente lo de Kate era Alison. Sus ojos se posaron sobre la «A» de la nota.

El Tofutti Cutie borboteó en su estómago. Fue corriendo al baño y cogió el cepillo de dientes extra del vaso de cerámica que había junto al lavabo. Se arrodilló sobre el retrete y esperó. Las lágrimas le afloraron en las comisuras de los ojos. *No empieces otra vez*, se dijo, aferrando con fuerza el cepillo junto al cuerpo. *Estás por encima de esto.*

Hanna se levantó y se miró fijamente en el espejo. Se había ruborizado y tenía el pelo desordenado alrededor de la cara y los ojos rojos e hinchados. Lentamente volvió a dejar el cepillo de dientes en el vaso.

—Soy Hanna y soy fabulosa —le dijo a su reflejo.

Pero no sonaba convincente. Ni lo más mínimo.

## Patos y gansos

—Vale. —Aria se apartó el flequillo de los ojos con un soplido—. En esta escena tienes que ponerte un colador en la cabeza y hablar sin parar sobre un hijo que no tenemos.

Noel frunció el ceño y se puso el dedo pulgar sobre el arco que formaba sus labios rosados.

—¿Por qué tengo que ponerme un colador en la cabeza, Finlandia?

—Porque esto es teatro del absurdo —contestó Aria—. Se supone que tiene que ser absurdo.

—Entendido. —Noel sonrió. Era viernes por la mañana y ambos estaban sentados en los pupitres del aula de literatura. Después de la debacle de *Esperando a Godot* del día anterior, Ezra les había encargado que se dividieran en grupos y escribieran sus propias obras existencialistas. «Existencialista» era otra manera de decir «insensato y disparatado». Y si había alguien que podía comportarse de forma insensata y disparatada era Aria.

—Se me ha ocurrido una cosa realmente absurda —dijo Noel—. Que uno de los personajes tenga un Navigator y después de tomarse un par de cervezas se caiga en un estanque de patos. Pero como se ha quedado dormido al volante no se da cuenta de que está en un estanque de patos hasta el día siguiente. Podríamos meter patos en el Navigator.

Aria frunció el ceño.

—¿Cómo vamos a escenificar todo eso? Parece imposible.

—No lo sé. —Noel se encogió de hombros—. Pero a mí me pasó el año pasado. Fue completamente absurdo. Y muy gay.

Aria suspiró. No había escogido a Noel como compañero porque creyera que sería un buen coautor exactamente. Miró alrededor buscando a Ezra, pero por desgracia no los estaba observando, presa de un ataque de celos.

—¿Y si uno de los personajes cree que es un pato? —sugirió—. Puede hacer cuac de vez en cuando.

—Ah, claro. —Noel lo anotó en una hoja de papel rayado con una pluma Montblanc mordisqueada—. Oye, a lo mejor lo podemos filmar con la cámara Canon DV de mi padre. Y hacer una película en lugar de una obra aburrida.

Aria hizo una pausa.

—La verdad es que eso molaría bastante.

Noel sonrió.

—¡Entonces podemos conservar la escena del Navigator!

—Supongo que sí. —Aria se preguntó si los Kahn podían disponer de un Navigator para que lo estrellaran. Probablemente sí.

Noel le dio un codazo a Mason Byers, que formaba pareja con James Freed.

—Tío. ¡Vamos a meter un Navigator en la obra! ¡Y fuegos artificiales!

—Espera. ¿Fuegos artificiales? —preguntó Aria.

—¡Qué guay! —exclamó Mason.

Aria apretó con fuerza los labios. Sinceramente, no tenía energías para esto. La noche anterior apenas había pegado ojo. Atormentada por el críptico mensaje del día anterior, se había pasado la mitad de la noche pensando y tejiendo frenéticamente un gorro morado con orejeras.

Le horrorizaba que alguien supiera no sólo lo suyo con Ezra sino también lo de su padre. ¿Y si A le mandaba mensajes a su madre? ¿Y si ya lo había hecho? Aria no quería que su madre se enterase; no ahora, ni de esa forma.

Tampoco dejaba de pensar en que quizá el mensaje de A fuera realmente de Alison. No había muchas personas que supieran aquello. Tal vez algunos miembros del claustro y Meredith, evidentemente. Pero no la conocían a ella.

Si el mensaje era de Alison, eso significaba que estaba viva. O... no. ¿Y si los mensajes eran del fantasma de Ali? Un fantasma podría haberse colado fácilmente a través de las rendijas del cuarto de baño de señoras de Snooker's. Y a veces los espíritus de los muertos se ponían en contacto con los vivos para enmendarse, ¿no? Era como su última tarea antes de graduarse en el cielo.

Pero si Ali tenía que enmendarse a Aria se le ocurría una candidata que lo merecía más que ella. Jenna, por ejemplo. Aria se tapó los ojos con las manos, bloqueando el recuerdo. A la mierda la terapia que afirmaba que había que enfrentarse a los demonios: ella procuraba bloquear lo de Jenna tanto como lo de su padre con Meredith.

Aria suspiró. En momentos como ese lamentaba haberse distanciado de sus antiguas amigas. Por ejemplo Hanna, que se hallaba a escasos pupitres de distancia; ojalá hubiera podido acercarse a ella, contárselo y hacerle preguntas acerca de Ali. Pero era cierto que el tiempo cambiaba a las personas. Se preguntó si resultaría más fácil hablar con Spencer o Emily.

—Hola.

Aria se incorporó. Ezra estaba delante de su pupitre.

—Hola —contestó con voz chillona.

Miró sus ojos azules y se le rompió el corazón.

Ezra se inclinó torpemente sobre las caderas.

—¿Cómo estás?

—Eh, estoy... muy bien. Estupendamente. —Se incorporó en la silla. Durante el vuelo de regreso de Islandia había leído en un ejemplar de la revista *Seventeen* que había encontrado en el bolsillo del asiento que a los chicos les gustaban las chicas positivas y entusiastas. Y como el intelecto no había funcionado el día

anterior, ¿por qué no probar con el buen humor?

Ezra apretó dos veces el pulsador del bolígrafo Bic.

—Oye, perdona por haberte cortado ayer en mitad de la disertación. ¿Quieres darme los apuntes para que les eche un vistazo y te ponga nota?

—Vale. —*Mira por dónde.* ¿Haría lo mismo por los demás alumnos?—.

Bueno... ¿cómo estás tú?

—Bien. —Ezra sonrió. Se le contrajeron los labios como si quisiera añadir algo—. ¿En qué estás trabajando? —Apoyó las manos en el pupitre y se inclinó para mirar el cuaderno de Aria. Esta le miró brevemente las manos y puso el dedo meñique al lado del suyo. Intentó que pareciese un accidente, pero Ezra no se apartó. Parecía que brotaba una corriente eléctrica entre los dos dedos.

—¡Señor Fitz! —Devon Arliss levantó bruscamente la mano en la última fila—. Tengo una pregunta.

—Ahora mismo voy —dijo Ezra, irguiéndose.

Aria se llevó a la boca el dedo que había tocado el de Ezra. Lo observó durante unos instantes, pensando que a lo mejor volvía con ella, pero no lo hizo.

Pues bueno. Retomó el plan C, de celos. Se volvió hacia Noel.

—Me parece que debería haber una escena de sexo en la película.

Aunque lo anunció a grandes voces, Ezra siguió inclinado sobre el pupitre de Devon.

—Qué guay —dijo Noel—. ¿El tío que se cree un pato moja?

—*Sip.* Con una mujer que besa como un ganso.

Noel se rio.

—¿Y cómo besa un ganso?

Aria se volvió hacia el pupitre de Devon. Ezra se había vuelto hacia ellos. Bien.

—Así. —Se inclinó hacia delante y le plantó un beso en la mejilla. Sorprendentemente, Noel olía bastante bien. A crema de afeitar Blue Eagle de Kiehl.

—Mola —musitó Noel.

El resto de la clase era un hervidero de actividad; nadie se había percatado del beso de ganso, pero Ezra, que aún estaba junto al pupitre de Devon, se había quedado petrificado.

—Oye, ¿sabías que celebros una fiesta esta noche? —Noel le puso la mano en la rodilla.

—Sí, algo había oído.

—Pues deberías venir. Va a haber mucha cerveza. Y otras cosas... como escocés. ¿Te gusta el escocés? Mi padre tiene una colección, así que...

—Me encanta el escocés. —Aria sintió que los ojos de Ezra le quemaban en la espalda. Acto seguido se inclinó hacia Noel y añadió—: Claro que iré a la fiesta de esta noche.

A juzgar por la pluma que se le cayó de la mano y retumbó en el suelo, no era difícil suponer que Ezra los había oído.

### ¿Dónde está la Emily de siempre y qué has hecho con ella?

—¿Vas a ir luego a la fiesta de los Kahn? —preguntó Carolyn mientras enfilaba el camino de entrada de los Fields con el coche.

Emily se pasó un peine por el cabello mojado.

—No lo sé. —En el entrenamiento de hoy Ben y ella no se habían dicho ni dos palabras, de modo que no estaba lo que se dice segura de ir con él—. ¿Y tú?

—No lo sé. A lo mejor voy a Applebee's con Topher.

Por supuesto que a Carolyn le costaría decidirse entre una fiesta el viernes por la noche y Applebee's.

Cerraron las puertas del Volvo y recorrieron el camino de piedras que desembocaba en la casa de estilo colonial de los Fields, que tenía treinta años y no era tan grande ni ostentosa como la mayoría de los edificios de Rosewood. La pintura azul de las tejas se estaba descascarillando un poco y habían desaparecido algunas piedras del camino. El mobiliario del porche tenía un aire un tanto anticuado.

Su madre las recibió en la puerta de la calle, sosteniendo el teléfono inalámbrico.

—Emily, tengo que hablar contigo.

Emily miró a Carolyn, que agachó la cabeza y subió corriendo las escaleras. *Oh, oh.*

—¿Qué pasa?

Su madre se alisó los pantalones plisados grises con las manos.

—He hablado por teléfono con la entrenadora Lauren. Me ha dicho que parece que estás pensando en otras cosas en lugar de concentrarte en la natación. Y... que no fuiste al entrenamiento del miércoles.

Emily tragó saliva dificultosamente.

—Estaba dando clases de apoyo de español a unos chicos.

—Eso es lo que me dijo Carolyn. Así que he llamado a la señorita Hernández.

Emily se miró fijamente las Vans verdes. La señorita Hernández era la profesora de español que estaba a cargo de las clases de apoyo.

—No me mientas, Emily. —La señora Fields frunció el ceño—. ¿Dónde estuviste?

Emily entró en la cocina y se desplomó en una silla. Su madre era una persona razonable. Podían discutir aquello.

Juguetéo con el aro de plata que llevaba en la oreja. Hacía unos años Ali le había pedido que la acompañase al Palacio del Piercing para que le perforasen el

ombbligo y ambas habían acabado haciéndose sendos *piercings* a juego en la oreja. Emily seguía llevando el mismo aro de plata. Después Ali le había comprado unas orejeras de leopardo para ocultar las pruebas. Emily seguía poniéndoselas en los días más fríos del invierno.

—Mira —dijo al fin—. Estaba con esa chica nueva, Maya. Es muy simpática. Somos amigas.

Su madre parecía confusa.

—¿Por qué no hicisteis algo después del entrenamiento o el sábado?

—A mí me parece que no es para tanto —repuso Emily—. He faltado un día. Nadaré el doble este fin de semana... te lo prometo.

Su madre frunció los finos labios formando una línea recta y tomó asiento.

—Pero Emily... no lo entiendo. Cuando te matriculaste en natación este curso te comprometiste. No puedes salir corriendo con tus amigas cuando tienes que estar nadando.

Emily la detuvo.

—¿Que me matriculé en natación? Lo dices como si hubiera tenido elección.

—¿Qué te pasa? Empleas un tono extraño; mientes acerca de dónde has estado. —Su madre agitó la cabeza—. ¿A qué vienen esas mentiras? Nunca me habías mentido.

—Mamá... —Emily se interrumpió; estaba extenuada. Quería señalar que, en efecto, le había mentido muchas veces. Aunque había sido la buena chica entre sus amigas de primero, había hecho toda clase de cosas de las que su madre jamás se había enterado.

Al poco de la desaparición de Ali, Emily había temido que de algún modo... cósmico... hubiera sido culpa suya, que quizá la hubieran castigado por haber desobedecido en secreto a sus padres. Por haberse hecho ese *piercing*. Por lo de Jenna. Desde entonces había procurado ser perfecta y hacer todo lo que le decían sus padres. Se había convertido en una hija modelo por dentro y por fuera.

—Me gusta saber lo que te pasa —dijo su madre.

Emily apoyó ambas manos en uno de los manteles individuales, recordándose que se había convertido en una versión de sí misma que no era realmente ella. Ali no había desaparecido porque ella hubiera desobedecido a sus padres; ahora lo comprendía. Y, así como no se imaginaba sentada en el áspero sofá de Ben ni sintiendo su pegajosa lengua en el cuello, tampoco se veía los dos años siguientes de instituto (y cuatro de universidad) en una piscina durante horas todos los días. ¿Por qué no podía ser... ella misma? ¿No emplearía mejor el tiempo estudiando o, Dios no lo quisiera, divirtiéndose?

—Si quieres que te diga lo que me pasa —empezó Emily, apartándose el cabello de la cara. Respiró hondo—, me parece que no quiero seguir nadando.

La señora Fields sufrió una contracción nerviosa en el ojo derecho y

entreabrió levemente los labios. A continuación se volvió hacia el frigorífico, contemplando los imanes de gallinas que había en el congelador. No dijo una sola palabra, pero le temblaron los hombros. Finalmente se dio la vuelta. Tenía los ojos ligeramente enrojecidos y sus facciones parecían flácidas, como si hubiera envejecido diez años en apenas unos instantes.

—Voy a llamar a tu padre. Él te hará entrar en razón.

—Ya lo he decidido. —En cuanto lo dijo comprendió que, en efecto, lo había hecho.

—No es cierto. No sabes lo que te conviene.

—¡Mamá! —De pronto Emily sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Le daba miedo y le entristecía que su madre se enfadara con ella. Pero ahora que había tomado aquella decisión sentía que finalmente le habían permitido quitarse un chaquetón de plumas en medio de una ola de calor.

A su madre le tembló la boca.

—¿Es por esa nueva amiga tuya?

Emily se encogió y se secó la nariz.

—¿Qué? ¿Quién?

La señora Fields suspiró.

—La chica que se ha instalado en la casa de los DiLaurentis. Te saltaste el entrenamiento para estar con ella, ¿no? ¿Qué hicisteis?

—Nosotras... sólo fuimos a la pista —murmuró Emily—. Y hablamos.

Su madre bajó la vista.

—Me dan mala espina las chicas... como ella.

*Espera. ¿Qué?* Emily miró fijamente a su madre. Ella... ¿lo sabía? Pero ¿cómo? Su madre ni siquiera había conocido a Maya. A menos que una pudiera saberlo con sólo mirarla.

—Pero si Maya es muy simpática —consiguió articular Emily—. Me había olvidado de decírtelo, pero me dijo que los *brownies* estaban riquísimos. Me pidió que te diera las gracias.

Su madre apretó los labios.

—Fui a su casa. Intentaba ser una buena vecina. Pero esto... es demasiado. No es una buena influencia para ti.

—Yo no...

—Por favor, Emily —la interrumpió su madre.

A Emily se le atascaron las palabras en la garganta.

Su madre exhaló un suspiro.

—Es que hay muchas diferencias culturales entre... vosotras... y además, no entiendo qué es lo que tienes en común con ella. Y no sabemos nada de su familia. ¿Quién sabe en qué podrían andar metidos?

—Espera, ¿qué? —Emily se quedó mirando a su madre. ¿La familia de Maya? Que ella supiera, el padre de Maya era ingeniero civil y su madre



trabajaba de enfermera. Su hermano estaba en segundo de bachillerato en Rosewood y era un prodigio del tenis; le estaban construyendo una cancha de tenis en el patio trasero. ¿Qué tenía que ver su familia con todo aquello?

—Es que no me fio de esa gente —prosiguió su madre—. Ya sé que parece muy retrógrado, pero así es.

El cerebro de Emily frenó con un chirrido. Su familia. Diferencias culturales. ¿Esa gente? Repasó lo que acababa de decir su madre. *Ay, Dios mío.*

La señora Fields no estaba molesta porque creyera que Maya era gay. Estaba molesta porque Maya y el resto de su familia eran negros.

## Picante

El viernes por la tarde Spencer estaba tumbada en la cama de arce con dosel que habían instalado en medio de su nuevo y flamante dormitorio en el granero reformado con los riñones embadurnados de Icy Hot, contemplando las hermosas vigas del techo. Nadie habría dicho que hacía cincuenta años en aquel granero dormían vacas. La estancia era inmensa y tenía cuatro ventanas gigantescas y un pequeño patio. Había trasladado allí todas sus cajas y sus muebles la noche anterior después de la cena. Había organizado todos sus libros y cedés en función de los autores y los artistas, había instalado los altavoces *surround* y hasta había reprogramado la televisión por cable de acuerdo con sus preferencias, incluyendo sus nuevos programas favoritos de BBC America. Era perfecto.

A excepción, por supuesto, de los calambres en la espalda. Le dolía todo el cuerpo como si hubiera hecho puenting sin cuerda. Ian las había obligado a correr cinco kilómetros (al esprin) seguidos de ejercicios de entrenamiento. Las chicas hablaban de lo que iban a ponerse para la fiesta que Noel celebraba aquella noche, pero después de aquel infernal entrenamiento Spencer estaba encantada de quedarse en casa haciendo los deberes de cálculo. Sobre todo ahora que su casa era una pequeña utopía en el granero.

Spencer cogió el tarro de Icy Hot y se dio cuenta de que estaba vacío. Se incorporó poco a poco y se puso la mano en la espalda como una anciana. Tendría que ir a la casa principal a por más. Le encantaba llamarla la casa principal. Le parecía terriblemente adulto.

Mientras atravesaba el extenso y sinuoso jardín dejó que sus pensamientos regresaran a uno de sus temas favoritos *du jour*, Andrew Campbell. Sí, era un alivio que A fuese Andrew y no Ali y, en efecto, se sentía un billón de veces mejor y un trillón de veces menos paranoica que el día anterior, pero, no obstante, ¡qué espía tan horrible y fisgón! ¿Cómo se atrevía a hacerle preguntas tan intrusivas y entrometidas en la sala de lectura y escribirle un correo electrónico tan siniestro? Y todo el mundo creía que era dulce e inocente, con esa corbata perfectamente anudada y el cutis luminoso; probablemente eran de los que llevaban Cetaphil al instituto y se lavaban después de la clase de educación física. Un bicho raro.

Al cerrar la puerta del cuarto de baño de arriba encontró un tarro de Icy Hot en el armario, se bajó los pantalones de chándal Nuala Puma, se retorció para verse en el espejo y se dispuso a untarse la espalda y los tendones de las corvas

con la pomada. El hedor mentolado de Icy Hot impregnó la habitación al instante y Spencer cerró los ojos.

De pronto se abrió la puerta. Spencer trató de subirse los pantalones lo más deprisa posible.

—Ay, Dios mío —exclamó Wren, con los ojos desorbitados—. Yo... mierda. Lo siento.

—No pasa nada —dijo Spencer, mientras trataba de atarse la cinturilla de los pantalones.

—Todavía estoy desorientado en esta casa... —Wren llevaba el uniforme azul del hospital, que consistía en una camisa holgada de cuello de pico y pantalones anchos atados por la cintura. Parecía que estaba a punto de meterse en la cama—. Creía que esta era nuestra habitación.

—Pasa constantemente —le aseguró Spencer, aunque era evidente que no.

Wren se detuvo en la puerta. Spencer sintió que la estaba mirando y bajó apresuradamente la vista para asegurarse de que no se le hubiera salido un pecho ni tuviera un pegote de Icy Hot en el cuello.

—Bueno, ejem, ¿qué tal el granero? —preguntó Wren.

Spencer sonrió y se tapó tímidamente la boca. El año anterior había ido al dentista para que le blanquearan los dientes, pero se los habían dejado un poco demasiado blancos. Tenía que oscurecerlos deliberadamente bebiendo toneladas de café.

—Estupendo. ¿Qué tal la antigua habitación de mi hermana?

Wren sonrió irónicamente.

—Ah. Es bastante... rosa.

—Sí. Con todas esas cortinas con volantes —añadió Spencer.

—Además, he encontrado un cedé escalofriante.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—*El fantasma de la ópera*. —Hizo una mueca.

—Pero ¿no te gustaba el teatro? —farfulló Spencer.

—Bueno, Shakespeare y cosas así. —Wren enarcó una ceja—. ¿Cómo lo sabes?

Spencer palideció. Habría sido un poco raro decirle que lo había investigado en Google. Se encogió de hombros y se apoyó en la encimera. Sintió un estallido de dolor lacerante en los riñones y torció el gesto.

Wren titubeó.

—¿Qué te pasa?

—Ah, ya sabes. —Spencer se reclinó sobre el lavabo—. Otra vez el hockey sobre hierba.

—¿Qué has hecho esta vez?

—Me ha dado un tirón. ¿No ves el Icy Hot? —Al tiempo que sujetaba una toalla cogió el tarro, se echó un poco de pomada en la palma de la mano y se la

metió en los pantalones para frotarse la corva. Profirió un leve gemido que esperaba que pareciera voluptuoso. De acuerdo, que la demandasen por ser un poquito melodramática.

—¿Necesitas ayuda?

Spencer titubeó. Pero Wren parecía sinceramente preocupado. Y torcerse la espalda de esa forma era insoportable (bueno, doloroso, en todo caso), aunque lo hiciera a propósito.

—Si no te importa —asintió suavemente—. Gracias.

Spencer cerró un poco más la puerta con el pie y le puso en la mano el pegote de Icy Hot que tenía en la suya. Las grandes manos de Wren resultaban sensuales embadurnadas de pomada. Spencer atisbó las figuras de ambos en el espejo y se estremeció. Hacían una pareja estupenda.

—¿Dónde te duele? —preguntó Wren.

Spencer se lo mostró. El músculo estaba justo debajo del trasero.

—Espera —murmuró. Asió una toalla, se envolvió con ella y se quitó los pantalones. Señaló el punto donde le dolía, indicándole que metiese la mano bajo la toalla.

—Pero, ejem, procura no manchar demasiado la toalla —le advirtió—. Le supliqué a mi madre que las pidiera especialmente a Francia hace un par de años y se estropean con Icy Hot. El olor no se quita lavándolas.

Oyó que Wren sofocaba una risita y se puso tensa. ¿Le habría parecido demasiado estricta, como Melissa?

Wren se echó hacia atrás el cabello lacio con la mano desprovista de pomada y se arrodilló para untarle la piel con Icy Hot. Metió ambas manos bajo la toalla y describió círculos lentamente sobre los músculos. Se levantó pero no se apartó de ella. Spencer sintió su aliento en el hombro y luego en la oreja. Le parecía que la piel le brillaba y le quemaba.

—¿Te sientes mejor? —murmuró Wren.

—Es maravilloso. —Tal vez sólo lo hubiera pensado, no estaba segura.

*Debería hacerlo, se dijo. Debería besarlo.* Wren ejerció más presión sobre su espalda con las manos, hundiendo un poco las uñas. Spencer sintió una gran agitación en el pecho.

Sonó el teléfono del vestíbulo.

—¿Wren, cariño? —exclamó la madre de Spencer desde la planta baja—. ¿Estás arriba? Melissa pregunta por ti.

Wren se echó hacia atrás de un brinco. Spencer dio un respingo hacia delante y se estrechó con la toalla. Wren se limpió rápidamente el Icy Hot de las manos con otra toalla. Spencer estaba demasiado aterrorizada para decirle que no lo hiciera.

—Ah —murmuró Wren.

Spencer apartó la vista.

—Deberías...

—Sí.

Wren abrió la puerta.

—Espero que haya funcionado.

—Sí, gracias —murmuró ella, mientras cerraba la puerta a sus espaldas. A continuación se apoyó en el lavabo y contempló su reflejo.

Algo se estremeció en el espejo y durante un instante creyó que había alguien junto a la ducha. Pero no era más que el revoloteo de la cortina agitada por la brisa que entraba por la ventana abierta. Spencer se volvió de nuevo hacia el lavabo.

Habían derramado algunos pegotes de Icy Hot en la encimera. La pomada era blanca y pegajosa como el glaseado. Spencer escribió el nombre de Wren con el dedo índice. Luego dibujó un corazón a su alrededor.

Spencer consideró dejarlo como estaba. Pero cuando oyó que Wren atravesaba ruidosamente el vestíbulo y decía «Hola, mi amor. Te he echado de menos» frunció el ceño y lo borró con la mano.

## Lo único que le hace falta a Emily es un sable de luz y un casco negro

Estaba oscureciendo cuando Emily subió al Jeep Cherokee verde de Ben.

—Gracias por convencer a mis padres de que no me castiguen hasta mañana.

—No hay problema —contestó Ben. No la saludó con un beso. Y estaba escuchando a Fall Out Boy a todo volumen, aunque sabía que Emily los odiaba.

—Están bastante cabreados conmigo.

—Eso me han dicho. —No apartó la mirada de la carretera.

Era interesante que no le preguntara el motivo. Quizá ya lo supiera. Para sorpresa de Emily, su padre había entrado en su habitación anteriormente y le había advertido:

—Ben te recogerá dentro de veinte minutos. Prepárate. —*Vale*. Emily creía que la habían castigado para toda la vida por haber renegado de los Dioses de la natación, pero le daba la impresión de que realmente querían que saliera con Ben. Quizá la hiciera entrar en razón.

Emily exhaló un suspiro.

—Perdona lo del entrenamiento de ayer. Estoy un poco estresada.

Ben bajó el volumen al fin.

—No pasa nada. Estás confusa.

Emily se lamió los labios, que acababa de untarse de vaselina. ¿Confusa? ¿Sobre qué?

—Te perdono por esta vez —añadió Ben. Alargó la mano y le estrechó la suya.

Emily se puso en tensión. ¿Por esta vez? ¿Y no debía decir que él también lo sentía? Después de todo, había entrado en tromba en el vestuario como un niño.

Franquearon las puertas de hierro forjado abiertas de los Kahn. La finca estaba apartada de la carretera, de modo que el camino de entrada se prolongaba unos ochocientos metros y estaba bordeado de altos y gruesos pinos. Hasta el aire olía más limpio. La casa de ladrillo rojo descansaba al otro lado de unas enormes columnas dóricas. Había un pórtico con una pequeña estatua de un caballo en lo alto y un precioso solárium completamente acristalado a un lado. Emily contó catorce ventanas de un extremo a otro de la segunda planta.

Pero aquella noche no importaba la casa. Iban al prado. Estaba separado del resto de la finca mediante un muro de piedra y setos altos y verdes como en las carreras de caballos británicas y abarcaba varias hectáreas. La mitad de aquella superficie albergaba el picadero de los Kahn; al otro lado había un jardín inmenso y un estanque de patos. Un frondoso bosque rodeaba todo el patio.

Cuando Ben estacionó en un improvisado aparcamiento de hierba, Emily se apeó del coche y escuchó la música de The Killers que atronaba en el patio trasero. Reconoció caras familiares de Rosewood bajándose de sus Jeep, Escalade y Saab. Un grupo de chicas immaculadamente maquilladas sacaron cajetillas de tabaco de sus bolsitos de eslabones acolchados y encendieron un cigarrillo mientras hablaban por sus diminutos teléfonos móviles. Emily observó sus gastadas Converse All-Stars azules y se tocó la coleta despeinada.

Ben le dio alcance. Atajaron entre los setos, atravesando un trecho aislado de bosque, y accedieron a la zona de la fiesta. Había mucha gente a la que Emily no conocía, pues los Kahn invitaban a los chicos populares de las restantes escuelas privadas de la región, además de Rosewood. Había un barril de cerveza y una mesa de licores junto a los arbustos y habían instalado una pista de baile de madera, luces tiki y toldos en medio del prado. Al otro lado, cerca del bosque, había un fotomatón de la vieja escuela iluminado con luces de Navidad. Los Kahn lo sacaban a rastras del sótano todos los años para aquella fiesta.

Noel salió al encuentro de ambos ataviado con una camiseta gris que decía «Hago flexiones por comida» y pantalones vaqueros azules desteñidos y rotos; no llevaba zapatos ni calcetines.

—Qué tal. —Les ofreció una cerveza a cada uno.

—Gracias, tío. —Ben aceptó el vaso y bebió. Un hilillo de cerveza ámbar le resbaló descuidadamente por la barbilla—. Bonita fiesta.

Emily sintió un golpecito en el hombro.

Se dio la vuelta. Era Aria Montgomery, que llevaba una camiseta ajustada de color rojo desteñido con el escudo de la Universidad de Islandia, una minifalda vaquera deshilachada y botas camperas rojas de John Fluevog. Se había recogido el cabello negro en una coleta alta.

—Vaya, hola —dijo Emily. Le habían dicho que Aria había vuelto pero aún no la había visto—. ¿Qué tal en Europa?

—Genial. —Aria sonrió. Las dos chicas se miraron durante unos instantes. Emily hizo una pausa; deseaba decirle que se alegraba de que se hubiera quitado el *piercing* falso de la nariz y las mechas rosas del pelo, pero se preguntaba si sería embarazoso referirse a su antigua amistad. Bebió un sorbo de cerveza y fingió que le fascinaban los surcos del vaso.

Aria se agitaba nerviosamente.

—Escucha, me alegro de que hayas venido. Hace tiempo que quería hablar contigo.

—¿Ah, sí? —Emily la miró a los ojos y después bajó de nuevo la vista.

—Bueno... contigo o con Spencer.

—¿De veras? —Emily sintió una presión en el pecho. ¿*Spencer*?

—Prométeme que no me tomarás por loca. He pasado mucho tiempo fuera y... —Aria hizo una mueca que Emily recordaba perfectamente. Significaba

que estaba sopesando con cuidado sus palabras.

—¿Y qué? —Emily enarcó las cejas, esperando. Tal vez Aria quisiera celebrar una reunión de antiguas amigas; por supuesto, como había estado fuera, ignoraba cuánto se habían distanciado. ¡Qué embarazoso sería eso!

—Bueno... —Aria miró en derredor con recelo—. ¿Hubo más noticias sobre la desaparición de Ali mientras estuve fuera?

Emily se echó bruscamente hacia atrás al oír el nombre de Ali en la boca de su antigua amiga.

—¿Su desaparición? ¿A qué te refieres?

—¿Descubrieron quién se la había llevado? ¿Volvió?

—Eh... no... —Emily se mordisqueó incómoda el dedo pulgar.

Aria se inclinó hacia Emily.

—¿Tú crees que está muerta?

A Emily se le pusieron los ojos como platos.

—Yo... no lo sé. ¿Por qué?

Aria apretó la mandíbula. Parecía absorta en sus pensamientos.

—¿A qué viene esto? —insistió Emily, con el corazón desbocado.

—A nada.

Entonces los ojos de Aria se posaron sobre alguien que estaba a sus espaldas y cerró bruscamente la boca.

—Hola —dijo una voz ronca detrás de Emily.

Emily se dio la vuelta. Maya.

—Hola —contestó, a punto de soltar el vaso—. Yo... no sabía que ibas a venir.

—Yo tampoco —dijo Maya—. Pero mi hermano sí que quería. Está por aquí en alguna parte.

Emily se volvió para presentarle a Aria, pero esta ya se había marchado.

—¿Así que esta es Maya? —Ben reapareció junto a ellas—. ¿La chica que ha llevado a Emily al lado oscuro?

—¿El lado oscuro? —chilló Emily—. ¿Qué lado oscuro?

—El de dejar la natación —respondió Ben. Se volvió hacia Maya—. Sabías que va a dejarlo, ¿no?

—¿Ah, sí? —Maya se volvió hacia Emily con una sonrisa exultante.

Emily miró a Ben.

—Maya no ha tenido nada que ver con eso. Y no hace falta que hablemos de esto en este preciso momento.

Ben bebió otro gran trago de cerveza.

—¿Por qué no? ¿No es tu gran noticia?

—No lo sé...

—Me da igual. —Le dio una palmadita un tanto áspera en la espalda con una pesada mano—. Voy a por otra cerveza. ¿Quieres otra?

Emily asintió, aunque en las fiestas sólo bebía una cerveza como máximo.



Ben no le preguntó a Maya si quería beber algo. Mientras se alejaba, Emily reparó en sus vaqueros abolsados. *Puaj*.

Maya le sostuvo la mano y se la apretó.

—¿Cómo estás?

Emily observó las manos entrelazadas de ambas y enrojeció, pero no la soltó.

—Bien. —O asustada. Y en algunos momentos como si estuviera en una mala película—. Confusa, pero bien.

—Tengo algo perfecto para celebrarlo —susurró Maya. Metió la mano en la mochila Manhattan Portage y le enseñó el cuello de una botella de Jack Daniel's —. La he robado de la mesa de los licores. ¿Quieres ayudarme a matarla?

Emily miró a Maya. Se había apartado el pelo de la cara y llevaba una sencilla camiseta de tirantes negra y una falda militar verde. Parecía efervescente y divertida, mucho más que Ben, con esos pantalones de trasero abolsado.

—¿Por qué no? —contestó, y la siguió en dirección al bosque.

**¡Las tías buenas son igual que nosotras!**

Hanna bebió un sorbo de vodka con limón y encendió otro cigarrillo. No había visto a Sean desde que habían aparcado el coche en el jardín de los Kahn hacía dos horas y hasta Mona se había esfumado. Se había quedado tirada, hablando con James Freed, el mejor amigo de Noel, Zelda Millings (una hermosa rubia que sólo llevaba ropa y zapatos confeccionados con cáñamo) y una pandilla de chicas guapas y chillonas de Doringell Friends, la ultraexclusiva escuela cuáquera del pueblo de al lado. Habían asistido a la fiesta de Noel el año anterior y, aunque entonces Hanna había estado con ellas, no se acordaba del nombre de ninguna.

James aplastó el Marlboro con el talón de las Adidas Superstar y bebió un trago de cerveza.

—Me han dicho que el hermano de Noel tiene una tonelada de hierba.

—¿Eric? —preguntó Zelda—. ¿Dónde está?

—En el fotomatón —contestó James.

De pronto Sean apareció corriendo entre los pinos. Hanna se levantó, se alisó el vestido ajustado de BCBG que confiaba en que le hiciera más delgada y se ató las tiras de las flamantes sandalias nuevas de Christian Louboutin de color azul celeste alrededor de los tobillos. Cuando iba corriendo para alcanzarlo el tacón se hundió en la hierba impregnada de rocío. Hanna agitó frenéticamente los brazos, soltó la copa y se cayó de culo.

—¡Y besa la lona! —exclamó James con tono ebrio. Todas las chicas de Doringbell se rieron.

Hanna se levantó trabajosamente, pellizcándose la palma de la mano para no llorar. Era la fiesta más importante del año, pero se sentía completamente fuera de juego: le parecía que el vestido le apretaba las caderas, no había conseguido que Sean sonriera durante todo el trayecto en coche hasta allí (aunque aquella noche su padre le había dejado el BMW 760i), ya iba por el tercer vodka con limón cargado de calorías y sólo eran las nueve y media.

Sean alargó la mano para ayudarla a levantarse.

—¿Te encuentras bien?

Hanna titubeó. Sean se había puesto una sencilla camiseta blanca que le acentuaba el pecho, fuerte gracias al fútbol, y el estómago, plano gracias a la genética, unos pantalones vaqueros Paper Denim de color azul marino que le hacían un culo estupendo y unas viejas Puma negras. Tenía el cabello castaño claro despeinado; sus ojos castaños traslucían ternura y sus labios rosados estaban para comérselos. Hanna lo había observado durante una hora mientras hablaba

con los demás chicos y la eludía cuidadosamente.

—Estoy bien —le aseguró, sacando el labio en un puchero patentado.

—¿Qué te pasa?

Ella intentó mantener el equilibrio sobre los zapatos.

—¿Podemos... estar un rato en privado? ¿Quizá en el bosque? ¿Para hablar?

Sean se encogió de hombros.

—Vale.

Sí.

Hanna lo condujo por el sendero que llevaba al bosque de la Virilidad, en el que los árboles proyectaron sombras alargadas y oscuras sobre sus cuerpos. Hanna sólo había estado allí en primero, cuando sus amigas se citaron en secreto con Noel Kahn y James Freed. Ali se había enrollado con Noel, y Spencer con James mientras Emily, Aria y ella esperaban con abatimiento a que terminasen sentadas en los troncos y compartiendo cigarrillos. Se juró que aquella noche las cosas serían distintas.

Se sentó en una espesa franja de hierba y arrastró consigo a Sean.

—¿Te lo estás pasando bien? —Le ofreció la copa a Sean.

—Sí, mola. —Sean bebió un sorbito—. ¿Y tú?

Hanna titubeó. La piel de Sean relucía a la luz de la luna. Tenía una pequeña mancha de tierra en la camiseta, cerca del cuello.

—Supongo que sí.

*De acuerdo, se acabó la conversación.* Hanna le quitó la copa de la mano, le sujetó la deliciosa mandíbula cuadrada y lo besó. *Ya está.* Era una pena que el mundo diera tantas vueltas y que la boca de Sean supiera a cerveza con limón, pero no le importaba.

Después de que se hubieran besado durante un minuto sintió que Sean se apartaba. A lo mejor había llegado el momento de subir un poco las apuestas. Se arremangó el vestido azul marino descubriendo las piernas y el diminuto tanga de encaje Cosabella de color lavanda. En el bosque soplaba un aire frío. Se le posó un mosquito en el muslo.

—Hanna —dijo suavemente Sean, alargando la mano para bajarle de nuevo el vestido—. Esto no está...

Pero no fue lo bastante rápido; Hanna ya se había quitado el vestido por la cabeza. Sean la observó de arriba abajo. Sorprendentemente, sólo era la segunda vez que la veía en ropa interior, sin contar la semana que habían pasado en casa de sus padres en Avalon, en la ribera de Jersey, donde ella se había puesto un bikini. Pero aquello era distinto.

—En el fondo no quieres que pare, ¿verdad? —Alargó las manos hacia él, confiando en tener un aspecto provocativo pero saludable.

—Sí. —Sean le sujetó la mano—. Sí que quiero.

Hanna se envolvió a duras penas con el vestido. Probablemente ya le habían

picado un centenar de mosquitos. Le temblaba el labio.

—Pero... no lo entiendo. ¿Es que no me quieres? —Las palabras le parecieron insignificantes y frágiles cuando salieron de su boca.

Sean tardó mucho tiempo en contestarle. Hanna oyó a otra pareja de la fiesta que se estaba riendo disimuladamente en los alrededores.

—No lo sé —dijo.

—Dios —masculló Hanna mientras se apartaba. Los vodkas con limón le borbotearon en el estómago—. ¿Eres gay? —El tono fue un poco más malintencionado de lo que se había propuesto.

—¡No! —Sean parecía herido.

—Pues entonces, ¿qué? ¿Es que no estoy lo bastante buena?

—¡Claro que no! —exclamó Sean, asombrado. Reflexionó un instante—. Eres una de las chicas más guapas que he conocido, Hanna. ¿Por qué no te das cuenta?

—¿De qué estás hablando? —preguntó Hanna, indignada.

—Creo que... —empezó Sean—. Creo que si te respetaras un poco más...

—¡Yo me respeto muchísimo! —vociferó Hanna. Se apoyó en el trasero, sentándose sobre una piña.

Sean se puso en pie; parecía abatido y triste.

—Mírate. —Sus ojos fueron desde los zapatos hasta la coronilla—. Sólo intento ayudarte, Hanna... Me importas.

Hanna sintió que le afloraban lágrimas en las comisuras de los ojos y trató de reprimirlas. No quería llorar en ese momento.

—Yo me respeto —repitió—. Sólo quería... demostrarte lo que siento.

—Es que intento ser selectivo con el sexo. —No parecía amable, pero tampoco cruel. Solo... impasible—. Quiero hacerlo en el momento apropiado con la persona apropiada. Y me parece que no vas a ser tú. —Sean suspiró y se alejó un paso de ella—. Lo siento. —A continuación se adentró entre los árboles y desapareció.

Hanna estaba tan humillada y furiosa que no podía ni hablar. Intentó levantarse para seguirlo, pero se le volvió a hundir el tacón y se cayó. De modo que extendió los brazos y contempló las estrellas, apretándose los ojos con los pulgares para que no se le escaparan las lágrimas.

—Me parece que va a echar la pota.

Hanna abrió un ojo y vio a dos novatos (que seguramente se habían colado en la fiesta) cerniéndose sobre ella como si la hubiesen creado con sus ordenadores.

—Idos a la mierda, pervertidos —les espetó a los novatos, que se la comieron con los ojos mientras se levantaba. Al otro lado del jardín vio que Sean estaba corriendo detrás de Mason Byers, blandiendo un mazo de críquet amarillo. Hanna sorbió por la nariz mientras se sacudía el polvo y volvió a la fiesta. ¿Acaso no le importaba a nadie? Se acordó de la carta que había recibido el día anterior.  
*¡No te quiere ni tu padre!*

De pronto deseaba tener el número de teléfono de su padre y volvió mentalmente al día que Ali y ella habían pasado con su padre, Isabel y Kate.

Aunque estaban en febrero, el tiempo en Anápolis era inusualmente cálido y Hanna, Ali y Kate se habían sentado en el porche intentando broncearse. Ali y Kate estaban hablando de sus tonos favoritos de pintaúñas MAC, pero Hanna no lograba integrarse en la conversación. Se sentía pesada y torpe. Había advertido la expresión de alivio de Kate cuando Ali y ella se habían bajado del tren; sorpresa al comprobar lo hermosa que era Ali y alivio al poner los ojos sobre Hanna. Era como si hubiera pensado: *¡Bueno, ya no tengo que preocuparme por ella!*

Sin darse cuenta, Hanna se había comido todo el cuenco de palomitas de maíz con queso que había en la mesa. Y seis profiteroles. Y un poco de queso brie que estaba reservado para Isabel y su padre. Se aferró el vientre hinchado, observó los abdominales planos de Ali y Kate y exhaló involuntariamente un sonoro gemido.

—¿Mi cerdita no se encuentra bien? —le preguntó su padre, apretándole el dedo meñique del pie.

Hanna se estremeció al recordarlo y se tocó el vientre, que ahora era liso. A (quienquiera que fuese) había dado en el clavo. No la quería ni su padre.

—¡Todos al estanque! —gritó Noel, arrancándola de sus reflexiones.

Hanna vio que Sean, al otro lado del campo, se quitaba la camiseta y se dirigía corriendo al agua. Noel, James, Mason y otros chicos también se quitaron la camiseta, pero a Hanna ni siquiera le importó. De todas las noches para ver sin camiseta a los tíos más buenos de Rosewood...

—Son todos guapísimos —murmuró Felicity McDowell, que estaba junto a ella, mezclando tequila con Fanta de uva—. ¿A que sí?

—Mmm —musitó ella.

Hanna rechinó los dientes. ¡Que se jodiera su padre por ser tan feliz con su maravillosa madrastra en ciernes y que se jodiera Sean por ser tan selectivo! Cogió una botella de Ketel One de la mesa y bebió directamente de ella. Se disponía a dejarla pero en el último instante decidió llevársela al estanque. Sean no iba a quedar impune tras haberla rechazado, insultado y después ignorado. De ninguna manera.

Se detuvo ante un montón de ropa que sin duda era suya: había doblado pulcramente los pantalones vaqueros y tenía semejante fijación anal que había metido los pequeños calcetines blancos en las Puma. Se aseguró de que no la veía nadie, hizo un ovillo con los pantalones y se alejó del estanque. ¿Qué dirían en el club Uve si lo descubrían volviendo a casa en calzoncillos?

Cuando se encaminaba hacia los árboles con los pantalones vaqueros de Sean se le cayó algo que le rebotó contra el pie. Hanna lo recogió y lo miró fijamente un instante, esperando a que se le aclarase la vista.

Era la llave del BMW.

—Qué guay —susurró, acariciando con el dedo el botón de alarma. Soltó los pantalones vaqueros, que cayeron al suelo, y se metió las llaves en el bolso acolchado Moschino de color azul.

Era una noche preciosa para dar una vuelta.

## Los baños de cerveza son buenos para los poros

—Mira eso —susurró Maya, entusiasmada—. ¡Había uno de esos en mi cafetería favorita de California!

Emily y Maya contemplaron el fotomatón de la vieja escuela que habían instalado en el perímetro del bosque y el patio. Un extenso alargador naranja se desplegaba hasta el fotomatón desde la casa de Noel, que estaba al otro lado del jardín. Mientras lo admiraban, Eric, el hermano mayor de Noel, y Mona Vanderwaal, que estaba mareadisima, se cayeron del fotomatón, cogieron sus fotos y se escabulleron.

Maya miró a Emily.

—¿Quieres probarlo?

Emily asintió. Antes de agacharse para entrar escrutó rápidamente la fiesta. Algunos chicos se habían congregado alrededor del barril y muchos otros estaban bailando, sosteniendo sus vasos de plástico rojo en el aire. Noel y un puñado de muchachos estaban nadando en calzoncillos en el estanque de patos. No se veía a Ben por ninguna parte.

Emily se sentó junto a Maya en el estrecho asiento naranja del fotomatón y cerró la cortina. Estaban tan apretadas que sus hombros y sus muslos se tocaban.

—Toma. —Maya le ofreció la botella de Jack Daniel's y apretó el botón verde. Emily bebió un sorbito y la enarboló con aire triunfante mientras la cámara tomaba la primera fotografía. Después juntaron las mejillas y lucieron enormes sonrisas. Para la tercera foto Emily entornó los ojos y Maya hinchó las mejillas como un mono. Por último, la cámara las retrató medianamente normales, aunque quizá un tanto nerviosas.

—A ver cómo salen —comentó Emily.

Pero cuando se estaba levantando Maya le asió la manga.

—¿Podemos quedarnos aquí un segundo? Es un escondite maravilloso.

—Eh, claro. —Emily volvió a sentarse. Sin querer, tragó saliva ruidosamente.

—Bueno, ¿cómo estás? —preguntó Maya, apartándole el pelo de los ojos.

Emily suspiró al tiempo que trataba de ponerse cómoda en aquel reducido asiento. *Confusa. Enfadada con mis padres porque posiblemente son racistas. Asustada de haber tomado la decisión equivocada con la natación. Bastante flipada por estar sentada tan cerca de ti.*

—Estoy bien —dijo al fin.

Maya resopló y bebió un trago de whisky.

—No te lo crees ni tú.

Emily hizo una pausa. Parecía que Maya era la única que la entendía de verdad.

—No, supongo que no —admitió.

—Bueno, pues ¿qué pasa?

Pero de pronto Emily no quería hablarle de la natación, de Ben ni de sus padres. Quería hablarle de... algo completamente distinto. Algo de lo que se había percatado paulatinamente. A lo mejor se había desencadenado cuando había visto a Aria. O quizá había vuelto a sentirse así porque por fin volvía a tener una verdadera amiga. Emily creía que Maya lo entendería.

Aspiró una honda bocanada de aire.

—¿Te acuerdas de Alison, la chica que vivía en tu casa?

—Sí.

—Éramos muy amigas y yo la quería de verdad. Me gustaba todo de ella.

Oyó que Maya espiraba y bebía un trago de la botella de Jack Daniel's, nerviosa.

—Era mi mejor amiga —prosiguió Emily, acariciando entre los dedos la ajada tela azul de la cortina del fotomatón—. Me importaba muchísimo. Así que un día, sin venir a cuento, lo hice.

—¿Hiciste qué?

—Bueno, Ali y yo estábamos en la casa del árbol del patio de atrás; íbamos mucho allí para hablar. Estábamos sentadas ahí arriba, hablando del chico que le gustaba, un chico mayor cuyo nombre no quería decirme, y yo sentí que ya no aguantaba más. Así que me incliné... y la besé.

Maya sorbió discretamente por la nariz.

» Pero a ella no le gustó. Se puso distante y dijo: “Bueno, ¡ya sé por qué estás tan callada cuando nos cambiamos en clase de gimnasia!”.

—Dios —comentó Maya.

Emily bebió otro trago de whisky y se sintió descompuesta. Jamás había bebido tanto. Y allí estaba uno de sus mayores secretos, suspendido como una braga vieja en un tendedero.

—Ali dijo que creía que dos amigas no debían besarse —continuó—. Así que traté de hacerle creer que había sido una broma. Pero cuando volví a casa comprendí lo que sentía realmente. Así que le escribí una carta diciéndole que la amaba. Pero no creo que la recibiese. Si lo hizo, jamás dijo una sola palabra.

Una lágrima cayó en la rodilla desnuda de Emily. Maya lo advirtió y se la secó con el dedo.

—Todavía pienso mucho en ella. —Emily suspiró—. He bloqueado el recuerdo, me he dicho que sólo era mi mejor amiga y, ya sabes, nada más... pero ya no estoy tan segura.

Se quedaron sentadas durante unos minutos. Los sonidos de la fiesta se filtraban desde el otro lado de la cortina. Cada poco segundos Emily oía el áspero



chasquido de un mechero Zippo cuando alguien encendía un cigarrillo. No le sorprendía demasiado lo que acababa de confesar acerca de Ali. Le daba miedo, por supuesto, pero también era la verdad. En cierto modo, se sentía bien por haberlo entendido al fin.

—Ya que nos estamos sincerando —susurró Maya—, y o también tengo que contarte una cosa.

Le dio la vuelta al antebrazo para enseñarle a Emily la abultada cicatriz blanca que tenía en la muñeca.

—A lo mejor ya lo habías visto.

—Sí —admitió Emily en voz baja, observándola con los ojos entrecerrados en la tenue penumbra de la cabina.

—Es de una de las veces que me he cortado con una cuchilla. No sabía que iba a ser tan profundo. Había muchísima sangre. Mis padres tuvieron que llevarme a urgencias.

—¿Te cortas a propósito? —preguntó Emily.

—Ah... sí. Bueno, ya no lo hago. Intento no hacerlo.

—¿Por qué lo haces?

—No lo sé —dijo Maya—. A veces... siento que tengo que hacerlo. Puedes tocarla si quieres.

Emily lo hizo. Estaba tan fruncida y tersa que no parecía piel auténtica. Le parecía que tocarla era lo más íntimo que había hecho jamás. Abrazó a Maya.

Maya se estremeció y sepultó la cabeza en el cuello de Emily. Al igual que antes, olía a plátano artificial. Emily se estrechó contra el pequeño pecho de Maya. ¿Cómo sería cortarse y observarse a una misma mientras sangraba tanto? Emily tenía una buena ración de bagaje; sus peores recuerdos, como el rechazo de Ali o lo de Jenna, le habían hecho sentirse culpable, horrible y extraña, pero nunca había querido hacerse daño.

Maya alzó la cabeza y la miró a los ojos. A continuación, con una sonrisa un tanto apesadumbrada, la besó en los labios. Emily pestañeó, sorprendida.

—A veces las amigas sí que se besan —dijo Maya—. ¿Lo ves?

Se separaron, aunque sus narices estaban prácticamente tocándose. Fuera los grillos cantaban frenéticamente.

En ese momento Maya se inclinó hacia ella. Emily se fundió en sus labios. Ambas tenían la boca abierta y Emily sintió la suave lengua de Maya. Experimentó una exultante opresión en el pecho al pasarle las manos por el áspero cabello y bajar hasta los hombros y después la espalda. Maya introdujo las manos bajo el polo de Emily y le apretó el vientre con los dedos. Emily se sobresaltó tímidamente pero luego se relajó. Era un trillón de veces distinto que besar a Ben.

Las manos de Maya subieron por su cuerpo y la tocaron por encima del sujetador. Emily cerró los ojos. La boca de Maya sabía deliciosa, a Jack Daniel's

y regaliz. Maya la besó en el pecho y los hombros. Emily echó la cabeza hacia atrás. Alguien había pintado una luna y un puñado de estrellas en el techo del fotomatón.

De pronto la cortina empezó a abrirse. Emily dio un respingo, pero ya era demasiado tarde; alguien había retirado la cortina por completo. Entonces vio de quién se trataba.

—Ay, Dios mío —farfulló.

—Mierda —la secundó Maya. La botella de Jack Daniel's se estrelló contra el suelo.

Ben sostenía dos vasos de cerveza, uno en cada mano.

—Bueno. Esto lo explica todo.

—Ben... yo... —Emily se asomó torpemente por la puerta de la cabina y se dio un golpe en la cabeza.

—No te levantes por mí —dijo Ben con un tono horrible, burlón y furioso aunque herido que Emily no había oído nunca.

—No... —chilló Emily—. No lo entiendes. —Salió de la cabina. Maya la siguió. Emily advirtió por el rabillo del ojo que Maya cogía la tira de fotos y se la guardaba en el bolsillo.

—No me hables —escupió Ben. A continuación se dio la vuelta y le arrojó uno de los vasos. La cerveza tibia le salpicó las piernas, los zapatos y los pantalones cortos. El vaso rebotó violentamente hasta los arbustos.

—¡Ben! —gritó Emily.

Ben titubeó y le arrojó el otro vaso a Maya de forma más directa. Le salpicó la cara y el pelo. Maya profirió un grito.

—¡Para! —dijo entrecortadamente Emily.

—Putas bolleras —masculló Ben. Emily percibió el chisporroteo de las lágrimas en sus palabras. Después Ben se volvió y se adentró a la carrera en las tinieblas haciendo eses.

## Aria la islandesa consigue lo que quiere

—¡Finlandia! ¡Te he buscado por todas partes!

Había pasado una hora y Aria estaba saliendo del fotomatón. Noel Kahn estaba delante de ella, desnudo a excepción de unos boxers de Calvin Klein empapados y adheridos. Llevaba un vaso de plástico amarillo lleno de cerveza y la tira de fotografías recién reveladas. Se sacudió un poco el pelo y le salpicó la minifalda de APC.

—¿Por qué estás tan mojado? —le preguntó Aria.

—Estábamos jugando al waterpolo.

Aria se volvió hacia el estanque. Los chicos estaban golpeándose en la cabeza con bastones flexibles rosas. En los bordes había grupos de chicas con minúsculos vestidos de Alberta Ferretti prácticamente idénticos, chismorreando. Junto a los setos, no muy lejos de ellas, atisbó a su hermano Mike. Estaba con una chica menuda que llevaba una microminifalda plisada y tacones de plataforma.

Noel siguió su mirada.

—Es una de esas colegialas cuáqueras —murmuró—. Esas tías están piradas.

Mike alzó la vista y asintió aprobatoriamente cuando la vio con Noel.

Noel dio unos golpecitos con el dedo pulgar en la tira de fotos de Aria.

—Son preciosas.

Aria las miró. Muerta de aburrimiento, había pasado veinte minutos sacándose fotos en la cabina. En aquella ronda había puesto voluptuosas expresiones de gata en celo.

*Très* suspiro. Había ido a la fiesta confiando en que Ezra, presa de los celos y de la lujuria, apareciera para llevársela. Pero qué tontería; era un profesor, y los profesores no asistían a las fiestas de los alumnos.

—¡Noel! —exclamó James desde el otro lado del jardín—. ¡El barril está pinchado!

—Mierda —rezongó Noel. Le dio un beso húmedo en la mejilla—. Esta cerveza es para ti. No te vayas.

—Ajá —repuso Aria con tono jocoso, observándolo mientras se alejaba y los boxers resbalaban poco a poco revelando un trasero blanquecino y torneado por el ejercicio.

—Le gustas mucho, ¿sabes?

Aria se dio la vuelta. Mona Vanderwaal estaba sentada en el suelo a escasos metros de distancia. El cabello rubio ensortijado le enmarcaba el rostro y las gafas oscuras de mosca con montura dorada se le habían resbalado por la nariz.

Eric, el hermano mayor de Noel, había apoyado la cabeza en su regazo.

Mona parpadeó lentamente.

—Noel es maravilloso. Sería un novio perfecto.

Eric se echó a reír.

—¿Qué? —Mona se inclinó hacia él—. ¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Está colocada —le confió Eric a Aria.

Mientras Aria se devanaba los sesos en busca de una respuesta, el teléfono Treo emitió un pitido. Lo sacó bruscamente del bolso y comprobó el número.

Ezra. *¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío!*

—Ah, ¿hola? —contestó en voz baja.

—Hola. Ah, ¿Aria?

—Ah. ¡Hola! ¿Qué tal? —Intentó parecer lo más controlada y serena posible.

—Estoy en casa, tomándome un escocés y pensando en ti.

Aria hizo una pausa, cerró los ojos y una sensación de bienestar se adueñó de ella.

—¿De verdad?

—*Sip*. ¿Estás en ese fiestón?

—Ajá.

—¿Te aburres?

Ella se rio.

—Un poco.

—¿Quieres venir?

—Vale. —Ezra le dio indicaciones, pero Aria ya sabía dónde vivía. Había verificado la dirección en MapQuest y Google Earth, pero claro, no podía decírselo.

» Guay —dijo—. Hasta pronto.

Aria volvió a guardar el teléfono en el bolso lo más tranquilamente posible y entrecrocó las suelas de goma de las botas. *¡¡¡¡Síiiii!!!*

—Eh, ya sé de qué te conozco.

Aria volvió la vista. Eric, el hermano de Noel, la estaba mirando con los ojos entrecerrados mientras Mona le daba besos en el cuello.

—Tú eras amiga de la tía que desapareció, ¿no?

Aria lo miró y se apartó el pelo de los ojos.

—No sé de quién estás hablando —dijo, y se marchó.

Una buena parte de Rosewood se componía de fincas valladas y granjas de caballos de veinte hectáreas reformadas, pero cerca de la universidad había una serie de sinuosas calles empedradas bordeadas por destartaladas casas victorianas. Los edificios de Old Hollis estaban pintados de colores chillones como el morado, el rosa o el verde y normalmente se hallaban divididos en

apartamentos que se alquilaban a los estudiantes. La familia de Aria había vivido en una casa de Old Hollis hasta que Aria cumplió cinco años y su padre encontró su primer trabajo como docente en la universidad.

Mientras recorría lentamente la calle de Ezra, Aria reparó en una casa con letras griegas montadas en el revestimiento. Los árboles estaban hilvanados con rollos de papel higiénico. En otra casa había un cuadro inconcluso en un caballete en el patio delantero.

Se detuvo ante la casa de Ezra. Aparcó, subió los escalones de piedra y llamó al timbre. La puerta se abrió bruscamente y allí estaba él.

—Vaya —dijo—. Eh. —Su boca se distendió en una sonrisa nerviosa.

—Hola —contestó Aria, sonriéndole de la misma forma.

Ezra se rio.

—Yo... eh, ya has llegado. Vaya.

—Eso ya lo habías dicho —se burló Aria.

Entraron en un pasillo. Delante de ella nacía una chirriante escalera de caracol con una franja de moqueta distinta en cada escalón. A la derecha había una puerta entreabierta.

—Ese es mi apartamento.

Aria entró y advirtió que había una bañera con patas en el centro del salón. La señaló.

—Pesa demasiado para moverla —explicó tímidamente Ezra—. Así que la uso para guardar libros.

—Mola. —Aria miró alrededor, observando la enorme ventana panorámica, los polvorientos estantes empotrados y el sofá de terciopelo amarillo arrugado. Oía débilmente a macarrones con queso, pero había una araña de cristal en el techo, un extravagante mosaico de azulejos alrededor de la repisa de la chimenea y troncos auténticos dentro de esta. Era mucho más del gusto de Aria que el estanque de patos de un millón de dólares y la hacienda de veintisiete habitaciones de los Kahn.

» Me encantaría vivir aquí —comentó.

—No dejo de pensar en ti —dijo Ezra al mismo tiempo.

Aria miró por encima del hombro.

—¿De verdad?

Ezra se acercó a ella desde atrás y le puso las manos en la cintura. Aria se reclinó levemente contra él. Se quedaron así un momento antes de que Aria se diera la vuelta. Contempló el rostro afeitado de Ezra, el bulto que tenía en la punta de la nariz y las motas verdes de sus ojos. Le tocó el lunar que tenía en el lóbulo de la oreja y sintió que Ezra se estremecía.

—Yo... no he podido ignorarte en clase —murmuró—. Ha sido una tortura. Cuando estabas haciendo la disertación...

—Hoy me has tocado la mano —se burló Aria—. Estabas mirando mi

cuaderno.

—Habías besado a Noel —repuso Ezra—. Estaba muerto de celos.

—Entonces funcionó —susurró Aria.

Ezra exhaló un suspiro y la rodeó con los brazos. Aria salió al encuentro de su boca y se besaron febrilmente, acariciándose mutuamente la espalda. Se apartaron un instante y se miraron a los ojos sin aliento.

—Dejemos de hablar de clase —propuso Ezra.

—Trato hecho.

La condujo al minúsculo dormitorio del fondo, en el que había ropa tirada por todo el suelo y una bolsa abierta de Lay's en la mesilla de noche. Se sentaron en la cama. El colchón era apenas más grande que el de una cama individual y aunque la colcha estaba hecha de áspera tela vaquera y probablemente hubiera migas de patatas fritas en los intersticios del colchón, Aria no había sentido nunca algo tan perfecto.

Aria aún estaba en la cama, contemplando una grieta del techo. La farola de la calle arrojaba sombras alargadas sobre todas las cosas y teñía su piel desnuda de un extraño tono rosado. La brisa fría y desapacible que entraba por la ventana abierta apagó la vela de sándalo que había junto a la cama. Oyó que Ezra abría el grifo del baño.

Vaya. ¡Vaya, vaya, vaya!

Se sentía viva. Había estado a punto de acostarse con Ezra... pero exactamente al mismo tiempo ambos habían decidido que debían esperar. De modo que se habían acurrucado el uno al lado del otro, desnudos, y habían empezado a hablar. Ezra le había contado que cuando tenía seis años había esculpido una ardilla roja con arcilla y que su hermano la había aplastado. Que había fumado mucha hierba después de que sus padres se divorciaran. Que había tenido que llevar al veterinario a la fox terrier de la familia para que la durmiesen. Aria le confesó que cuando era pequeña había tenido como mascota una lata de sopa de guisantes partidos a la que llamaba Guisantito y que lloraba cuando su madre intentaba cocinarla para la cena. Le dijo que tenía el hábito incontrolable de hacer punto y le prometió que le haría un jersey.

Era sencillo hablar con Ezra, tanto que se imaginaba haciéndolo para siempre. Podían viajar juntos a lugares lejanos. Brasil sería maravilloso... Podían dormir en la copa de un árbol, comer solamente plátanos y escribir obras de teatro durante el resto de su vida.

El Treo emitió un pitido. *Aj*. Probablemente sería Noel, preguntándose qué le había pasado. Abrazó una de las almohadas de Ezra (mmm, olía igual que él) y esperó a que saliera del cuarto de baño y volviera a besarla.

Entonces el teléfono pitó otra vez. Y otra, y otra.

—Dios —gimió Aria, inclinándose desnuda desde la cama para sacarlo del bolso. Siete nuevos mensajes. El teléfono pitaba a medida que recibía otros nuevos.

Frunció el ceño cuando abrió la bandeja de entrada. Todos los mensajes llevaban el mismo título: « ¡Charla profesor alumna! ». El estómago le dio un vuelco cuando abrió el primero.

Aria:

¡Menudo punto extra!

Con amor, A.

P. S. Me pregunto qué pensaría tu madre si se enterase de la pequeña, ejem, compañera de estudios de tu padre... ¡y que tú lo sabías!

Aria leyó el siguiente mensaje, el siguiente y el siguiente. Todos decían lo mismo. Soltó el Treo, que cayó al suelo. Tenía que sentarse.

No. Tenía que marcharse de allí.

—¿Ezra? —Miró frenéticamente por las ventanas. ¿Estaría observándola en ese preciso momento? ¿Qué quería? ¿Era realmente ella?—. Ezra, tengo que irme. Es una emergencia.

—¿Qué? —exclamó Ezra desde detrás de la puerta del cuarto de baño—. ¿Te vas?

Aria tampoco podía creerlo. Se puso apresuradamente la camisa.

—Te llamaré, ¿vale? Tengo que hacer una cosa.

—Espera. ¿Qué? —preguntó Ezra mientras abría la puerta del cuarto de baño.

Aria cogió el bolso, salió disparada por la puerta y atravesó el patio. Tenía que marcharse. Inmediatamente.

## En el armario de Spencer nosolo hay zapatos y pantalones vaqueros

—El límite de equis es... —murmuró Spencer para sus adentros. Se acodó en la cama, mirando fijamente el flamante libro de cálculo nuevo que acababa de forrar con una bolsa de papel marrón. Todavía le quemaban los riñones a causa del Icy Hot.

Comprobó el reloj; era más de medianoche. ¿Era una locura que se estresara con los deberes de cálculo el primer viernes por la noche del curso? La Spencer del año anterior habría ido volando a casa de los Kahn en el Mercedes, habría bebido mala cerveza de barril y quizá se habría enrollado con Mason Byers o algún otro chico guapo y ligero de cascos. Pero la Spencer de ahora no. Era la Estrella y la Estrella tenía que hacer deberes. Al día siguiente iba a visitar tiendas de interiorismo con su madre para decorar debidamente el granero. Hasta era posible que por la tarde fuera a la tienda de bicicletas de Main Line con su padre, que había estado estudiando catálogos de ciclismo con ella durante la cena y preguntándole cuál era el cuadro de Orbea que más le gustaba. Nunca le había pedido su opinión sobre bicicletas.

Ladeó la cabeza. ¿Habían llamado débil y tentativamente a la puerta? Tras dejar el bolígrafo, Spencer miró por la amplia ventana delantera del granero. Había una luna llena de plata y las ventanas de la casa principal despedían un cálido fulgor amarillo. Volvieron a llamar. Spencer se dirigió a la pesada puerta de madera y la entreabrió.

—Eh —susurró Wren—. ¿Te interrumpo?

—Claro que no —Spencer abrió la puerta un poco más. Wren estaba descalzo; llevaba una camiseta blanca ajustada en la que se leía: «Facultad de Medicina de Pensilvania» y unos caquis cortos abolsados. Ella se miró el top negro de French Connection, las bermudas de deporte grises de Villanova y las piernas desnudas. Se había recogido el cabello en una coleta baja y desordenada y le colgaban algunos mechones alrededor de la cara. Era un *look* completamente distinto al de la camisa de rayas de Thomas Pink abotonada hasta el cuello y los pantalones vaqueros Citizen. Ese decía: «Soy sofisticada y sexi», y este: «Estoy estudiando... pero sigo siendo sexi».

Vale, a lo mejor se había preparado para aquella eventualidad. Pero eso demostraba que no había que ponerse nunca unas bragas hasta la cintura y una camiseta vieja y raída con el eslogan «Odio a los gatos persas».

—¿Qué tal te va? —preguntó. Una cálida brisa le mecía los mechones dispersos. Una piña se estrelló desde un árbol cercano con un ruido sordo.



Wren se había quedado en la puerta.

—¿No deberías haber salido? Me han dicho que hay una fiesta tremenda en algún sitio.

Spencer se encogió de hombros.

—No me apetecía.

Wren la miró a los ojos.

—¿No?

Spencer sintió que se le secaba la boca.

—Eh... ¿dónde está Melissa?

—Está durmiendo. Demasiadas reformas, supongo. Así que he pensado que a lo mejor podías enseñarme este fabuloso granero en el que yo no puedo vivir. ¡Ni siquiera lo he visto!

Spencer frunció el ceño.

—¿Me has traído un regalo de inauguración?

Wren palideció.

—Ah. Yo...

—Es broma. —Abrió la puerta—. Pasa al granero de Spencer Hastings.

Había pasado parte de la noche fantaseando acerca de las posibilidades de encontrarse a solas con Wren, pero ninguna era comparable al hecho de tenerlo allí mismo, junto a ella.

Wren se dirigió al póster de Thom Yorke y estiró las manos por detrás de la cabeza.

—¿Te gustan Radiohead?

—Me encantan.

A Wren se le iluminó la cara.

—Yo los he visto unas veinte veces en Londres. Cada concierto es mejor.

Spencer alisó el edredón que había sobre la cama.

—Qué suerte. Yo nunca los he visto en directo.

—Pues habrá que remediarlo —afirmó Wren, al tiempo que se apoyaba en el sofá—. Si vienen a Filadelfia, iremos a verlos.

Spencer hizo una pausa.

—Pero me parece que... —Entonces se contuvo. Estaba a punto de decir: «Me parece que a Melissa no le gustan», pero... a lo mejor Melissa no estaba invitada.

Lo condujo al armario empotrado.

—Esto es, eh, el armario —anunció, golpeándose accidentalmente contra la jamba de la puerta—. Antes era una estación de ordeño.

—¿Ah, sí?

—*Sip*. Aquí era donde los granjeros les estrujaban los pezones a las vacas o lo que fuera.

Wren se rio.

—¿No querrás decir ubres?

—Ah, sí. —Spencer se ruborizó. *Ups*—. No hace falta que mires dentro por cortesía. Ya sé que a los chicos los armarios no les parecen muy interesantes.

—Claro que sí. —Wren sonrió—. Ya que he venido hasta aquí, me gustaría ver lo que hay en el armario de Spencer Hastings.

—Como quieras. —Spencer encendió la luz del armario. Olía a cuero, bolas de naftalina y Clinique Happy. Había amontonado las bragas, los sujetadores, los camisones y los uniformes de hockey sucios en cestos de mimbre extraíbles y había colgado escrupulosamente las camisas en hileras ordenadas por colores.

Wren se rio entre dientes.

—¡Es como estar en una tienda!

—Sí —admitió Spencer tímidamente mientras pasaba las manos por las camisas.

—No sabía que hubiera armarios con ventanas. —Wren señaló la ventana abierta que había en la pared del fondo—. Tiene gracia.

—Formaba parte del granero original —explicó Spencer.

—¿Te gusta que la gente te vea desnuda?

—Para eso están las persianas —repuso Spencer.

—Qué pena —dijo suavemente Wren—. Estabas tan guapa en el cuarto de baño... que esperaba volver a verte... así.

Cuando Spencer se dio la vuelta (¿qué era lo que acababa de decir?) Wren la estaba mirando fijamente. Acarició el dobladillo de unos pantalones Joseph colgados en una percha. Spencer se pasó de arriba abajo del dedo el anillo Elsa Peretti de Tiffany's en forma de corazón, temerosa de hablar. Wren se adelantó un paso y después otro hasta que se puso junto a ella. Spencer se percató de las sutiles pecas que le salpicaban la nariz. La Spencer buena de un universo paralelo se habría agachado para sortearlo y le habría enseñado el resto del granero. Pero Wren seguía mirándola con esos enormes ojos castaños tan hermosos. La Spencer de aquí y ahora se frotó los labios; tenía miedo de hablar, pero se moría de ganas de hacer... algo.

De modo que lo hizo. Cerró los ojos, inclinó la cabeza hacia arriba y le dio un beso justo en los labios.

Wren no titubeó. Le devolvió el beso, le agarró la nuca y la besó con más fuerza. Su boca era suave y sabía un poquito a cigarrillos.

Spencer se reclinó contra la pared de las camisas. Wren la siguió. Algunas se resbalaron de las perchas, pero a Spencer no le importó.

Se derrumbaron sobre la esponjosa moqueta. Spencer apartó de una patada las botas de hockey sobre hierba. Wren se dio la vuelta para ponerse encima de ella, exhalando un leve gemido. Spencer le agarró la vieja camiseta para quitársela. A continuación Wren le quitó la suya y le restregó las piernas de arriba abajo con los pies. Se dieron la vuelta de modo que Spencer se pusiera

encima. Se apoderó de ella una enorme y abrumadora oleada de... bueno, no sabía de qué. Fuera lo que fuese, era tan intenso que no se le ocurrió sentirse culpable. Se detuvo encima de Wren, respirando entrecortadamente.

Wren se incorporó y le dio otro beso; a continuación la besó en la nariz y en el cuello. Después se levantó.

—Vuelvo enseguida.

—¿Por qué?

Wren miró hacia la izquierda, en la dirección del cuarto de baño.

En cuanto oyó que Wren cerraba la puerta Spencer apoyó la cabeza en el suelo, ofuscada, y contempló la ropa. Después se incorporó con dificultades y se observó atentamente en el espejo de tres caras. El pelo se le había salido de la coleta derramándose sobre los hombros. La piel desnuda presentaba un aspecto luminoso y tenía un tenue rubor en la cara. Sonrió a las tres Spencers del espejo. *Es increíble.*

Entonces le llamó la atención el reflejo de la pantalla del ordenador, que estaba justo enfrente del armario.

Estaba parpadeando. Spencer se dio la vuelta y entrecerró los ojos. Parecía que tenía cientos de mensajes, amontonados unos encima de otros. En ese mismo momento apareció un nuevo mensaje en la pantalla, en esta ocasión escrito con una fuente de setenta y dos puntos. Spencer pestañeó.

AAAAAA: Ya te lo he dicho: está MAL besar  
al novio de tu hermana.

Spencer fue corriendo a la pantalla del ordenador y releyó el mensaje. Se volvió y miró hacia el cuarto de baño; había una delgada franja de luz debajo de la puerta.

Definitivamente A no era Andrew Campbell.

Cuando había besado a Ian en primero se lo había confesado a Alison, confiando en que pudiera darle algún consejo. Ali se examinó la manicura francesa de los dedos de los pies durante un largo instante hasta que al fin dijo:

—Sabes, cuando se trata de Melissa siempre me he puesto de tu parte. Pero esto es distinto. Creo que deberías decírselo.

—¿Decírselo? —exclamó Spencer—. Ni hablar. Me mataría.

—¿Es que crees que Ian va a salir contigo? —replicó Ali con tono cruel.

—No lo sé —reconoció Spencer—. ¿Por qué no?

Ali se burló.

—Si no se lo dices tú, a lo mejor se lo digo yo.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Por qué no?

—Si se lo dices a Melissa —dijo Spencer al cabo de un momento, con el

corazón desbocado en el pecho—, le contaré a todo el mundo lo de Jenna.

Ali soltó una carcajada.

—Tú eres tan culpable como yo.

Spencer la miró intensamente durante largo rato.

—Pero a mí no me vio nadie.

Ali se volvió hacia Spencer y le clavó una mirada despiadada y furiosa, más temible que ninguna que hubiese dirigido anteriormente a ninguna de las chicas.

—Ya sabes que ya me he encargado de eso.

Entonces celebraron la fiesta del pijama en el granero el último día de primero. Cuando Ali comentó que Ian y Melissa hacían una pareja estupenda Spencer se dio cuenta de que realmente era capaz de delatarla. Después, para su sorpresa, se apoderó de ella una sensación de calma y despreocupación. *Que se lo diga*, pensó. De repente había dejado de importarle. Y aunque fuera horrible decirlo, lo cierto era que Spencer había deseado librarse de Ali, en ese preciso momento y lugar.

Ahora sentía náuseas. Oyó que tiraban de la cadena. Wren salió del cuarto de baño y la esperó ante la puerta del armario.

—Bueno, ¿dónde estábamos? —dijo amorosamente.

Pero Spencer no había apartado la vista de la pantalla del ordenador. Algo acababa de moverse sobre ella... un destello rojo. Parecía... un reflejo.

—¿Qué pasa? —preguntó Wren.

—Ssh —dijo Spencer. Se concentró. Sí que era un reflejo. Se dio la vuelta. Había alguien al otro lado de la ventana.

» Me cago en la leche —masculló, y se apretó la camiseta contra el pecho desnudo.

—¿De qué se trata? —preguntó Spencer.

Spencer se echó hacia atrás. Tenía la garganta seca.

—Ah —chilló.

—Ah —repitió Wren.

Melissa estaba al otro lado de la ventana, con el cabello desgreñado como una medusa y las facciones absolutamente impasibles. Un cigarrillo temblaba en sus dedos diminutos, normalmente tranquilos.

—No sabía que fumabas —dijo al fin Spencer.

Melissa no contestó. Por el contrario dio otra calada, arrojó la colilla a la hierba impregnada de rocío y se volvió hacia la casa principal.

—¿Vienes, Wren? —preguntó por encima del hombro con tono gélido.

### ¡Cómo conducen los jóvenes de hoy en día!

Mona se quedó boquiabierta al doblar la esquina que daba al jardín delantero de Noel.

—Me cago en la leche.

Hanna se inclinó a través de la ventanilla del BMW del padre de Sean y le sonrió.

—¿A que te encanta?

Los ojos de Mona se iluminaron.

—No tengo palabras.

Hanna sonrió agradecida y bebió un trago de la botella de Ketel One que había birlado de la mesa de licores. Hacía dos minutos le había mandado a Mona una foto del BMW junto con el mensaje: «Estoy bien lubricado y delante de casa. Ven a montarme».

Mona abrió la pesada portezuela del pasajero y tomó asiento. A continuación se inclinó hacia delante y observó atentamente la insignia de BMW que había en el volante.

—Qué bonito... —Recorrió con el dedo meñique los triangulitos azules y blancos.

Hanna le apartó la mano.

—¿Estás muy colocada?

Mona alzó la barbilla y reparó en el cabello sucio de Hanna, el vestido arrugado y la cara tiznada de lágrimas.

—¿No te han ido bien las cosas con Sean?

Hanna bajó la vista y metió bruscamente la llave en el contacto.

Mona hizo ademán de abrazarla.

—Ay, Han, lo siento... ¿Qué ha pasado?

—Nada. Me da igual. —Hanna se apartó ásperamente, se puso las gafas oscuras (no veía demasiado bien, pero a quién le importaba) y puso el motor en marcha. El BMW se accionó súbitamente y se encendieron todas las luces del salpicadero.

—¡Qué bonito! —exclamó Mona—. ¡Parecen las luces del Club Shampoo!

Hanna metió abruptamente la marcha atrás y los neumáticos rodaron sobre el frondoso jardín. A continuación metió la primera, giró el volante y se pusieron en marcha. Hanna estaba demasiado trastornada para que le importara el hecho de que las líneas dobles de la carretera se estuvieran cuadruplicando ante sus ojos.

—¡Yuju! —exclamó Mona. Bajó la ventanilla para que su cabellera rubia

ondeara detrás de ella. Hanna encendió un Parliament y giró el dial de la radio Sirius hasta que encontró una emisora de rap retro que estaba emitiendo *Baby Got Back*. Subió el volumen y la cabina vibró; por supuesto, el coche tenía los mejores bajos que el dinero podía comprar.

» Eso está mejor —dijo Mona.

—Ya te digo —contestó Hanna.

Mientras doblaba una curva pronunciada un poco demasiado deprisa algo en el fondo de su mente hizo ping.

*No vas a ser tú.*

Ay.

¡No te quiere ni tu padre!

Doble ay.

Bueno, a la mierda. Hanna pisó a fondo el acelerador y estuvo a punto de llevarse por delante un buzón con forma de perro.

—Tenemos que ir a algún sitio a vacilar de este cacharro. —Mona puso los tacones Miu Miu encima del salpicadero, embadurnándolo de hierba y terrones —. ¿Qué te parece Wawa? Me muerdo por un pastelito.

Hanna se rio entre dientes y bebió otro trago de Ketel One.

—Tienes que estar supercocida.

—No estoy cocida, ¡estoy asada!

Dejaron el coche torcido en el aparcamiento de Wawa y entraron en la tienda dando tumbos, cantando *I like big butts and I cannot lie*<sup>[6]</sup> ante la atenta mirada de una pareja de mugrientos repartidores boquiabiertos reclinados contra sus furgonetas que sostenían vasos de dos litros de café.

—¿Me das la gorra? —le preguntó Mona al más delgado, señalando la gorra de rejilla que llevaba, en la que se leía: «Granjas Wawa». El tipo se la ofreció sin decir una palabra.

—Qué asco —masculó Hanna—. ¡Esa cosa está llena de gérmenes! —Pero Mona ya se la había puesto.

En la tienda, Mona compró dieciséis pastelitos rellenos de mantequilla, un ejemplar de *Us Weekly* y una enorme botella de refresco de frutas tropicales; Hanna compró un chupa-chups por diez centavos. Cuando Mona no la estaba mirando se metió en el bolso un Snickers y un paquete de M&M's.

—Estoy oyendo el coche —comentó Mona con tono somnoliento mientras pagaban—. Está gritando.

Era cierto. Hanna estaba tan ebria y aturdida que había activado la alarma del llavero.

—Ups. —Se rio entre dientes.

Desternillándose de risa, volvieron corriendo al coche y se subieron. Se detuvieron ante un semáforo en rojo, sacudiendo la cabeza de arriba abajo. El

supermercado del centro comercial que estaba a la izquierda estaba desierto, a excepción de algunos carritos de la compra desperdigados. Los letreros de neón de las tiendas despedían un fulgor vacuo; hasta el bar del Outback Steakhouse estaba muerto.

—Los habitantes de Rosewood son unos fracasados. —Hanna señaló a las tinieblas.

La autopista también estaba desierta, de modo que Hanna exclamó: « ¡Huy! », sobresaltada, cuando un coche se detuvo sigilosamente en el carril contiguo. Era un Porsche plateado, con el morro puntiagudo, los cristales tintados y esos siniestros faros azules.

—Mira eso —comentó Mona, mientras se le caían de la boca las migas del pastelito.

Mientras lo miraban, el conductor aceleró el motor.

—Quiere que echemos una carrera —susurró Mona.

—Y una mierda —contestó Hanna. No distinguía a la figura que estaba dentro del coche, sólo la punta roja y fulgurante de un cigarrillo encendido. Se adueñó de ella una sensación intranquila.

El coche volvió a acelerar, esta vez con impaciencia, y Hanna vislumbró al fin la vaga silueta del conductor, que aceleró de nuevo el motor.

Hanna miró a Mona enarcando una ceja; se sentía borracha, exultante y completamente invencible.

—Hazlo —murmuró Mona, calándose la visera de la gorra de leche Wawa.

Hanna tragó saliva con dificultad. El semáforo se puso en verde. Hanna pisó el acelerador y el coche se precipitó hacia delante. El Porsche la adelantó rugiendo.

—¡No dejes que te gane, mariquita! —exclamó Mona.

Hanna pisó el pedal del acelerador y el motor bramó. Dio alcance al Porsche. Se pusieron a 130, después a 150 y por último a 160. Conducir tan deprisa era mejor que robar.

—¡Dale una patada en el culo! —vociferó Mona.

Con el corazón desbocado, Hanna pisó a fondo el pedal. Apenas oía lo que decía Mona con el ruido del motor. Cuando doblaron una curva un ciervo se interpuso en el carril. Había salido de la nada.

—¡Mierda! —gritó Hanna. El ciervo se quedó petrificado como un estúpido. Hanna aferró con fuerza el volante, pisó el freno, viró a la derecha y el ciervo se apartó de un brinco. Enseguida dio una sacudida al volante para enderezarlo pero el coche derrapó. Los neumáticos rodaron sobre una franja de gravilla que había en el arcén y de pronto las chicas se vieron dando vueltas.

El coche dio vueltas y más vueltas hasta estrellarse contra algo. Se oyó el súbito crujido de los cristales al romperse y... oscuridad.

Al cabo de una fracción de segundo el único sonido que emitía el coche era

un fuerte siseo que emanaba de debajo del capó.

Hanna se tocó la cara poco a poco. Estaba bien; no había recibido ningún golpe. Y podía mover las piernas. Se incorporó penosamente entre pliegues de tela hinchada; el airbag. Se volvió hacia Mona, que estaba pateando con sus largas piernas desde detrás del airbag del acompañante.

Hanna se enjugó las lágrimas de las comisuras de los ojos.

—¿Estás bien?

—¡Quítame esta cosa de encima!

Hanna se bajó del coche y después rescató a Mona. Se detuvieron en el arcén de la autopista, respirando entrecortadamente. Al otro lado de la calle se hallaban las vías del SEPTA y la sombría estación de Rosewood. Se veía a gran distancia carretera arriba: no había ni rastro del Porsche ni del ciervo al que habían esquivado. Más adelante se balanceaban los semáforos, que pasaron del amarillo al rojo.

—Esto sí que ha sido intenso —comentó Mona con voz temblorosa.

Hanna asintió.

—¿Seguro que estás bien? —Miró al coche.

El morro había quedado completamente aplastado contra un poste telefónico. El parachoques se había desprendido del coche y estaba tocando el suelo. Uno de los faros se había torcido; el otro parpadeaba frenéticamente. Un vapor maloliente emanaba del capó.

—No explotará, ¿verdad? —preguntó Mona.

Hanna se rio entre dientes. No debería haber sido divertido, pero lo era.

—¿Qué hacemos?

—Salir corriendo —contestó Mona—. Podemos volver andando a casa desde aquí.

Hanna sofocó nuevas risitas.

—Ay, Dios mío. ¡Sean se va a cagar!

Entonces las dos estallaron en carcajadas. Hipando, Hanna se dio la vuelta en la calzada desierta y extendió los brazos. Había algo fortificante en el hecho de encontrarse en medio de una autopista de cuatro carriles vacía. Sentía que Rosewood le pertenecía. También sentía que estaba dando vueltas, pero eso quizá se debiera a que todavía estaba borracha. Arrojó el llavero al lado del coche, donde se estrelló con fuerza contra el asfalto, y la alarma empezó a aullar de nuevo.

Hanna se agachó apresuradamente y oprimió un botón para desactivarla. La alarma se detuvo.

—¿Tiene que ser tan escandalosa? —se quejó.

—Completamente de acuerdo. —Mona volvió a ponerse las gafas oscuras—. El padre de Sean debería arreglarla.



### ¿Me quieres? ¿Sí o no?

El reloj de péndulo del pasillo dio las nueve de la mañana del sábado mientras Emily bajaba sigilosamente las escaleras que llevaban a la cocina. Nunca se levantaba tan temprano los fines de semana, pero aquella mañana no podía dormir.

Alguien había hecho café y había bollitos glaseados en un plato estampado con gallinas encima de la mesa. Parecía que sus padres habían salido a dar un paseo, como hacían todos los sábados al rayar el alba aunque cayeran chuzos de punta. Si daban las dos vueltas de rigor al barrio, Emily podría marcharse sin que nadie se diera cuenta.

La noche anterior, después de que Ben la sorprendiera en el fotomatón con Maya, Emily había salido corriendo de la fiesta sin despedirse de ella. Había llamado a Carolyn (que, en efecto, estaba en Applebee's) y le había pedido que la recogiera enseguida. Carolyn y Topher, su novio, se presentaron sin hacerle preguntas, aunqueapestaba a whisky y su hermana le dirigió una mirada severa y paternalista cuando se encaramó al asiento de atrás. Cuando llegaron a casa se ocultó bajo las mantas para no tener que hablar con ella y se sumió en un profundo sueño. Pero aquella mañana se sentía peor que nunca.

No sabía qué pensar sobre lo sucedido en la fiesta. Todo estaba borroso. Quería creer que se había equivocado al besar a Maya, que podía explicárselo a Ben y que todo saldría bien. Pero no dejaba de pensar en cómo se había sentido. Era como... si antes de aquella noche no la hubieran besado nunca.

Pero no había nada en ella, nada en absoluto, que dijera: «Lesbiana». Compraba tratamientos femeninos de aceite caliente para el cabello dañado por el cloro. Tenía un póster del atractivo nadador australiano Ian Thorpe en su habitación. Se reía entre dientes de los chicos en bañador con las demás nadadoras. Sólo había besado a otra chica, pero eso había sido hacía muchos años y no contaba. Y aunque contase, no significaba nada, ¿no?

Partió un pastelito en dos y se metió un trozo en la boca. El corazón le palpitaba violentamente. Quería que las cosas volvieran a ser como antes: meter una toalla limpia en una bolsa de lona, dirigirse al entrenamiento y divertirse haciendo gestos ridículos delante de una cámara digital en el autobús; estar satisfecha consigo misma y con la vida que llevaba en lugar de ser un yoyo emocional.

De modo que eso era todo. Maya era estupenda y todo eso, pero sólo estaban confusas y tristes, cada una por sus propios motivos. Pero no eran gays. ¿Verdad?

Necesitaba un poco de aire.

La calle estaba desolada. Los pájaros cantaban bulliciosamente y había un perro que no dejaba de ladrar, pero todo estaba en calma. Los periódicos recién entregados aún estaban esperando en los jardines delanteros, envueltos en plástico azul.

La vieja bicicleta de montaña roja Trek de Emily estaba apoyada en la pared del cobertizo de las herramientas. Emily la puso derecha, confiando en que tendría la coordinación suficiente para montar en bicicleta después del whisky que había bebido la noche anterior. La empujó hacia la calle, pero la rueda delantera produjo un restallido.

Emily se agachó. Había algo prendido en la rueda. Una hoja de papel de cuaderno entrelazada entre los radios. La sacó y leyó algunas líneas. *Un momento.* Era su letra.

*... Me encanta mirarte la cabeza desde atrás en clase, me encanta que mastiques chicle cuando hablamos por teléfono y que balancees las Sketchers en clase cuando la señora Hat habla de juicios americanos famosos porque sé que estás aburridísima.*

Emily escrutó apresuradamente el jardín desierto. ¿Era lo que creía que era? Leyó por encima nerviosamente hasta el final con la boca seca.

*... y he pensado mucho en la razón de que te besara el otro día. Y me he dado cuenta de que no era una broma, Ali. Me parece que te quiero. Si no quieres volver a hablarme lo entenderé, pero tenía que decírtelo. —Em.*

Había algo más escrito al otro lado de la hoja. Le dio la vuelta.

*He pensado que querías que te la devolviera.  
Con amor, A.*

Emily soltó la bicicleta, que se estrelló estruendosamente contra el suelo.

Era la carta que le había escrito a Ali, la que le había mandado justo después de besarla. La que se preguntaba si habría recibido.

*Cálmate*, se dijo, percatándose de que le temblaban las manos. *Esto tiene una explicación lógica.*

Tenía que haber sido Maya. Vivía en la antigua habitación de Ali. Emily le había hablado de ella y de la carta la noche anterior. A lo mejor se la había devuelto, sencillamente.

Pero por otra parte... «Con amor, A.» Maya no habría escrito eso.

Emily no sabía qué hacer ni con quién hablar. De pronto pensó en Aria. Le

habían pasado tantas cosas después de tropezarse con ella la noche anterior que había olvidado la conversación que habían mantenido. ¿A qué venían tantas preguntas extrañas sobre Ali? Y había habido algo en su expresión. Aria parecía... nerviosa.

Emily se sentó en el suelo y releyó el mensaje de « He pensado que querías que te la devolviera ». Si no le fallaba la memoria, Aria tenía una caligrafía puntiaguda que se parecía mucho a esa.

En los últimos días antes de su desaparición, Ali la había chantajeado con el beso para obligarla a hacer lo que ella quisiera. No se le había ocurrido que quizá se lo hubiera contado al resto de sus amigos. Pero quizá...

—¿Caríño?

Emily dio un respingo. Sus padres estaban encima de ella, ataviados con discretas zapatillas blancas, pantalones cortos de cintura alta y cursis camisetas de golf en tonos pastel. Su padre llevaba una riñonera roja y su madre unas pesas de color turquesa en los brazos que balanceaba de delante atrás.

—Hola —dijo Emily con voz ronca.

—¿Vas a montar en bici? —le preguntó su madre.

—Ajá.

—Se supone que estás castigada. —Su padre se puso las gafas como si le hiciera falta verla para reñirla—. Sólo te dejamos salir anoche porque ibas con Ben. Esperábamos que pudiera convencerte. Pero tienes prohibido montar en bici.

—Bueno —gruñó Emily, al tiempo que se levantaba. Ojalá no tuviera que explicárselo a sus padres. Pero por otra parte... le daba igual. No pensaba hacerlo. Pasó la pierna por encima de la barra y se sentó en el sillín.

» Tengo que ir a un sitio —balbució, pedaleando por el camino de entrada.

—Emily, vuelve aquí —chilló hoscamente su padre.

Pero por primera vez en su vida Emily siguió pedaleando.

## No te preocupes por mí, ¡ya estoy muerta!

Aria se despertó con el timbre de la puerta. Sólo que no se trataba del timbre de siempre de la familia, sino de *American Idiot*, de Green Day. Vaya... ¿Cuándo la habrían cambiado sus padres?

Echó el edredón hacia atrás, se puso los zuecos con forro de piel y flores azules estampadas que había comprado en Ámsterdam y bajó corriendo la escalera de caracol para ver quién era.

Cuando abrió la puerta sofocó una exclamación. Era Alison. Era más alta y se había cortado la melena rubia en capas largas y desgredadas. Sus facciones parecían aún más glamurosas y angulosas que en primero.

—¡Tachán! —Ali sonrió y extendió los brazos—. ¡He vuelto!

—Me cago en... —Se quedó sin habla y pestañeó rápidamente un par de veces—. ¿Doo... dónde has estado?

Ali alzó la mirada hacia el cielo.

—Los tontos de mis padres —dijo—. ¿Te acuerdas de mi tía Camille, la que era tan guay, que había nacido en Francia y se casó con mi tío Jeff cuando estábamos en primero? Pues ese verano fui a visitarla a Miami. Y aquello me gustó tanto que decidí quedarme. Se lo dije a mis padres, por supuesto, pero supongo que se les olvidó explicárselo a los demás.

Aria se restregó los ojos.

—Espera. Has estado en... ¿Miami? ¿Estás bien?

Ali dio una vuelta.

—Estoy mejor que bien, ¿no te parece? Oye, ¿te han gustado mis mensajes?

La sonrisa de Aria se desvaneció.

—Ah... la verdad es que no.

Ali parecía dolida.

—¿Por qué no? El de tu madre era divertidísimo.

Aria la miró fijamente.

» Dios, qué sensible eres. —Ali entrecerró los ojos—. ¿Vas a volver a darme la espalda?

—Espera, ¿qué? —tartamudeó Aria.

Alison la miró durante largo rato y se le escurrió una sustancia negra y gelatinosa de las aletas de la nariz.

—Se lo conté a las demás, sabes. Lo de tu padre. Se lo conté todo.

—Tu... nariz... —señaló Aria. De pronto aquella sustancia empezó a manar de los globos oculares de Ali como si estuviese llorando aceite. También le

rezumaba de las uñas.

—Es que me estoy pudriendo. —Ali sonrió.

Aria se incorporó violentamente en la cama. Tenía la nuca empapada de sudor. El sol se filtraba a través de la ventana y se oía *American Idiot* desde el estéreo de su hermano en la habitación contigua. Aria se miró las manos para comprobar si tenían alguna sustancia negra, pero estaban limpiísimas.

*Vaya.*

—Buenos días, cariño.

Aria bajó la escalera de caracol dando tumbos y vio a su padre, vestido apenas con unos finos boxers de cuadros escoceses y una camiseta de tirantes, leyendo el *Philadelphia Enquirer*.

—Eh —murmuró a modo de respuesta.

Fue arrastrando los pies hasta la cafetera exprés y observó durante largo rato los hombros blanquecinos y poblados de un vello caprichoso de su padre, que meneaba los pies y musitaba «mmm» mientras leía el periódico.

—¿Papá? —Se le quebró ligeramente la voz.

—¿Mmm?

Aria se reclinó contra la encimera de piedra.

—¿Los fantasmas pueden mandar mensajes de texto?

Su padre alzó la vista, sorprendido y confuso.

—¿Qué es un mensaje de texto?

Aria metió la mano en una caja abierta de copos de trigo y cogió un puñado.

—Da igual.

—¿Estás segura? —preguntó Byron.

Ella masticó nerviosamente. ¿Qué era lo que quería preguntarle? ¿*Me está mandando mensajes un fantasma*? Pero venga, hombre, no era tan tonta. De todas formas, no sabía por qué el fantasma de Ali iba a volver para hacerle aquello. Era como si quisiera vengarse, pero ¿era posible?

Ali había estado estupenda el día que sorprendieron a su padre en el coche. Aria había huido doblando la esquina y había corrido hasta la extenuación. Volvió andando a casa, sin saber qué hacer consigo misma. Ali la abrazó durante largo rato.

—No se lo diré a nadie —susurró.

Pero al día siguiente comenzaron las preguntas: «¿Conoces a esa chica? ¿Es alumna de tu padre? ¿Va a contárselo a tu madre? ¿Crees que lo hace con muchas alumnas?». Normalmente Aria toleraba los fisgoneos de Ali y hasta sus burlas; no tenía ningún problema en ser la rara del grupo. Pero aquello era distinto. Aquello dolía.

De modo que los últimos días del curso, antes de que Ali desapareciera, Aria

la había eludido. No le había mandado mensajes diciéndole: «Me aburro» durante la clase de Ciencias de la salud ni la había ayudado a limpiar la taquilla. Y desde luego no le había hablado de lo sucedido. Le ponía furiosa que se entrometiera, como si se tratara de un chismorreó de famosos en *Star* en lugar de su vida. Le ponía furiosa. Punto.

Ahora, tres años después, Aria se preguntaba con quién se había enfadado realmente. No era Ali. Era su padre.

—De verdad, da igual —le aseguró a Byron, que esperaba pacientemente, bebiendo sorbos de café—. Es que tengo sueño.

—Vale —contestó él, incrédulo.

Sonó el timbre. No era la canción de Green Day sino el bong, bong de siempre. Su padre alzó la vista.

—Me pregunto si será para Mike —comentó—. ¿Sabías que una chica de la escuela cuánta ha venido a buscarlo a las ocho y media?

—Ya voy yo —dijo Aria.

Abrió con curiosidad la puerta de la calle, pero al otro lado sólo estaba Emily Fields, con el cabello caoba despeinado y los ojos hinchados.

—Hola —dijo Emily con voz ronca.

—Hola —contestó Aria.

Emily se llenó las mejillas de aire; una antigua costumbre nerviosa. Se quedó callada un instante. A continuación dijo:

—Será mejor que me vaya. —Se dispuso a darse la vuelta.

—Espera. —Aria le asió el brazo—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

Emily hizo una pausa.

—Ah. Vale. Pero... esto te parecerá extraño.

—No pasa nada. —El corazón se le desbocó en el pecho.

—He estado pensando en lo que me dijiste anoche en la fiesta. Sobre Ali. Me estaba preguntando... si Ali os contó algo sobre mí.

Emily se lo dijo en un débil susurro. Aria se apartó el cabello de los ojos.

—¿Qué? —susurró—. ¿Hace poco?

A Emily se le pusieron los ojos como platos.

—¿Cómo que si hace poco?

—Yo...

—En primero —la interrumpió Emily—. ¿Os contó...? Bueno... ¿Os contó algo sobre mí en primero? ¿Se lo iba contando a todo el mundo?

Aria pestañeó. La noche anterior, cuando había visto a Emily en la fiesta, estaba deseando contarle lo de los mensajes.

—No —contestó lentamente—. Nunca hablaba de ti a tus espaldas.

—Ah. —Emily clavó la vista en el suelo—. Pero yo... —empezó.

—He recibido unos... —dijo Aria al mismo tiempo.

Entonces Emily miró más allá de ella y se le heló la mirada.

—¡La señorita Emily Fields! ¡Hola!

Aria se dio la vuelta. Byron estaba en el salón. Por lo menos se había puesto una bata de rayas.

—¡Hacia siglos que no te veía! —exclamó Byron.

—Sí. —Emily volvió a hinchar las mejillas—. ¿Cómo está, señor Montgomery?

Él frunció el ceño.

—Por favor. Eres lo bastante mayor para llamarme Byron. —Se rascó la barbilla con el borde de la taza de café—. ¿Cómo te va la vida? ¿Bien?

—Por supuesto. —Parecía que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Byron—. Pareces hambrienta.

—Ah. No. Gracias. Yo, eh, supongo que no he dormido bien.

—Cómo sois las chicas. —Meneó la cabeza—. ¡No dormís nunca! Siempre le digo a Aria que duerma once horas; ¡tiene que reservarlas para cuando vaya a la universidad y se pase toda la noche de fiesta! —Subió las escaleras que llevaban al segundo piso.

En cuanto se perdió de vista Aria se dio la vuelta rápidamente.

—Es tan... —empezó. Pero entonces se dio cuenta de que Emily estaba en medio del jardín, dirigiéndose a la bicicleta—. ¡Oye! —exclamó—. ¿Adónde vas?

Emily levantó la bicicleta del suelo.

—No debería haber venido.

—¡Espera! ¡Vuelve! Yo... ¡tengo que hablar contigo! —exclamó Aria.

Emily se detuvo y alzó la vista. Aria sintió que las palabras se le amontonaban en la boca como si fueran abejas. Emily parecía aterrorizada.

Pero de pronto Aria sintió demasiado miedo para hacerle preguntas. ¿Cómo iba a hablarle de los mensajes de A sin revelar su secreto? Seguía queriendo que no lo supiera nadie. Sobre todo estando su madre arriba.

Entonces pensó en Byron en bata hacía un momento y en que Emily había parecido incómoda en su presencia. Emily le había preguntado: «¿Alison os contó algo sobre mí en primero?». ¿Por qué se lo habría preguntado?

A menos que...

Aria se mordisqueó la uña del dedo meñique. ¿Y si Emily ya estaba enterada de su secreto? Cerró bruscamente la boca, paralizada.

Emily meneó la cabeza.

—Hasta luego —balbució y, antes de que Aria hubiese recuperado la compostura, Emily se estaba alejando, pedaleando furiosamente.

## En realidad Brad y Angelina se conocieron en la comisaría de Rosewood

—Señoritas, ¡descúbranse!

Mientras el público del programa de Oprah aplaudía como loco, Hanna se desplomó sobre los almohadones de piel de color café del sofá, sosteniendo el mando a distancia de la televisión por cable sobre el vientre desnudo. Le vendría bien conocerse un poco a sí misma aquella vivificante mañana de sábado.

La noche anterior estaba bastante borrosa, como si no se hubiera puesto las lentillas en ningún momento, y le dolía la cabeza. ¿Había habido un animal? Había encontrado unos envoltorios de golosinas en el bolso. ¿Se las había comido? ¿Todas? Al fin y al cabo, le dolía el estómago y le parecía que lo tenía un poco hinchado. ¿Y por qué recordaba claramente un camión de leche Wawa? Era como hacer un puzle, pero Hanna era demasiado impaciente para eso; siempre acababa ensamblando piezas que en realidad no encajaban.

Sonó el timbre. Hanna gimió y se levantó del sofá sin molestarse siquiera en colocarse la camiseta de tirantes elástica de color verde militar, que se le había dado la vuelta de tal forma que prácticamente se le veía un pecho. Abrió una rendija la puerta de roble y volvió a cerrarla enseguida.

*Yaya.* Se trataba de ese policía, el señor Abril. Ejem, Darren Wilden.

—Abre, Hanna.

Ella lo observó a través de la mirilla. Estaba de pie con los brazos cruzados, con un aire completamente circunspecto, pero por otra parte también estaba despeinado y no llevaba la pistola a la vista. Además, ¿qué clase de policía estaba de servicio a las diez de la mañana de un sábado despejado como ese?

Hanna observó su reflejo en el espejo redondo que había al otro lado de la sala. Dios. ¿Marcas de la almohada? Sí. ¿Ojos hinchados y labios sin brillo? Desde luego. Se restregó apresuradamente la cara con las manos, se recogió el cabello en una coleta y se puso las gafas oscuras redondas de Chanel. A continuación abrió la puerta.

—¡Hola! —exclamó jovialmente—. ¿Cómo estás?

—¿Está tu madre en casa? —preguntó Wilden.

—*Nop* —contestó Hanna con tono coqueto—. Estará fuera toda la mañana.

Wilden frunció los labios; parecía tenso. Hanna advirtió que tenía una tirita transparente justo encima de la ceja.

—¿Qué te ha pasado, te ha pegado tu novia? —le preguntó, señalándola.

—No... —Wilden se llevó una mano a la tirita—. Me he dado un golpe con el botiquín mientras me estaba lavando la cara. —Entrecerró los ojos—. No soy la



persona más habilidosa del mundo por las mañanas.

Hanna sonrió.

—Bienvenido al club. Yo anoche me caí de culo. Tuvo mucha gracia.

La expresión amable de Wilden se ensombreció de repente.

—¿Eso fue antes o después de que robaras el coche?

Hanna se echó hacia atrás.

—¿Qué?

¿Por qué la miraba como si fuera la hija ilegítima de unos alienígenas del espacio?

—Hemos recibido un soplo anónimo de que robaste un coche —declaró lentamente.

Hanna se quedó boquiabierta.

—Que yo... ¿qué?

—Un BMW negro. Del señor Edwin Eckard. Lo estrellaste contra un poste de teléfonos. Después de haberte bebido una botella de Ketel One. ¿Te suena algo de eso?

Hanna se subió las gafas oscuras por la nariz. *Un momento, ¿eso fue lo que pasó?*

—Anoche no me emborraché —mintió.

—Encontramos una botella de vodka en el suelo del coche del lado del conductor —dijo Wilden—. Así que había alguien borracho.

—Pero... —empezó Hanna.

—Tengo que llevarte a la comisaría —la interrumpió Wilden, aparentemente un tanto decepcionado.

—Yo no lo robé —chilló Hanna—. ¡Sean...! Su hijo... ¡Me dijo que podía cogerlo!

Wilden enarcó una ceja.

—¿De modo que admites que lo condujiste?

—Yo... —empezó Hanna. *Mierda*. Retrocedió un paso hacia el interior de la casa—. Pero mi madre ni siquiera está en casa. No sabrá lo que me ha pasado. —Para su vergüenza enseguida le afloraron lágrimas en los ojos. Se dio la vuelta, tratando de recuperar la compostura.

Wilden, incómodo, apoyó el peso del cuerpo en el otro pie. Parecía que no sabía qué hacer con las manos; primero se las metió en los bolsillos, después las alargó hacia Hanna y por último se las retorció.

—Escucha, podemos llamar a tu madre desde la comisaría, ¿de acuerdo? —dijo—. Y no te esposaré. Y puedes ir delante conmigo. —Volvió al coche y le abrió la puerta del pasajero.

Una hora después estaba sentada en los mismos asientos amarillos semejantes a cubos de plástico de la comisaría, contemplando el póster de los más buscados del condado de Chester y reprimiendo el impulso de echarse a

llorar de nuevo. Acababan de hacerle un análisis de sangre para comprobar si todavía estaba borracha. Hanna no estaba segura de ello. ¿El alcohol se quedaba tanto tiempo en el cuerpo? Ahora Wilden estaba inclinado sobre el mismo escritorio, en el que aún estaban los bolígrafos Bic y la espiral metálica antiestrés. Hanna se pellizcó la palma de la mano con las uñas y tragó saliva.

Por desgracia, los acontecimientos de la noche anterior se habían cohesionado en su mente. El Porsche, el ciervo y el airbag. ¿Le había dicho Sean que podía llevarse el coche? Lo dudaba; lo último que recordaba era el discursito que le había echado sobre respetarse a uno mismo antes de romper con ella en el bosque.

—Oye, ¿anoche fuiste al concurso de grupos de Swarthmore?

Había un chico en edad universitaria, unicejo y con el pelo rapado, sentado junto a ella. Llevaba una deshilachada camisa de franela de surfista y pantalones vaqueros con manchas de pintura y estaba descalzo. Tenía las manos esposadas.

—Ah, no —musitó Hanna.

Se inclinó hacia ella. Le olía el aliento a cerveza.

—Ah. Pensaba que habías ido. Yo sí que fui, pero bebí demasiado y asusté a unas vacas. ¡Por eso estoy aquí! ¡Por allanamiento!

—Me alegro por ti —repuso Hanna con tono gélido.

—¿Cómo te llamas? —Tintineó las esposas.

—Ah, Angelina. —De ninguna manera iba a decirle su verdadero nombre.

—Hola, Angelina —dijo él—. ¡Yo me llamo Brad!

Hanna esbozó una sonrisa ante aquella frase tan patética.

En ese preciso momento se abrió la puerta principal de la comisaría. Hanna se echó hacia atrás en el asiento y se subió las gafas oscuras por la nariz. Estupendo. Era su madre.

—He venido en cuanto me he enterado —le dijo la señorita Marin a Wilden.

Aquella mañana se había puesto una sencilla camiseta blanca de cuello ancho, pantalones vaqueros James de cintura baja, zapatos de tacón de Gucci con una tira en el talón y las mismas gafas oscuras de Chanel que llevaba Hanna. Tenía la piel resplandeciente (había pasado toda la mañana en el spa) y se había recogido el cabello caoba en una sencilla coleta. Hanna entrecerró los ojos. ¿Se había puesto relleno en el sujetador? Parecía que sus pechos eran de otra.

—Hablaré con ella —le susurró a Wilden. A continuación se dirigió hacia Hanna. La señorita Marin olía a mascarilla corporal de algas. Hanna, convencida de que ellaapestaba a Ketel One y gofres Eggo, trató de encogerse en el asiento.

—Lo siento —chilló.

—¿Te han obligado a hacerte un análisis de sangre? —dijo su madre entre dientes.

Ella asintió, afligida.

—¿Qué más les has contado?

—Nn... nada —tartamudeó.

La señorita Marin entrelazó las manos con manicura francesa.

—Vale. Yo me encargo de esto. Tú cállate.

—¿Qué vas a hacer? —susurró—. ¿Vas a llamar al padre de Sean?

—He dicho que yo me encargo, Hanna.

Su madre se levantó de los asientos de cubo de plástico para inclinarse sobre el escritorio de Wilden. Hanna rebuscó en el bolso el paquete de regalices que reservaba para las emergencias. No se lo comería entero, sólo un par. Tenía que estar en alguna parte.

Cuando estaba sacando los regalices percibió la vibración de la BlackBerry y titubeó. ¿Y si era Sean, que le había dejado un mensaje echándole la bronca en el contestador? ¿Y si era Mona? ¿Dónde demonios estaba Mona? ¿La habían dejado ir al torneo de golf? Ella no había robado el coche, pero la había acompañado. Eso tenía que contar para algo.

La BlackBerry tenía varias llamadas perdidas. Sean... seis veces. Mona dos, a las ocho y las ocho y tres minutos. Además, había algunos mensajes nuevos de un puñado de chicos de la fiesta que no estaban relacionados, excepto uno de un número de teléfono móvil que no conocía. Se le hizo un nudo en el estómago.

Hanna: ¿te acuerdas del cepillo de  
dientes de Kate? ¡Eso pensaba! —A.

Hanna pestañeó. Un sudor frío y húmedo le brotó en la nuca. Se sintió mareada. ¿El cepillo de dientes de Kate?

—Venga ya —musitó temblorosamente, intentando reírse. Miró a su madre, pero estaba inclinada sobre el escritorio de Wilden, hablando con él.

En Anápolis, después de que su padre le dijera que era, esencialmente, una cerda, Hanna se había levantado apresuradamente de la mesa y había entrado corriendo en la casa. Se escondió en el tocador de señoras, cerró la puerta y se sentó en el retrete.

Respiró profundamente, procurando tranquilizarse. ¿Por qué no podía ser guapa, elegante y perfecta como Ali o Kate? ¿Por qué tenía que ser como era, regordeta, torpe y desaliñada? Y no sabía con quién estaba más enfadada: con su padre, con Kate, con ella misma o... con Alison.

Mientras sofocaba ardientes lágrimas de rabia reparó en las tres fotografías enmarcadas que habían colgado delante del retrete. Se trataba de primeros planos de otros tantos pares de ojos. Reconoció al instante los ojos expresivos y entreabiertos de su padre. Y también estaban los ojos pequeños y almendrados de Isabel. Los últimos eran grandes y seductores. Parecía que habían salido de un anuncio de rímel de Chanel. Era evidente que eran los de Kate.

Todos la estaban observando.

Hanna se miró en el espejo. Oyó estruendosas carcajadas desde fuera. Le parecía que iba a estallarle el estómago a causa de las palomitas que todos la habían visto comer. Se encontraba tan enferma que quería deshacerse de ellas, pero cuando se inclinó sobre el retrete no pasó nada. Le rodaron lágrimas por las mejillas. Mientras alargaba la mano en busca de un clínex reparó en un cepillo de dientes verde que descansaba en una tacita de porcelana. Eso le dio una idea.

Tardó diez minutos en hacer acopio del coraje necesario para metérselo en la garganta, pero cuando lo hizo se sintió peor... y al mismo tiempo mejor. Se echó a llorar aún más fuerte, pero también deseaba volver a hacerlo. Cuando se estaba metiendo de nuevo el cepillo de dientes en la boca, la puerta del baño se abrió de repente.

Era Alison. Observó a Hanna, que estaba de rodillas en el suelo con el cepillo de dientes en la mano.

—Vaya —musitó.

—Vete, por favor —susurró Hanna.

Alison entró un paso en el cuarto de baño.

—¿Quieres hablar de esto?

Hanna la miró desesperada.

—¡Por lo menos cierra la puerta!

Ali cerró la puerta y se sentó en el borde de la bañera.

—¿Desde cuándo haces esto?

A Hanna le tembló el labio.

—¿Que hago qué?

Ali hizo una pausa, mirando el cepillo de dientes. Se le pusieron los ojos como platos. Hanna siguió la dirección de su mirada. Antes no se había dado cuenta, pero en uno de los lados estaba impreso el nombre de Kate con letras blancas.

Un teléfono sonó estruendosamente en la comisaría y Hanna dio un respingo. *¿Te acuerdas del cepillo de dientes de Kate?* Era posible que otra persona se hubiera enterado de su desorden alimenticio, la hubiera visto entrar en la comisaría o incluso hubiese conocido a Kate. ¿Pero el cepillo de dientes verde? Sólo había una persona que lo supiera.

A Hanna le gustaba pensar que si Ali estuviera viva, estaría de su parte, ahora que tenía una vida tan perfecta. Esa era la escena que imaginaba constantemente: Ali deslumbrada ante sus pantalones vaqueros de la talla dos. Ali elogiando su brillo de labios de Chanel. Ali felicitándola por haber planeado una fiesta perfecta en la piscina.

Con manos temblorosas, Hanna escribió: « ¿Eres Alison? » .

—Wilden —vociferó un policía—. Te necesitamos aquí detrás.

Hanna alzó la vista. Darren Wilden se levantó del escritorio, disculpándose ante la señorita Marin. Al cabo de unos segundos la comisaría entera entró en acción. Un coche patrulla salió volando del aparcamiento; otros tres lo siguieron.

Los teléfonos sonaban frenéticamente; cuatro agentes atravesaron la sala a la carrera.

—Parece que se trata de algo gordo —comentó Brad, el intruso borracho que estaba sentado junto a ella. Hanna se estremeció; había olvidado que estaba allí.

—¿Escasez de donuts? —preguntó, intentando reírse.

—Más gordo. —Hizo sonar las manos esposadas con entusiasmo—. Parece que se trata de algo muy gordo.

## Buenos días, te odiamos

El sol se filtraba a través de la ventana del granero y por primera vez en su vida Spencer se despertó con el trino de los exultantes gorrones en lugar de la terrorífica recopilación de tecno de los años noventa que su padre escuchaba a todo volumen en el gimnasio de la casa principal. Pero ¿podía disfrutarlo? *Nop*.

Aunque no había bebido ni una gota la noche anterior, le dolía todo el cuerpo y sentía el aturdimiento propio de la resaca. No tenía nada de sueño en su depósito de combustible. Después de que Wren se marchase había intentado dormir pero le daba vueltas la cabeza. La forma en la que Wren la había abrazado era tan... distinta. Spencer jamás había sentido nada remotamente parecido.

Pero después el mensaje. Y la expresión serena y escalofriante de Melissa. Y...

A medida que transcurría la noche se oían chirridos y gemidos en el granero y Spencer, temblando, se cubrió hasta la nariz con las mantas. Se reprendió por ser tan inmadura y paranoica, pero no podía evitarlo. No dejaba de pensar en las posibilidades.

Finalmente se levantó y reinició el ordenador. Navegó por Internet durante horas. Primero consultó páginas web técnicas para averiguar cómo se rastreaban los mensajes instantáneos. No tuvo suerte. A continuación intentó descubrir de dónde había salido el primer correo electrónico, el que se titulaba: «Codicia». Deseaba desesperadamente que el rastro la llevase a Andrew Campbell.

Resultó que Andrew tenía un *blog*, pero, aunque Spencer lo leyó atentamente de principio a fin, no encontró nada. Todas las entradas se referían a libros que le gustaban, así como pretenciosos pensamientos filosóficos y algunos pasajes melancólicos sobre un amor no correspondido por una chica a la que nunca nombraba. Confiaba en que hubiera cometido un error y se hubiera delatado, pero no lo había hecho.

Por último insertó las palabras clave: «Personas desaparecidas» y «Alison DiLaurentis».

Encontró lo mismo de hacía tres años: los reportajes de la CNN y el *Philadelphia Enquirer*, grupos de búsqueda y sitios siniestros como el que mostraba el posible aspecto que habría tenido Ali con diferentes peinados. Spencer contempló la fotografía de la escuela en la que se habían basado; no veía una foto de Ali desde hacía mucho tiempo. ¿La reconocería si tuviera, por ejemplo, una media melena morena? En la imagen que habían creado parecía

distinta, en efecto.

La puerta de pantalla de la casa principal emitió un chirrido cuando Spencer la empujó nerviosamente. Dentro olía a café recién hecho, algo extraño, puesto que a esa hora su madre solía estar en los establos y su padre montando en bicicleta o en el campo de golf. Se preguntó qué habría sucedido entre Melissa y Wren la noche anterior y rezó para no tener que enfrentarse con ellos.

—Te estábamos esperando.

Spencer dio un respingo. En la mesa de la cocina estaban sus padres y Melissa. Su madre estaba pálida y exhausta y a su padre se le habían puesto las mejillas coloradas como una remolacha. Melissa tenía los ojos hinchados y enrojecidos. Ni siquiera los dos perros saltaron para saludarla como hacían siempre.

Spencer tragó saliva con dificultad. De poco le habían servido las oraciones.

—Siéntate, por favor —murmuró su padre.

Spencer apartó ruidosamente una silla de madera y tomó asiento al lado de su madre. La habitación estaba tan muda y silenciosa que oía los sonidos que producía su propio estómago, que había iniciado un nervioso centrifugado.

—No sé ni qué decir —musitó su madre con voz ronca—. ¿Cómo has podido hacerlo?

Le dio un vuelco el estómago. Abrió la boca, pero su madre alzó la mano.

—En este momento no tienes derecho a hablar.

Spencer cerró bruscamente la boca y bajó la vista.

—Sinceramente —añadió su padre—, en este momento me da vergüenza que seas mi hija. Creía que te habíamos educado mejor.

Spencer se mordisqueó una áspera cutícula del dedo pulgar mientras procuraba que no le temblara la mandíbula.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó su madre—. Era el novio de tu hermana. Iban a irse a vivir juntos. ¿Te das cuenta de lo que has hecho?

—Yo... —empezó Spencer.

—Es que... —la interrumpió su madre; después se retorció las manos y bajó la vista.

—Aún no tienes dieciocho años, lo que significa que somos legalmente responsables de ti —dijo su padre—. Pero si por mí fuera, te echaría de esta casa ahora mismo.

—Ojalá no tuviera que volver a verte nunca —escupió Melissa.

Spencer creyó que iba a desmayarse. Casi esperaba que dejaran las tazas de café sobre la mesa y le dijeran que sólo estaban bromeando y que todo iba bien. Pero no podían ni mirarla. Las palabras de su padre le herían los oídos: *Me da vergüenza que seas mi hija*. Nunca le habían dicho nada parecido.

—Una cosa está clara; Melissa se instalará en el granero —prosiguió su madre—. Quiero que saques todas tus cosas y las lleses a tu habitación. Y cuando

la casa del centro esté lista pienso convertir el granero en un estudio de cerámica.

Spencer apretó los puños por debajo de la mesa, conminándose a contener el llanto. En realidad no le importaba el granero. Lo que le importaba era lo que este traía consigo. Era que su padre iba a hacerle unos estantes. Que su madre iba a ayudarla a elegir cortinas nuevas. Le habían dicho que podía tener un gato y habían pasado unos minutos imaginando nombres graciosos para él. Se alegraban por ella. Les importaba.

Alargó la mano hacia el brazo de su madre.

—Lo siento...

Su madre se apartó.

—Spencer, no hagas eso.

Spencer no tuvo fuerzas para sofocar un sollozo. Le rodaron lágrimas por las mejillas.

—De todas formas, no es conmigo con quien debes disculparte —murmuró su madre.

Spencer miró a Melissa, que estaba lloriqueando al otro lado de la mesa, y se secó la nariz. Por mucho que odiase a su hermana, no la veía tan afligida desde que Ian había roto con ella en el instituto. No estaba bien que hubiese flirteado con Wren, pero no pensaba que las cosas fuesen a llegar hasta ese punto. Intentó ponerse en el lugar de Melissa; si hubiese conocido a Wren antes y Melissa lo hubiera besado ella también estaría hecha polvo. Se le ablandó el corazón.

—Lo siento —susurró.

Melissa se estremeció.

—Púdrete en el infierno —escupió.

Spencer se mordió la mejilla por dentro con tanta fuerza que probó su propia sangre.

—Saca tus cosas del granero. —Su madre suspiró—. Y después quítate de nuestra vista.

A Spencer se le pusieron los ojos como platos.

—Pero... —chilló.

Su padre le dirigió una mirada desdeñosa.

—Qué despreciable —murmuró su madre.

—Eres una puta —añadió Melissa.

Spencer asintió; quizá se detuvieran si se mostraba de acuerdo con ellos. Quería encogerse en una bolita y evaporarse. Pero balbució:

—Iré a hacerlo ahora mismo.

—Bien. —Su padre bebió otro sorbo de café y se levantó de la mesa.

Melissa profirió un débil chillido y echó la silla hacia atrás. Subió las escaleras gimiendo y cerró violentamente la puerta del dormitorio.

—Wren se fue anoche —anunció el señor Hastings, deteniéndose en la puerta—. No volveremos a tener noticias tuyas nunca más. Y si tú sabes lo que te



conviene jamás volverás a hablar de él.

—Claro —farfulló Spencer, y descansó la cabeza en la fría mesa de roble.

—Bien.

Spencer apoyó firmemente la cabeza en la mesa, practicando la respiración de fuego del yoga mientras esperaba a que alguien volviera y le dijera que todo saldría bien. Pero no fue nadie. Fuera se oyó el lejano alarido de la sirena de una ambulancia. Parecía que se estaba acercando a la casa.

Spencer se incorporó. *Ay, Dios.* ¿Y si Melissa se había... hecho daño? Pero ella no haría nada parecido, ¿verdad? Las sirenas aullaban, acercándose. Spencer echó bruscamente la silla hacia atrás.

*Me cago en la leche.* ¿Qué había hecho?

—¡Melissa! —chilló, corriendo hacia las escaleras.

—¡Eres una puta! —se oyó una voz—. ¡Eres una jodida puta!

Spencer se derrumbó contra la barandilla. Bueno. Después de todo, parecía que Melissa estaba bien.

## El circo ha vuelto a la ciudad

Emily se alejó de la casa de Aria pedaleando enérgicamente, eludiendo apenas a un hombre que iba corriendo por el arcén.

—¡Ten cuidado! —vociferó este.

Emily tomó una decisión mientras adelantaba a una vecina que estaba paseando a dos enormes gran daneses. Tenía que ir a casa de Maya. Era la única respuesta. Quizá le hubiese devuelto amablemente la nota después de que ella le hablara de Alison la noche anterior. Quizá hubiese querido mencionar la carta entonces pero no lo hubiera hecho por el motivo que fuera. Quizá la A fuera realmente una M.

Además, Maya y ella tenían que hablar de un millón de cosas, aparte de la nota. Emily cerró los ojos, recordando. Prácticamente podía oler el chicle de plátano de Maya y sentir los suaves contornos de su boca. Al abrir los ojos viró para esquivar el bordillo.

De acuerdo, estaba claro que tenían que aclarar eso. Pero ¿qué era lo que quería decirle Emily?

*Me encantó.*

No. Por supuesto que no diría eso. Diría: «Deberíamos ser solamente amigas». Volvería con Ben, después de todo. Si acaso este estaba dispuesto a aceptarla. Quería rebobinar el tiempo y volver a ser la Emily que estaba contenta con su vida y con la que sus padres estaban contentos. La que sólo se preocupaba por el alcance de su brazada de pecho y los deberes de álgebra.

Emily pasó frente al parque Myer, donde Ali y ella habían pasado muchas horas columpiándose. Trataban de darse impulso al unísono y cuando estaban perfectamente acompasadas Ali siempre exclamaba: «¡Estamos casadas!» . Entonces chillaban y saltaban al mismo tiempo.

Pero ¿y si Maya no le hubiera dejado aquella nota en la bicicleta? Cuando Emily le había preguntado a Aria si Ali le había contado su secreto, ella había contestado: «¿Qué, hace poco?» . ¿Por qué habría dicho eso? A menos que... a menos que supiese algo. A menos que Ali hubiese vuelto.

¿Era posible?

Emily derrapó en la gravilla. No, eso era una locura. Su madre todavía intercambiaba postales con la señora DiLaurentis; si Ali hubiese vuelto, ella se habría enterado. Al principio, la desaparición de Ali había salido en las noticias a todas horas. Últimamente los padres de Emily veían la CNN mientras desayunaban. Seguro que habría vuelto a ser una noticia destacada.

Sin embargo, era emocionante considerarlo. Después de la desaparición de Ali, Emily le había preguntado a la Bola 8 Mágica todas las noches durante casi un año si Alison volvería. Aunque a veces contestaba: «Espera y verás», en ningún momento le había dicho: «No». También hacía apuestas consigo misma: «Si hoy se suben al autobús del colegio dos chicos con una camiseta roja —susurraba para sus adentros—, es que Ali está bien. Si sirven *pizza* en la comida es que Ali no está muerta. Si la entrenadora nos hace practicar salidas y virajes es que Ali va a volver». Nueve de cada diez veces, según sus pequeñas supersticiones, Ali ya estaba volviendo a ellas.

A lo mejor había estado en lo cierto desde el principio.

Remontó la colina y dobló una curva pronunciada, eludiendo apenas un monumento de piedra que conmemoraba una batalla de la Revolución. ¿Cómo afectaría el regreso de Ali a la amistad de Emily con Maya? Dudaba que pudiese tener dos mejores amigas... dos mejores amigas hacia las que abrigaba sentimientos tan parecidos. Se preguntó qué pensaría Ali de Maya. ¿Y si se odiaban?

Me encantó.

*Deberíamos ser solamente amigas.*

Pasó velozmente ante las hermosas haciendas, las ruinosas posadas de piedra y las furgonetas de los jardineros estacionadas en el arcén. Era la misma ruta que solía recorrer en bicicleta hasta la casa de Ali; de hecho, la última vez había sido antes de besarla. Emily no lo había planeado de antemano; algo se había apoderado de ella en el calor del momento. Jamás olvidaría la suavidad de sus labios ni la expresión de asombro de su rostro al echarse hacia atrás.

«¿Por qué lo has hecho?», le había preguntado.

De repente aulló una sirena detrás de ella. Emily apenas había tenido tiempo para apartarse hacia el borde de la calzada cuando una ambulancia de Rosewood la adelantó estruendosamente, levantando una ráfaga de aire que le arrojó polvo a la cara. Emily se frotó los ojos y contempló la ambulancia cuando esta ascendió hasta la cima de la colina y se detuvo momentáneamente ante la calle de Alison.

A continuación enfiló esa misma calle. El miedo hizo mella en Emily. La calle de Ali era... la calle de Maya. Aferró los manguitos de goma de la bicicleta.

Con tanto ajeteo había olvidado el secreto que Maya le había confiado la noche anterior. Los cortes. El hospital. Aquella enorme y serpenteante cicatriz. «A veces siento que tengo que hacerlo», le había dicho.

—Ay, Dios mío —musitó Emily.

Pedaleó enérgicamente y derrapó en la esquina. *Si las sirenas de la ambulancia se detienen cuando doble la esquina —se dijo—, es que Maya está bien.*

Pero entonces la ambulancia se detuvo ante la casa de Maya. Las sirenas seguían aullando. Había coches patrulla por todas partes.

—No —murmuró Emily. Unos enfermeros vestidos de blanco se bajaron del vehículo y fueron corriendo hacia la casa. El patio de Maya estaba atestado de personas, algunas llevaban cámaras. Emily arrojó la bicicleta en el bordillo y se precipitó hacia la casa haciendo esos.

—¡Emily!

Maya se abrió paso entre la muchedumbre. Emily sofocó una exclamación y corrió hacia los brazos de Maya; las lágrimas le rodaban profusamente por las mejillas.

—Estás bien. —Emily sollozó—. Tenía miedo de que...

—Estoy bien —le aseguró Maya.

Pero su tono traslucía que algo a todas luces no lo estaba. Emily se echó hacia atrás. Maya tenía los ojos enrojecidos y húmedos y las comisuras de los labios inclinadas hacia abajo en una mueca nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Emily—. ¿De qué se trata?

Maya tragó saliva.

—Han encontrado a tu amiga.

—¿Qué? —Emily la miró fijamente y contempló la escena que se estaba desarrollando en el jardín. Le resultaba lúgubremente familiar: la ambulancia, los coches patrulla, las aglomeraciones de personas y las cámaras de larga distancia. Había un helicóptero de los informativos suspendido en lo alto. Era exactamente la misma escena que se había producido hacía tres años tras la desaparición de Ali.

Emily se zafó de los brazos de Maya esbozando una sonrisa incrédula. ¡Sí que había estado en lo cierto!

Alison había vuelto a casa como si nada hubiera pasado.

—¡Lo sabía! —susurró.

Maya le cogió la mano.

—Estaban excavando para construir la cancha de tenis. Mi madre estaba delante. Ella... la vio. La oí gritar desde mi habitación.

Emily le soltó la mano.

—Espera. ¿Qué?

—He intentado llamarte —añadió Maya.

Emily frunció el ceño y le devolvió la mirada. A continuación observó la brigada compuesta de veinte policías. A la señora Saint Germain, que estaba sollozando junto a un neumático que hacía las veces de columpio. La cinta con la leyenda «Cordón policial, prohibido el paso» que trazaba un círculo alrededor del jardín. Y la furgoneta estacionada en el camino de entrada que decía: «Depósito de cadáveres de la policía de Rosewood». Tuvo que leer el rótulo seis veces hasta que cobró sentido. Se le aceleró el pulso y de pronto no pudo respirar.

—No... lo entiendo —farfulló, retrocediendo otro paso—. ¿A quién han encontrado?

Maya la miró con una expresión compasiva y los ojos relucientes a causa de las lágrimas.

—A tu amiga Alison —susurró—. Acaban de encontrar su cadáver.

## El infierno sí que son los demás

Byron Montgomery bebió un abundante sorbo de café y encendió temblorosamente una pipa.

—La encontraron cuando estaban excavando en el bloque de cemento del antiguo patio trasero de los DiLaurentis para construir una cancha de tenis.

—Estaba debajo del cemento —intervino Ella—. La reconocieron por el anillo que llevaba. Pero están haciendo análisis de ADN para asegurarse.

Aria sintió que un puño le aporreaba el estómago. Recordaba el anillo de oro blanco con las iniciales de Ali. Sus padres se lo habían comprado en Tiffany's cuando tenía diez años, después de que le hubiesen extirpado las amígdalas. A Ali le gustaba ponérselo en el dedo meñique.

—¿Por qué tienen que hacerle análisis de ADN? —preguntó Mike—. ¿Es que estaba descompuesta?

—¡Michelangelo! —Byron frunció el ceño—. No digas esas cosas delante de tu hermana.

Mike se encogió de hombros y se metió en la boca un chicle de manzana verde ácida. Aria estaba sentada delante de su hermano; las lágrimas le resbalaban en silencio por las mejillas y estaba deshilachando distraídamente el borde de un mantel individual de caña. Eran las dos de la tarde y estaban sentados en torno a la mesa de la cocina.

—Puedo soportarlo. —Sintió que se le estrechaba la garganta—. ¿Estaba descompuesta?

Sus padres se miraron.

—Bueno, sí —admitió su padre, rascándose el pecho a través de un agujerito de la camiseta—. Los cadáveres se corrompen bastante deprisa.

—Cómo mola —murmuró Mike.

Aria cerró los ojos. Alison estaba muerta. Su cuerpo estaba podrido. Probablemente la habían matado.

—¿Cariño? —susurró Ella, poniendo la mano encima de la de Aria—. Mi amor, ¿te encuentras bien?

—No lo sé —murmuró Aria, tratando de no echarse a llorar de nuevo.

—¿Quieres un Xanax? —preguntó Byron.

Aria meneó la cabeza.

—Yo sí que me tomaría un Xanax —se apresuró a decir Mike.

Aria se mordisqueaba nerviosamente el canto del dedo pulgar. Sentía calor y después frío en el cuerpo. No sabía qué hacer ni qué pensar. Creía que la única persona que podría reconfortarla era Ezra; creía que a él podría explicarle todo lo

que sentía. En el peor de los casos, la dejaría hacerse un ovillo en su futón de tela vaquera y llorar.

Echó hacia atrás la silla y se fue a su habitación. Byron y Ella intercambiaron una mirada y la siguieron hasta la escalera de caracol.

—¿Carino? —preguntó Ella—. ¿Qué podemos hacer?

Pero Aria hizo caso omiso de ellos y empujó la puerta del dormitorio. Su habitación era un desastre. No la había limpiado desde que habían vuelto de Islandia y tampoco era la chica más ordenada del mundo. Había montones desordenados de ropa por todo el suelo. Sobre la cama había unos cedés, lentejuelas con las que se estaba haciendo un sombrero bordado, pinturas al agua, naipes, Cerdunia, algunos bocetos del perfil de Ezra y varias madejas de hilo. La alfombra tenía una gran mancha de cera roja. Buscó el Treo entre las mantas de la cama y en la superficie del escritorio; tenía que llamar a Ezra. Pero no encontró el teléfono. Registró el bolso verde que había llevado a la fiesta la noche anterior, pero tampoco estaba dentro.

Entonces se acordó. Después de haber recibido aquel mensaje, había saltado el teléfono como si fuera venenoso. Debía de habérselo dejado en casa de Ezra.

Bajó corriendo las escaleras. Sus padres todavía estaban en el rellano.

—Me llevo el coche —musitó, cogiendo las llaves del gancho que había junto a la mesa del vestíbulo.

—De acuerdo —dijo su padre.

—Tómate tu tiempo —añadió su madre.

Alguien había apuntalado la puerta del edificio de Ezra con una voluminosa escultura metálica de un terrier. Aria la sorteó y se adentró en el pasillo. Llamó a la puerta de Ezra. Experimentaba la misma sensación que cuando tenía muchas ganas de hacer pis; quizá fuese una tortura, pero sabía que enseguida se encontraría muchísimo mejor.

Ezra abrió la puerta. En cuanto la vio trató de volver a cerrarla.

—Espera —chilló Aria, que seguía teniendo la voz llorosa. Ezra retrocedió hasta la cocina, dándole la espalda. Ella lo siguió.

Ezra se dio la vuelta para hacerle frente. Estaba sin afeitarse y parecía agotado.

—¿Qué haces aquí?

Aria se mordió el labio.

—He venido a verte. Me han dado una noticia... —El Treo estaba sobre el aparador. Aria lo cogió—. Gracias. Lo has encontrado.

Ezra le dirigió una mirada furiosa al Treo.

—Vale, ya lo tienes. ¿Quieres marcharte ya?

—¿Qué te pasa? —Se dirigió hacia él—. Tengo que darte una noticia. Tenía que verte...

—Sí, y o también tengo una noticia —la interrumpió Ezra, apartándose de ella—. En serio, Aria. No puedo... No puedo ni mirarte.

A Aria le afloraron lágrimas en los ojos.

—¿Qué? —Se quedó mirándolo, confusa.

Ezra bajó la mirada.

—Me he enterado de lo que has dicho sobre mí por el móvil.

Aria frunció el ceño.

—¿El móvil?

Ezra alzó la cabeza. Sus ojos despedían un fulgor de cólera.

—¿Es que crees que soy idiota? ¿Todo esto no ha sido más que un juego? ¿Un reto?

—¿Qué estás...?

Ezra suspiró enfurecido.

—Bueno, ¿sabes una cosa? Me has pillado. ¿Vale? He caído en tu broma pesada. ¿Estás contenta? Ahora vete.

—No lo entiendo —exclamó Aria.

Ezra estampó la palma de la mano contra la pared con tanta fuerza que Aria dio un respingo.

—¡No te hagas la tonta! ¡No soy un niño, Aria!

A Aria le temblaba todo el cuerpo.

—Te juro por Dios que no sé de qué estás hablando. ¿Quieres explicármelo, por favor? ¡Me estás haciendo polvo!

Ezra retiró la mano de la pared y empezó a dar vueltas por la pequeña habitación.

—Muy bien. Después de que te fueras intenté dormir. Entonces sonó un... un pitido. ¿Sabes lo que era? —Señaló al Treo—. Tu teléfono. La única manera de pararlo era abrir los mensajes.

Aria se enjugó los ojos.

Ezra cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Quieres que te los repita?

Entonces Aria cayó en la cuenta. Los mensajes.

—¡Espera! ¡No! ¡No lo entiendes!

Ezra se estremeció.

—¿«Charla profesor alumna»? ¿«Punto extra»? ¿Te suena?

—No, Ezra —tartamudeó Aria—. No lo entiendes. —El mundo estaba dando vueltas. Aria se aferró al borde de la mesa de la cocina de Ezra.

—Estoy esperando —dijo Ezra.

—Han matado a una amiga mía —empezó—. Acaban de encontrar su cadáver. —Aria abrió la boca para seguir hablando, pero no encontró las palabras. Ezra estaba detrás de la bañera, en el punto de la estancia más alejado de ella.



» Esto es una tontería —prosiguió Aria—. ¿Quieres venir, por favor? ¿Puedes abrazarme por lo menos?

Ezra cruzó los brazos sobre el pecho y bajó la vista. Estuvo así durante lo que a ella le pareció mucho tiempo.

—Me gustabas mucho —dijo al fin, con voz gruesa.

Aria sofocó un sollozo.

—Tú también me gustas mucho... —Se acercó a él.

Pero Ezra se apartó.

—No. Tienes que irte de aquí.

—Pero...

Ezra le tapó la boca con la mano.

—Por favor —insistió, un tanto desesperado—. Por favor, vete.

A Aria se le pusieron los ojos como platos y sintió un martilleo en la cabeza. Se activaron señales mentales de alarma. Aquello estaba... mal. En un impulso le mordió la mano a Ezra.

—¿Qué cojones? —chilló este, echándose hacia atrás.

Aria retrocedió, perpleja. La sangre manaba de la mano de Ezra hasta el suelo.

—¡Estás chiflada! —exclamó Ezra.

Aria respiraba entrecortadamente. No habría podido hablar aunque hubiese querido. De modo que se dio la vuelta y fue corriendo hacia la puerta. Cuando estaba girando el picaporte algo pasó volando junto a ella, rebotó en la pared y aterrizó al lado de su pie. Se trataba de un ejemplar de *El ser y la nada* de Jean Paul Sartre. Aria se volvió hacia Ezra, boquiabierta de asombro.

—¡Lárgate! —bramó Ezra.

Aria cerró violentamente la puerta a sus espaldas y atravesó el jardín lo más deprisa que le permitieron las piernas.

## Una estrella caída

Al día siguiente Spencer estaba ante la ventana de su antigua habitación, fumándose un Marlboro y observando el antiguo dormitorio de Alison, al otro lado del jardín. Estaba oscuro y desierto. Después se volvió hacia el patio de los DiLaurentis. Las luces intermitentes no se habían apagado desde que la habían encontrado.

La policía había delimitado la zona de cemento del antiguo patio trasero de Alison con cinta de «Prohibido el paso», aunque ya habían exhumado el cadáver. Además, habían instalado enormes tiendas de campaña alrededor de la zona mientras lo hacían, de modo que Spencer no había visto nada. Tampoco era que hubiese querido. Era más que horrible pensar que el cuerpo de Alison había estado en la casa de al lado pudriéndose bajo el suelo desde hacía tres años. Spencer recordaba las obras anteriores a la desaparición de Ali. Habían excavado un agujero más o menos la noche que ella se había esfumado. Además, sabía que lo habían llenado después de que ella desapareciera, aunque no estaba segura del momento preciso. Alguien la había tirado allí dentro.

Aplastó el Marlboro contra el revestimiento de ladrillo de la casa y se volvió nuevamente hacia la revista *Lucky*. Apenas había intercambiado una palabra con su familia desde la confrontación del día anterior y había intentado calmarse examinándola metódicamente y señalando todo lo que quería comprar con las pequeñas pegatinas con la inscripción «Sí» que adjuntaba la revista. Pero mientras observaba una página de americanas de *tweed* se le nublaron los ojos.

Ni siquiera podía hablar de ello sus padres. El día anterior, después de que se hubiesen enfrentado con ella durante el desayuno, Spencer había salido para ver a qué venían tantas sirenas; las ambulancias la ponían nerviosa desde lo de Jenna y la desaparición de Ali. Cuando atravesaba el jardín en dirección a la casa de los DiLaurentis tuvo un presentimiento y se dio la vuelta. Sus padres también habían salido para averiguar lo que pasaba. Cuando vieron que se daba la vuelta apartaron apresuradamente la vista. La policía le ordenó que retrocediera, alegando que era una zona restringida. Entonces Spencer reparó en la furgoneta del depósito de cadáveres. Uno de los *walkie-talkies* de los policías emitió un chisporroteo: «Alison».

Sintió un frío intenso. El mundo daba vueltas. Spencer se desmoronó sobre la hierba. Alguien se dirigió a ella, pero Spencer no entendió lo que le decía.

—Has sufrido un shock —oyó al fin—. Intenta tranquilizarte. —Su campo de visión era tan reducido que Spencer no estaba segura de quién era; sólo de que no

era ninguno de sus progenitores. Volvió con una manta y le dijo que se quedara sentada un rato y no cogiera frío.

Cuando Spencer se sintió con fuerzas para levantarse, la persona que la había ayudado se había marchado. Y sus padres también. Ni siquiera se habían molestado en comprobar si estaba bien.

Había pasado el resto del sábado y buena parte del domingo en su habitación; sólo se había aventurado a salir al pasillo para ir al cuarto de baño cuando sabía que no había nadie cerca. Confiaba en que alguien subiera para ver cómo estaba, pero al oír que llamaban débil y tentativamente a la puerta aquella tarde no había contestado. No estaba segura del motivo. Quienquiera que fuese, había oído que suspiraba y se alejaba de nuevo por el pasillo.

Y entonces, hacía apenas media hora, Spencer había visto que el Jaguar de su padre daba marcha atrás por el camino de entrada y se incorporaba a la carretera principal. Su madre iba en el asiento del pasajero; Melissa estaba detrás. No tenía ni idea de adónde iban.

Se desplomó en la silla del ordenador y abrió el primer correo electrónico de A, el que hablaba de codiciar cosas que no se podían tener. Después de haberlo leído varias veces pinchó en «Responder». Escribió lentamente: «¿Eres Alison?».

Titubeó antes de pinchar «Enviar». ¿Estaría alucinando con las luces de la policía? Las chicas muertas no tenían cuentas de Hotmail. Ni alias en el Messenger. Spencer tenía que controlarse; alguien se estaba haciendo pasar por Ali. Pero ¿quién?

Miró el móvil Mondrian que había comprado el año anterior en el museo de arte de Filadelfia. Entonces oyó un plink. Volvió a sonar.

Plink.

De hecho, sonaba muy cerca. En la ventana. Spencer se incorporó en el momento preciso en el que otro guijarro se estrellaba contra la ventana. Alguien le estaba tirando piedras.

¿A?

Al siguiente golpe Spencer se dirigió a la ventana... y entonces sofocó una exclamación. Wren estaba en el jardín. Las luces azules y rojas de los coches patrulla arrojaban constantemente franjas de sombras sobre sus mejillas. Al verla Wren lució una enorme sonrisa. Spencer bajó corriendo las escaleras de inmediato, sin importarle que tuviera el pelo horrible ni que llevara unos pantalones de pijama de Kate Spade manchados de salsa marinera. Wren fue corriendo hacia ella cuando salió por la puerta. La envolvió con los brazos y le dio un beso en la cabeza despeinada.

—No puedes estar aquí —murmuró ella.

—Lo sé. —Wren se echó hacia atrás—. Pero he visto que no estaba el coche de tus padres, así que...

Spencer le pasó la mano por el pelo suave. Wren parecía exhausto. ¿Y si había tenido que pasar la noche en su pequeño Toyota?

—¿Cómo sabías que había vuelto a mi antigua habitación?

Wren se encogió de hombros.

—Un presentimiento. Además, me había parecido ver tu cara en la ventana. Quería venir antes, pero había... todo eso. —Señaló los coches patrulla y las variopintas furgonetas de los informativos aparcadas en la casa de al lado—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —contestó Spencer. Alzó la cabeza hacia la boca de Wren y se mordió el labio reseco para no echarse a llorar—. ¿Y tú te encuentras bien?

—¿Yo? Claro.

—¿Tienes algún sitio donde vivir?

—Puedo quedarme en el sofá de un amigo hasta que encuentre algo. No es para tanto.

Ojalá Spencer también hubiese podido quedarse en el sofá de una amiga. Entonces se le ocurrió una cosa:

—¿Melissa y tú habéis roto?

Wren se llevó la mano a la cara y exhaló un suspiro.

—Por supuesto —dijo suavemente—. Era bastante obvio. Estar con Melissa no era como...

Sus palabras se apagaron poco a poco, pero Spencer creía que sabía lo que iba a decir. *No era como estar contigo*. Sonrió temblorosamente y apoyó la cabeza en su pecho. Su corazón le palpitaba en la oreja.

Se volvió hacia la casa de los DiLaurentis. Alguien había levantado un pequeño santuario en honor de Alison en el bordillo, con fotografías y velas de la Virgen María y todo. En el centro del mismo habían escrito «Ali» con unas pequeñas letras magnéticas. La propia Spencer había aportado una fotografía de Alison sonriendo con una camiseta ajustada azul de Von Dutch y unas flamantes Sevens nuevas. Recordaba el momento en el que la había tomado: estaban en sexto y era la noche del baile de invierno de Rosewood. Las cinco estaban espionando a Melissa cuando Ian fue a recogerla. Spencer se había reído tanto que le había entrado hipo cuando Melissa, tratando de hacer una entrada majestuosa, se había tropezado en el camino de entrada de los Hastings al dirigirse a la hortería limusina Hummer alquilada. Probablemente era el último recuerdo verdaderamente divertido y despreocupado que tenían. Lo de Jenna había sucedido poco después. Spencer observó la casa de Toby y Jenna. No había nadie, como de costumbre, pero a pesar de todo le daba escalofríos.

Mientras se tapaba los ojos con el dorso de una mano delgada y pálida, una de las furgonetas de los informativos pasó despacio delante de ella y un tipo que llevaba una gorra roja de los Phillies la miró fijamente. Spencer se agachó. No era el momento de que filmasen a una chica derrumbándose emocionalmente en

la escena de la tragedia.

—Será mejor que te vayas. —Sorbió por la nariz y se volvió hacia Wren—. Esto es una locura. Y no sé cuándo volverán mis padres.

—De acuerdo. —Alzó la cabeza—. Pero ¿podemos volver a vernos?

Spencer tragó saliva y procuró sonreír. Cuando lo hizo Wren se inclinó hacia delante y la besó, rodeándole la nuca con una mano y con la otra el punto de los riñones que el viernes le había dolido terriblemente.

Spencer se apartó.

—Ni siquiera tengo tu número.

—No te preocupes —susurró Wren—. Yo te llamaré.

Spencer se quedó un instante al borde del extenso patio, observando a Wren mientras este se dirigía a su coche. Cuando se fue los ojos volvieron a escocerle a causa de las lágrimas. Ojalá hubiese tenido a alguien con quien hablar, alguien al que no hubieran desterrado de su casa. Observó el santuario de Ali y se preguntó cómo lo estarían llevando sus antiguas amigas.

Cuando Wren llegó al otro extremo de la calle, Spencer advirtió que los faros de otro coche se adentraban en ella y se quedó petrificada. ¿Serían sus padres? ¿Lo habrían visto?

Los faros se aproximaron poco a poco. De pronto Spencer cayó en la cuenta de quién era. Aunque el cielo se había teñido de púrpura oscuro distinguía someramente el pelo largo de Andrew Campbell.

Se quedó sin aliento y se agachó detrás de los rosales de su madre. Andrew condujo despacio el Mini hasta el buzón, lo abrió, metió algo dentro y volvió a cerrarlo con cuidado. Luego se fue.

Spencer esperó a que desapareciera para ir corriendo al bordillo y abrir bruscamente el buzón. Andrew le había dejado una hoja de cuaderno doblada.

*Hola, Spencer. No sabía si cogerías el teléfono. Siento mucho lo de Alison. Espero que la manta te viniera bien ayer.*

*Andrew*

Spencer se volvió hacia el camino de entrada, leyendo y releendo aquella nota. Contempló aquella caligrafía cursiva de chico. ¿Manta? ¿Qué manta?

Entonces cayó en la cuenta. ¿El que la había ayudado era Andrew?

Arrugó la nota con las manos y se echó a llorar de nuevo.

### Lo mejorcito de Rosewood

—La policía ha reabierto el caso DiLaurentis y está interrogando a los testigos — anunció la presentadora de las noticias de las once—. La familia DiLaurentis, que ahora reside en Maryland, tendrá que enfrentarse a algo que había intentado dejar atrás. Excepto que ahora habrá una conclusión.

*Los presentadores de las noticias son las reinas del melodrama*, pensó Hanna, enfurecida, mientras se metía en la boca otro puñado de galletitas de queso. Sólo en las noticias encontraban la forma de empeorar una historia que ya era suficientemente horrible. La cámara seguía enfocando el santuario de Ali, como lo habían llamado: las velas, los animales de peluche, las flores marchitas que sin duda habían arrancado de los jardines de los vecinos, los marshmallows con forma de pato (la golosina favorita de Ali) y, por supuesto, las fotografías.

La cámara dio paso a la madre de Alison, a la que Hanna no había visto desde hacía tiempo. Aunque tenía la cara llorosa, la señora DiLaurentis estaba preciosa con un corte desmechado y bamboleantes pendientes de candelabro.

—Hemos decidido celebrar un servicio en honor de Alison en Rosewood, que fue el único hogar que ella conoció —dijo la señora DiLaurentis con tono sereno—. Queremos darles las gracias por su apoyo constante a todos los que nos ayudaron a buscar a nuestra hija hace tres años.

El presentador volvió a aparecer en la pantalla.

—Mañana se celebrará un responso abierto al público en la abadía de Rosewood.

Hanna apagó la televisión. Era domingo por la noche. Estaba sentada en el sofá del salón, ataviada con una raída camiseta de C & C y unos boxers de Calvin Klein que le había birlado a Sean del cajón de arriba. La melena castaña despeinada y pajiza le enmarcaba el rostro, y estaba bastante segura de que le había salido un grano en la frente. Tenía un enorme cuenco de galletitas de queso en el regazo, un envoltorio arrugado de sándwich de helado de vainilla en la mesita de café y una botella de *pinot noir* apretada confortablemente junto a ella. Durante toda la noche había intentado no comer tanto pero, en fin, hoy no tenía mucha fuerza de voluntad.

Volvió a encender la televisión; deseaba tener a alguien con quien hablar... sobre la policía, sobre A y, sobre todo, sobre Alison. Sean estaba descartado por razones obvias. Su madre (que en ese momento tenía una cita) era tan inútil como siempre. Después del hervidero de actividad que se había producido en la comisaría el día anterior, Wilden les había dicho a ambas que se fueran a casa;

se encargarían de ella más adelante, pues la policía tenía asuntos más importantes que atender en ese momento. Ni Hanna ni su madre sabían lo que estaba ocurriendo en la comisaría, sólo que tenía que ver con un asesinato.

En el trayecto de vuelta a casa la señorita Marin, en lugar de reprenderla por, veamos, robar un coche y conducir borracha como una cuba, le había asegurado que ella se encargaría de todo. Hanna no tenía la menor idea de lo que eso significaba. El año pasado un agente de policía había explicado a un auditorio de Rosewood Day la regla de «Tolerancia cero» para los menores que conducían bajo los efectos del alcohol en Pensilvania. En aquel momento Hanna sólo le había prestado atención porque le había parecido atractivo, pero ahora sus palabras la atormentaban.

Tampoco podía contar con Mona, que todavía estaba en Florida, en el torneo de golf. Habían hablado brevemente por teléfono y Mona había reconocido que la policía la había llamado en relación con el coche de Sean, pero que se había hecho la tonta, diciéndoles que había estado todo el tiempo en la fiesta y que Hanna también. Y la muy pécora había tenido suerte: la cámara de seguridad de Wawa le había sacado la parte de atrás de la cabeza, pero no la cara, porque se había puesto aquella asquerosa gorra de repartidor. Pero eso había sido el día anterior, después de que Hanna hubiese vuelto de la comisaría. Mona y ella no habían hablado hoy y aún no habían tratado el tema de Alison.

Y además... estaba A. Si A era Alison, ¿habría desaparecido? Pero la policía decía que Alison estaba muerta desde hacía años...

Mientras Hanna, con los párpados hinchados por el llanto, repasaba la programación en la pantalla para ver qué más ponían se le ocurrió llamar a su padre; quizá también hubiesen divulgado aquella historia en las noticias locales de Anápolis. ¿O quizá pensaba llamarla él? Cogió el teléfono mudo para asegurarse de que todavía funcionaba.

Suspiró. Lo malo de ser la mejor amiga de Mona era que no tenían otras amigas. Al ver todos aquellos reportajes sobre Ali había pensado en su antiguo grupo de amigas. Juntas habían vivido momentos horribles y escabrosos, pero también se habían divertido mucho. En un universo paralelo, ahora estarían todas juntas, acordándose de Ali y riéndose, aunque también llorando. Pero en aquella dimensión se habían distanciado demasiado.

Se habían separado por razones válidas, desde luego; las cosas habían empezado a torcerse antes de que Ali desapareciera. Al principio, cuando colaboraban con la subasta benéfica, todo había sido maravilloso. Pero luego, después de lo de Jenna, las cosas se habían puesto tensas. Las aterraba que las relacionaran con lo que le había sucedido. Hanna recordaba que hasta se ponía nerviosa en el autobús cuando un coche patrulla pasaba en dirección opuesta. Entonces, durante el invierno y la primavera siguientes, algunos temas habían quedado terminantemente prohibidos. Siempre había alguien que decía:

« ¡Chsss! » , y las demás se sumían en un silencio incómodo.

Los presentadores de las once pusieron fin a la emisión y a continuación empezaron *Los Simpson*. Hanna cogió la BlackBerry. Todavía se sabía de memoria el número de teléfono de Spencer y probablemente no era demasiado tarde para llamarla. Cuando estaba marcando el segundo dígito aguzó el oído y los pendientes de Tiffany's tintinearón. Se oían arañazos en la puerta.

Punto, que estaba tendido a sus pies, alzó la cabeza y gruñó. Hanna se quitó el cuenco de galletitas del regazo y se levantó.

¿Sería... A?

Con las rodillas temblorosas, Hanna fue sigilosamente al pasillo. Había sombras largas y oscuras ante la puerta trasera y los arañazos se habían intensificado.

—Ay, Dios mío —musitó; le temblaba la mandíbula. ¡Alguien estaba intentando entrar!

Hanna miró alrededor. Había un pisapeles redondo de jade sobre la mesita del pasillo. Debía de pesar casi diez kilos. Lo cogió y dio tres pasos tentativos hacia la puerta de la cocina.

De pronto la puerta se abrió bruscamente. Hanna dio un brinco hacia atrás. Una mujer entró dando tumbos. Llevaba una elegante falda plisada gris subida alrededor de la cintura. Hanna enarboló el pisapapeles, disponiéndose a lanzarlo.

Entonces se dio cuenta de que era su madre.

La señorita Marin se tropezó con la mesita del teléfono como si estuviera borracha. Había un tipo detrás de ella que estaba intentando desabrocharle la falda y besarla al mismo tiempo. A Hanna se le pusieron los ojos como platos.

Darren Wilden. El señor Abril.

De modo que a eso se refería cuando le había dicho que ella se encargaría de todo.

Se le hizo un nudo en el estómago. Seguro que parecía un poco perturbada, aferrando tenazmente aquel pisapapeles. La señorita Marin la miró durante largo rato, sin molestarse siquiera en apartarse de Wilden.

Los ojos de su madre decían: « Lo hago por ti » .



### Qué sorpresa verte por aquí

El lunes a primera hora de la mañana, en lugar de estar sentada en el aula de biología, Emily estaba con sus padres en la nave de techo alto y suelo de mármol de la abadía de Rosewood. Se tiró incómodamente de la falda plisada negra y demasiado corta de Gap que había encontrado en el fondo del armario y trató de sonreír. La señora DiLaurentis estaba en la puerta con un vestido negro de cuello vuelto, zapatos de tacón y diminutas perlas de agua dulce. Se dirigió a Emily y la estrechó en un abrazo.

—Ay, Emily —sollozó la señora DiLaurentis.

—Lo siento mucho —susurró Emily con los ojos húmedos. La señora DiLaurentis llevaba el mismo perfume de siempre: Coco Chanel. Al instante le trajo toda clase de recuerdos: habían hecho un millón de visitas al centro comercial en el Infinito de la señora DiLaurentis, se habían colado en su cuarto de baño para robarle las pastillas adelgazantes de TrimSpa y experimentar con el costoso maquillaje de La Prairie, habían fisgoneado en su enorme armario empotrado y se habían probado todos sus sensuales vestidos de noche negros de Dior de la talla dos.

Los jóvenes de Rosewood desfilaban delante de ellas, tratando de encontrar un asiento en los bancos de madera de respaldo alto. Emily no sabía qué esperar del responso de Alison. La abadía olía a incienso y madera. Había unas sencillas lámparas cilíndricas colgadas del techo y el altar estaba cubierto de un millón de tulipanes blancos. Los tulipanes eran las flores favoritas de Alison. Emily recordaba que todos los años ayudaba a su madre a plantar hileras en el jardín.

La madre de Alison se apartó al fin y se enjugó los ojos.

—Quiero que te sientes delante con las amigas de Ali. ¿Te parece bien, Kathleen?

La madre de Emily asintió.

—Claro.

Emily escuchó el chasquido de los tacones de la señora DiLaurentis y el sonido que producía ella arrastrando sus grandes mocasines por el pasillo. De pronto cayó de nuevo en la cuenta del motivo por el que estaba allí. Ali estaba muerta.

Emily asió el brazo de la señora DiLaurentis.

—Ay, Dios mío. —Su campo de visión se estrechó y percibió un pitido en los oídos, la señal que indicaba que estaba a punto de desmayarse.

La señora DiLaurentis la sostuvo.

—No pasa nada. Venga. Siéntate aquí.

Mareada, Emily se dejó caer en el banco.

—Pon la cabeza entre las piernas —le aconsejó una voz familiar.

Entonces otra voz familiar se burló de ella.

—Dilo más alto para que te oigan todos los chicos.

Emily alzó la vista. Estaba sentada al lado de Aria y Hanna. Aria llevaba un vestido de algodón de cuello ancho con rayas azules, moradas y fucsias, una chaqueta marinera de terciopelo y botas de vaquero. Era típico de ella; era de las que opinaban que ponerse ropa de colores en los funerales era una celebración de la vida. Hanna, por otra parte, llevaba un brevísimo vestido negro de cuello de pico y medias negras.

—¿Puedes hacerte un poco a un lado, querida?

La señora DiLaurentis estaba sobre ella con Spencer Hastings, que llevaba un traje gris marengo y zapatillas de ballet.

—Hola, chicas —dijo Spencer con ese tono remilgado que Emily había echado tanto de menos. Se sentó a su lado.

—Volvemos a encontrarnos —comentó Aria con una sonrisa.

Silencio. Emily las observó furtivamente por el rabillo del ojo. Aria estaba jugueteando nerviosamente con el anillo de plata que llevaba en el dedo pulgar, Hanna estaba rebuscando en el bolso y Spencer estaba inmóvil, mirando fijamente al altar.

—Pobre Ali —musitó Spencer.

Las chicas se quedaron sentadas en silencio durante unos minutos. Emily se devanó los sesos en busca de algo que decir. El pitido volvió a llenarle los oídos.

Se dio la vuelta para buscar a Maya entre la concurrencia y sus ojos se toparon de lleno con los de Ben, que se había sentado en la penúltima fila con los demás nadadores. Emily lo saludó discretamente con la mano. Comparado con esto, lo que había pasado en la fiesta le parecía insignificante.

Pero en lugar de devolverle el saludo Ben la fulminó con la mirada, formando una obcecada línea recta con sus finos labios. Después apartó la vista.

*Vale.*

Emily se dio la vuelta de nuevo. La rabia se adueñó de ella. *Acaban de encontrar a mi vieja amiga asesinada*, quiso gritar. *¡Y estamos en una iglesia, por amor de Dios! ¿Qué tal un poco de perdón?*

Entonces cayó en la cuenta. No quería que la aceptase. Ni lo más mínimo.

Aria le dio una palmadita en la pierna.

—¿Estás bien después de lo del sábado por la mañana? En ese momento todavía no lo sabías, ¿verdad?

—No, era otra cosa, pero ya estoy bien —contestó Emily, aunque no era cierto.

—Spencer. —Hanna alzó bruscamente la cabeza—. Ah, te he visto hace poco en el centro comercial.

Spencer miró a Hanna.

—¿Eh?

—Estabas... estabas entrando en Kate Spade. —Hanna bajó la vista—. No sé. Iba a decirte hola. Pero, ah, me alegro de que ya no tengas que pedir esos bolsos a Nueva York —Bajó la cabeza y enrojeció como si hubiese hablado demasiado.

Emily se sobresaltó; no le había visto aquella cara desde hacía años.

Spencer frunció el ceño. Entonces adoptó una expresión apesadumbrada y tierna. Tragó saliva con dificultades y bajó la vista.

—Gracias —murmuró. Le temblaron los hombros y cerró con fuerza los ojos. Emily sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Jamás la había visto llorar.

Aria puso la mano en el hombro de Spencer.

—No pasa nada —dijo.

—Lo siento —contestó Spencer, enjugándose los ojos con la manga—. Es que... —Miró a las demás y se echó a llorar aún más fuerte.

Emily la abrazó. Se sentía un poco incómoda, pero a juzgar por cómo le apretaba la mano, presentía que Spencer se lo agradecía.

Cuando volvieron a apoyarse en el respaldo Hanna sacó del bolso una pequeña petaca de plata y se la alargó a Spencer por delante de Emily.

—Toma —susurró.

Sin molestarse en olerla ni preguntar lo que era, Spencer bebió un trago abundante. Hizo una mueca pero dijo:

—Gracias.

Le devolvió la petaca a Hanna, que bebió y se la ofreció a Emily. Esta bebió un sorbito que le quemó el pecho y se la pasó a Aria. Antes de beber, Aria le tiró de la manga a Spencer.

—Esto también hará que te sientas mejor. —Aria se tiró del hombro del vestido, descubriendo el tirante de un sujetador blanco de punto. Emily lo reconoció de inmediato: Aria les había tejido a todas gruesos sujetadores de lana en primero—. Me lo he puesto por los viejos tiempos —susurró Aria—. Pica que te cagas.

Spencer soltó una carcajada.

—Ay, Dios mío.

—Estás como una cabra —añadió Hanna con una sonrisa.

—A mí no me dejaban ponérmelo, ¿os acordáis? —intervino Emily—. ¡Mi madre decía que era demasiado sexi para el colegio!

—Sí. —Spencer se rio entre dientes—. Sí, estar todo el día rascándose las tetas es sexi.

Las chicas se rieron con disimulo. De pronto vibró el teléfono móvil de Aria, que metió la mano en el bolso y observó la pantalla.

—¿Qué? —Aria alzó la vista al percatarse de que todas la estaban mirando

fijamente.

Hanna jugueteó nerviosamente con la pulsera de abalorios.

—Eh, ¿acabas de recibir un mensaje?

—Sí. ¿Y qué?

—¿De quién era?

—De mi madre —contestó lentamente Aria—. ¿Por qué?

La tenue música del órgano de tubos empezó a sonar en la iglesia. A sus espaldas seguían entrando chicos lenta y silenciosamente. Spencer, intranquila, miró a Emily. A esta se le aceleró el pulso.

—No tiene importancia —dijo Hanna—. He sido una entrometida.

Aria se lamió los labios.

—Espera. En serio. ¿Por qué?

A Hanna se le subió la nuez cuando tragó saliva nerviosamente.

—Yo... creía que a lo mejor también te habían pasado cosas raras.

Aria se quedó boquiabierta.

—Raras es poco.

Emily se estrechó con los brazos.

—Esperad. ¿A vosotras también? —musitó Spencer.

Hanna asintió.

—¿Mensajes?

—Correos electrónicos —dijo Spencer.

—Sobre... ¿cosas de primero? —murmuró Aria.

—¿Lo decís en serio? —chilló Emily.

Las cuatro amigas se miraron. Pero, antes de que ninguna tuviera ocasión de añadir nada, el sombrío sonido del órgano de tubos llenó la nave.

Emily se dio la vuelta. Había un grupo de personas desfilando lentamente por el pasillo del centro. Estaban los padres de Ali, su hermano, sus abuelos y otros que también debían de ser parientes. Los últimos de la fila eran dos chicos pelirrojos; Emily reconoció a Sam y Russell, los primos de Ali, que visitaban a su familia todos los veranos. Hacía años que no los veía y se preguntaba si seguirían siendo tan crédulos como entonces.

Los familiares tomaron asiento en la primera fila y esperaron a que acabara la música.

Emily advirtió un movimiento mientras los contemplaba. Uno de los primos pecosos y pelirrojos la estaba mirando fijamente. Emily estaba bastante segura de que era Sam, que en aquella época había sido el más empollón de los dos. Observó a todas las chicas y enarcó una ceja lenta y seductoramente. Emily apartó la vista enseguida.

Hanna le propinó un codazo en las costillas.

—No la llevo —susurró a las demás.

Emily la miró con aire perplejo pero Hanna señaló con la mirada a los dos

larguiruchos primos.

Todas las chicas cayeron en la cuenta al mismo tiempo.

—No la llevo —dijeron al unísono Emily, Spencer y Aria.

Se rieron entre dientes. Pero entonces Emily paró, considerando el verdadero significado de «No la llevo». Nunca lo había pensado, pero era bastante cruel. Cuando miró a su alrededor, advirtió que sus amigas también habían dejado de reírse. Todas intercambiaron una mirada.

—Supongo que entonces era más divertido —comentó Hanna en un susurro.

Emily se reclinó en el asiento. Tal vez Ali no lo hubiera sabido todo. Sí, tal vez fuera el peor día de su vida; estaba destrozada por lo de Ali y aterrada por lo de A. Pero en ese momento se sentía bien. Estar allí sentada con sus viejas amigas le parecía un pequeño principio.

## Espera y verás

La sombría música del órgano empezó de nuevo y el hermano de Ali y los demás salieron ordenadamente de la iglesia. Spencer, que estaba achispada porque había bebido unos cuantos tragos de whisky, advirtió que sus tres antiguas amigas se habían puesto en pie y estaban abandonando el banco, de modo que supuso que ella también debía marcharse.

Los de Rosewood Day se demoraron al fondo de la iglesia, desde los miembros del equipo de lacrosse hasta los empollones obsesionados con los videojuegos de los que seguro que Ali se habría burlado en primero. El viejo señor Yew, que estaba a cargo de la subasta benéfica de Rosewood Day, estaba en la esquina, hablando en voz baja con el señor Kaplan, que daba clases de arte. Hasta las amigas del equipo juvenil de hockey sobre hierba de Ali habían vuelto de sus respectivas universidades y habían formado un corro lloroso cerca de la puerta. Spencer observó las caras familiares, acordándose de todas las personas a las que antes había conocido y ahora ya no. Y entonces vio un perro; un perro lazarillo.

*Ay, Dios mío.*

Spencer asió el brazo de Aria.

—Al lado de la puerta —cuchicheó.

Aria entrecerró los ojos.

—¿Esa es...?

—Jenna —murmuró Hanna.

—Y Toby —añadió Spencer.

Emily palideció.

—¿Qué están haciendo aquí?

Spencer estaba demasiado aturrida para contestar. Parecían los mismos y no obstante completamente diferentes. Ahora Toby llevaba el pelo largo y ella estaba... preciosa, con una melena negra y grandes gafas oscuras de Gucci.

Toby, el hermano de Jenna, se percató de la atenta mirada de Spencer. Sus facciones adoptaron una expresión de amargura y aversión. Spencer apartó la vista enseguida.

—No me puedo creer que haya venido —comentó, en voz demasiado baja para que las demás la oyeran.

Pero Toby y Jenna ya se habían marchado cuando llegaron a las pesadas puertas de madera que conducían a los ruinosos escalones de piedra de la iglesia. Spencer entrecerró los ojos para protegerse del fulgor del cielo brillante y

perfectamente azul. Era uno de esos días espléndidos de principios de otoño en los que no había humedad y una se moría de ganas de saltarse las clases, tumbarse en un prado y olvidarse de sus responsabilidades. ¿Por qué siempre pasaban cosas horribles esos días?

Alguien le tocó el hombro y Spencer dio un respingo. Era un agente de policía rubio y corpulento. Spencer les indicó a Hanna, Aria y Emily que siguieran adelante sin ella.

—¿Es usted Spencer Hastings? —le preguntó.

Ella asintió en silencio.

El policía se retorció las enormes manos.

—La acompañe en el sentimiento —dijo—. Era una buena amiga de la señorita DiLaurentis, ¿no es cierto?

—Gracias. Sí, lo era.

—Voy a tener que hablar con usted. —El agente se metió la mano en el bolsillo—. Esta es mi tarjeta. Vamos a reabrir el caso. Como eran amigas, es posible que pueda ayudarnos. ¿Le parece bien que la visite dentro de un par de días?

—Ah, claro —tartamudeó Spencer—. Haré lo que pueda.

Como un zombi, dio alcance a sus viejas amigas, que se habían reunido bajo un sauce llorón.

—¿Qué quería? —preguntó Aria.

—También quieren hablar conmigo —dijo atropelladamente Emily—. Pero no es para tanto, ¿verdad?

—Seguro que es lo mismo de siempre —afirmó Hanna.

—Es imposible que se esté preguntando por... —empezó Aria. Intranquila, miró hacia la puerta de la iglesia, donde habían estado Toby, Jenna y su perro.

—No —se apresuró a contestar Emily—. Ahora no podemos meternos en líos por eso, ¿verdad?

Todas se miraron con aire de preocupación.

—Claro que no —dijo al fin Hanna.

Spencer miró en derredor a la concurrencia que murmuraba en el jardín. Se había puesto enferma al ver a Toby y no había visto a Jenna desde el accidente. Pero era una coincidencia que el agente se hubiese dirigido a ella justo después de que los hubiera visto, ¿no? Spencer sacó a toda prisa los cigarrillos de emergencia y encendió uno. Necesitaba hacer algo con las manos.

Le contaré a todo el mundo lo de Jenna.

Tú eres tan culpable como yo.

*Pero a mí no me vio nadie.*

Spencer exhaló nerviosamente y escrutó a la muchedumbre. No había ninguna prueba. Fin de la historia. A menos que...

—Ha sido la peor semana de mi vida —dijo de repente Aria.

—Y de la mía —asintió Hanna.

—Supongo que se puede ver el lado bueno —intervino Emily con voz chillona y nerviosa—. Ya no puede ir a peor.

Estaban siguiendo a la procesión que se dirigía al aparcamiento de gravilla cuando Spencer se detuvo. Sus viejas amigas también lo hicieron. Spencer quería decirles algo que no guardaba ninguna relación con Ali, A, Jenna, Toby ni la policía; sobre todo, quería decirles que las había echado de menos durante todos aquellos años.

Pero antes de que pudiera decirselo sonó el teléfono de Aria.

—Un momento... —musitó Aria mientras rebuscaba el teléfono en el bolso—. Probablemente sea otra vez mi madre.

Entonces vibró el Sidekick de Spencer. Y sonó un timbre. Y un pitido. No era sólo su teléfono, sino también el de sus amigas. Aquellos sonidos inesperados y estridentes parecían aún más escandalosos en contraste con la sobria y silenciosa procesión funeraria. Los demás dolientes les dirigieron miradas enconadas. Aria sacó el teléfono para acallarlo mientras Emily forcejeaba con un Nokia. Spencer sacó el teléfono del interior del bolso sin asas.

Hanna leyó la pantalla.

—Tengo un mensaje nuevo.

—Yo también —susurró Aria.

—Lo mismo digo —agregó Emily.

Spencer comprobó que ella también lo había recibido. Todas pulsaron el botón de « Leer ». Hubo un momento de aturdimiento silencioso.

—Ay, Dios mío —susurró Aria.

—Es de... —chilló Hanna.

Aria murmuró:

—¿Crees que se refiere a...?

Spencer tragó saliva con dificultades. Las chicas leyeron los mensajes en voz alta al unísono. Todos decían exactamente lo mismo:

Sigo aquí, putas. Y lo sé todo. —A.



¿Qué va a pasar ahora?

Seguro que creías que era Alison, ¿verdad? Pues lo siento, pero no. ¡Ups! ¡Si está muerta!

Nop, yo estoy perfectamente... y estoy muy, pero que muy cerca. Y para cierta pandilla de cuatro chicas guapas la diversión acaba de empezar. ¿Que por qué? Porque lo digo yo.

Después de todo, la mala conducta merece un castigo. Y la alta sociedad de Rosewood merece saber que Aria se besuquea con el profesor de literatura para obtener puntos extra, ¿verdad? Por no mencionar el desagradable secreto de familia que oculta desde hace años. Esa chica es un tren descarrilado.

Ya puestos, debería explicarles a los padres de Emily por qué está tan rara últimamente. Hola, señor y señora Fields, qué bueno hace, ¿eh? Y por cierto, a su hija le gusta besar a otras chicas.

Y además está Hanna. Pobre Hanna. En caída libre hacia el reino de los empollones. Puede que intente volver a la cima con uñas y dientes, pero no te preocupes: yo la estaré esperando para volver a meter ese culo gordo en unos vaqueros lavados a la piedra como los que se ponen las madres.

Ay, Dios mío, casi me olvido de Spencer. ¡Es un desastre total! Al fin y al cabo, su familia cree que es una guarra completamente despreciable. Eso tiene que ser una faena. Y entre nosotras, las cosas están a punto de ponerse muchísimo peor. Spencer tiene un oscuro secreto que oculta celosamente y que podría arruinarles la vida a las cuatro. Pero ¿quién iba a

contar un secreto tan horrible? Ay, no sé. A ver si lo adivinas.

Bingo.

La vida es divertidísima cuando lo sabes todo.

¿Que cómo sé tantas cosas? Probablemente te mueres de ganas de saberlo, ¿verdad? Pues relájate. Cada cosa a su tiempo.

Créeme, me encantaría contártelo. Pero ¿qué tendría eso de divertido?

Estaré observando. -A.

## **Agradecimientos**

Estoy en deuda con un gran número de personas en Alloy Entertainment. Las conozco desde hace años y sin ellas jamás habría existido este libro. Josh Bank, por ser tan gracioso, carismático y brillante... y por haberme dado una oportunidad hace años aunque yo tuviera la descortesía de colarme en la fiesta de Navidad de su empresa. Ben Schrank, por haberme animado a llevar a cabo este proyecto y por sus valiosos consejos literarios. Por supuesto, Les Morgenstein, por haber creído en mí. Y mi fantástica editora y amiga Sara Shandler, por haberme ayudado tanto a dar forma a esta novela.

Quiero darles las gracias a Elise Howard y Kristin Marang, de HarperCollins por haberme ofrecido apoyo, perspectiva y entusiasmo. Y especialmente a Jennifer Rudolph Walsh, de William Morris por haber conseguido que se hicieran realidad muchas cosas mágicas.

Gracias también a Doug y Fran Wilkens por un verano estupendo en Pensilvania. A Colleen McGarry por haberme recordado las bromas privadas del instituto, sobre todo las de nuestra banda ficticia cuyo nombre no pienso mencionar. Gracias a mis padres, Bob y Mindy Shepard, por haberme ayudado con algunos puntos delicados de la trama y por haberme alentado a que fuera yo misma, aunque fuera rara. Y no sé lo que habría hecho sin mi hermana Ali, que también piensa que los chicos islandeses son mariquitas que montan en caballitos gays y no le importa que le haya puesto su nombre a cierto personaje de este libro.

Y por último, gracias a mi marido Joel por ser tan cariñoso, gracioso y paciente, y también por haber leído todos los borradores de este libro (¡con mucho gusto!) y haberme ofrecido buenos consejos; eso demuestra que quizá los chicos comprenden nuestros dilemas interiores mejor de lo que imaginamos.

## Notas

[<sup>1</sup>] N. del t.: Una próspera región a las afueras de Filadelfia. El término se refiere a la línea férrea del mismo nombre. <<

[2] N. del t.: Southeastern Pennsylvania Transportation Authority, servicio de transporte público de la región de Filadelfia. <<

[3] N. del t.: Wren significa «carriza», ave de pequeño tamaño común en Europa. <<

[4] N. del t.: Preliminary Scholastic Assessment Test, prueba estándar de acceso a la universidad. <<



[5] N. del t.: Empresa ferroviaria estadounidense. <<

[6] N. del t.: Literalmente, « me gustan los culos gordos, no puedo mentir» . <<